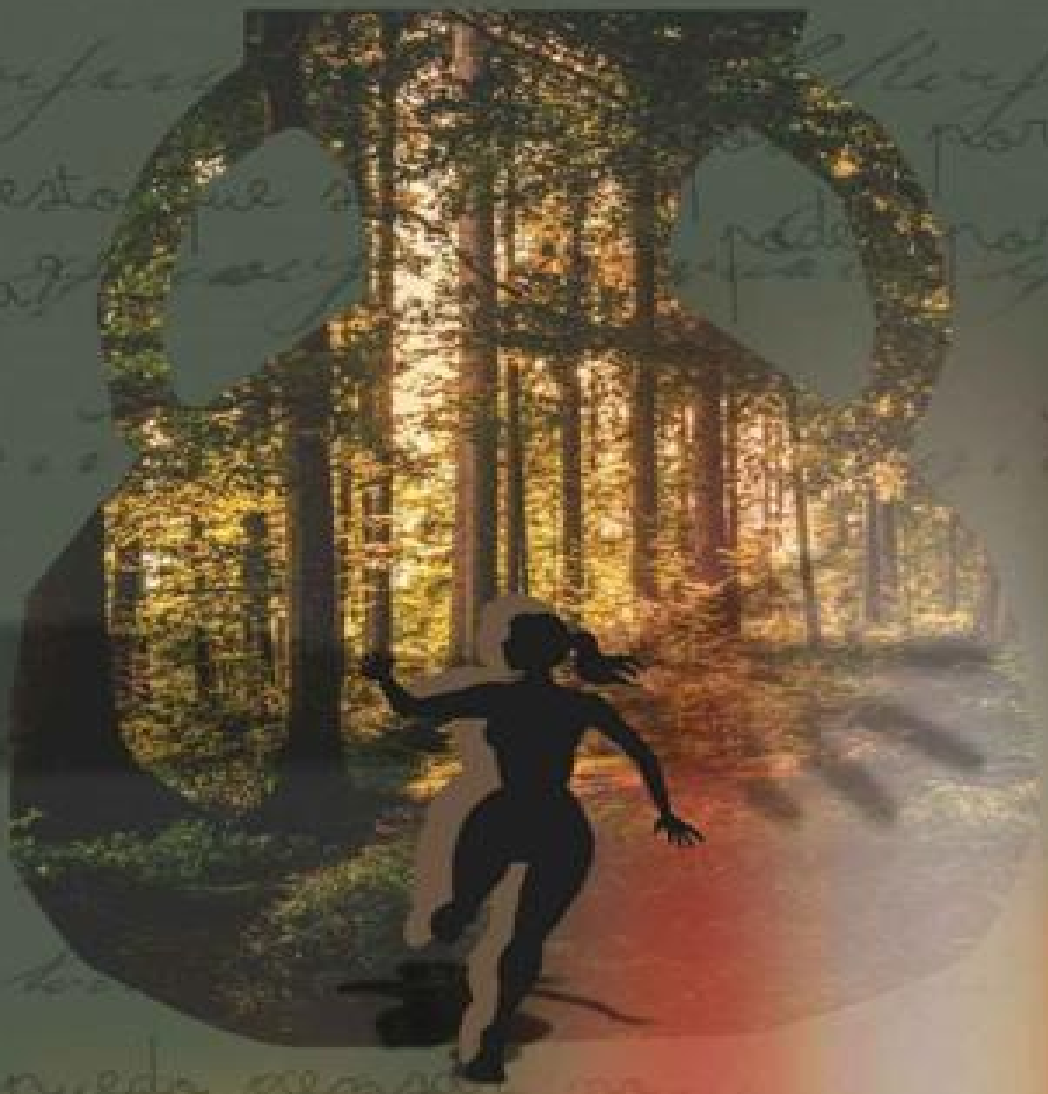
herederas de *SAFO*



A. M. Irún

Herederas de Safo

A. M. Irún

Este libro o cualquier porción del mismo no puede ser reproducido o utilizado de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas en artículos críticos y reseñas.

Para obtener permisos de uso, contacta con la autora en hola@nicoporfavor.com

Copyright © 2024 A. M. Irún
Primera edición: Febrero 2025
ISBN: 9798309008117

“Alguien se acordará de nosotras
en el futuro”.
Safo de Lesbos.

O no.

⚠ *ADVERTENCIA*

Esta es una novela romántica de aventuras. La historia no busca tener rigurosidad histórica, sino que se apoya en elementos conocidos para desarrollar una narración.

Así pues, deja tus expectativas históricas en la puerta y sumérgete en este relato donde el amor desafía al tiempo y las normas.

PRÓLOGO

EN algún lugar de Grecia, en algún momento de 1924…

Jamás olvidaría ese olor.

Ni aquella visión.

Dos cuerpos desnudos de piel suave y blanca bajo la sábana de lino. Sobre ellas, la recia tela de la tienda de campaña. Y sobre ellas el cielo, las estrellas, el infinito. La de noches que Kate le había dibujado constelaciones con el dedo y ella sólo miraba las de sus pecas en la cara.

—¿Quieres atender? —le reprendía la inglesa entre risas— ¿Y si te pierdes en mitad de Lesbos?

—Moriré recordándote.

—Mira que eres dramática, Rosario.

Tampoco olvidó jamás cómo le costaba decir su nombre.

Paseó su nariz por la espalda de la inglesa. Kate se despertó con las cosquillas.

—¿Qué hora es? —preguntó.

Pero Rosario no contestó. Siguió su camino espalda abajo.

Enamorarse de una mujer nunca estuvo en sus planes cuando escapó del pueblo. Lo cierto es que huyó sin ningún plan. ¿Qué plan podía tener con apenas unas monedas en el morral y un muerto a su espalda? Tras una vida llena de obligaciones y prohibiciones, en cuanto salió de Bermejo, Rosario no volvió a decir que no a nada. Así acabó en una expedición arqueológica en una isla de Grecia de la que nunca había oído hablar, buscando objetos de una civilización de la que apenas sabía nada. ¡Qué pequeño había sido su mundo! ¡Qué inabarcable era ahora! Porque así se sentía cuando tenía ante ella a Kate, desnuda, bella, pálida: incapaz de explicarse a sí misma. Deseaba a una mujer como jamás había deseado a un hombre. Y no tenía herramientas para entender ese comportamiento primitivo, carnal y, desde luego tan pecaminoso, que le nacía de muy dentro.

Intentaba escribir un diario con sus avatares en sus viajes por Europa y ahora con Kate y con su padre, el director de esa expedición arqueológica que parecía no terminar nunca. Pero cómo contar todo aquello si apenas había aprendido a juntar dos o tres letras en el colegio. "No sé escribir. No puedo pensar", escribió y deseó entender lo que quería decir más adelante, cuando tuviera más destreza con el lapicero. "No puedo pensar, no me sé explicar, no me puedo entender", seguía. Su cabeza bullía pero las palabras no le salían.

Siguió silueteando con la nariz el cuerpo de Kate. Le rodeó la cintura, le besó la cadera. Kate gimió.

—Debe ser temprano —dijo la inglesa.

Su padre era un hombre con mucho dinero que husmeaba en las ruinas griegas como Rosario lo hacía entre los muslos de su hija. Sacaba piezas de hacía cientos de años y las vendía al mejor postor lejos de su ubicación original. "Si Bermejo desapareciera algún día y alguien robara sus objetos, ¿qué sentido tendría que acabaran en casa de un rico?", escribió. "Poseer por poder. Poder por poseer".

Kate gimió. Rosario era un bulto bajo las sábanas. Sacó la lengua y lamió los labios de su amante. La inglesa se tapó la boca. En aquel silencio previo al amanecer, cualquier susurro era un grito.

¿Por qué no entendía eso? ¿Por qué Rosario no sabía que se podía desear a una mujer así? Ni siquiera su marido la había amado de esa manera. Sus contadas noches en la cama habían sido breves, dolorosas y cargadas de una violencia que Rosario no entendía. Si su marido la hubiera tratado a ella como ella trataba a Kate otro gallo les hubiera cantado.

Apretó el culo de Kate y su lengua se hundió todavía más en su interior. La joven inglesa respiraba forzosamente por la nariz. Ella sí entendía lo que le pasaba a Rosario y había tratado de explicárselo, pero, más allá del sexo, les resultaba difícil entenderse. Y a juzgar por lo bien que le hacía el amor Rosario sospechaba que ella no era su primera mujer.

Kate le enseñó fichas ilustradas de Safo. Las acompañaba de palabras sueltas traducidas al español con un diccionario que Rosario llevaba encima. "Poesía. Amor. Mujeres". Rosario tardó una tarde entera en componer una pregunta para Kate: "¿Por qué no sabemos nada de ella hoy?" Kate buscó en el diccionario y le dijo: "Hombres".

—¿Hombres? —preguntó Rosario de nuevo.

Kate tardó unos minutos en componer otra frase:

—Hombres escribir historia.

"Los hombres escriben la historia", escribió Rosario en su diario, al lado del dibujo que Kate le había hecho de Safo.

El diario era su manera de explicarse el mundo y, al mismo tiempo, de entenderse con Kate. Dibujos, mapas, palabras sueltas, frases con diferentes letras. Un diálogo entre ellas y la historia mediante el papel y la mina del lapicero, afilada a cuchillo decenas de veces.

En la libertad de estar lejos de las miradas y cuchicheos de su pueblo, la mente de Rosario podía volar. Llegó a conclusiones propias, interpretó el mundo a su manera, empezó a entender conceptos tan abstractos como el amor, la historia y el poder. Y, por supuesto, empezó a entenderse a sí misma. Y ahora que se entendía a sí misma se sentía imparable.

Bajo las sábanas se maravilló de cómo su mente era capaz de recorrer en un segundo la distancia que separaba la estrella polar del interior de Kate.

Jamás olvidaría ese olor.

El campamento comenzaba a despertar. A través de la lona de su tienda de campaña se oían bostezos, el metal de las tazas del desayuno, el olor a café. Los miembros de la expedición permanecían ajenos a lo que se cocía en la tienda de la hija del jefe. Era normal que las chicas fueran las últimas en aparecer, y aunque Rosario era conocida por su laboriosidad en la excavación, no era famosa precisamente por ser la más madrugadora del lugar. Y la mala influencia de Kate, caprichosa y voluble como era, no ayudaba a mejorar sus hábitos. Kate la conoció un día en una excursión, le cayó en gracia y la invitó a unirse a la expedición. Fue la época en la que Rosario decía que sí a todo. "Ante la duda, elige la que creas que te producirá más oportunidades en el futuro", escribió Rosario después como un recordatorio para sí misma.

La lona de la tienda se abrió. Rápida como un gato, Rosario se tiró al suelo.

—Hemos encontrado algo —dijo el padre de Kate a su hija. Miró el catre de Rosario. Estaba vacío—. ¿Dónde está tu amiga?

—Ha ido a hacer pipí.

—Dile que venga. Necesitamos manos.

Kate se asomó bajo el catre cuando su padre se fue. Rosario estaba desnuda en el suelo sonriendo victoriosa.

Capítulo 1

LAURA salta un muro. Tras él, hay un patio con otro muro. Tiene las manos heridas por el contacto con el ladrillo, la piedra y la cal de las construcciones que encuentra en su camino. Con el salto, su coleta acaba de flequillo. Con un movimiento de cabeza, la vuelve a colocar en su sitio. Lleva una pequeña mochila a la espalda y zapatillas de *crossfit* en los pies. Debe amortiguar las caídas, caminar sigilosa. Se siente una ninja, ¡No! Mejor: una ladrona. Escala el siguiente muro, que apenas se eleva dos metros del suelo, pero ella ya está inmersa en el personaje de *Tomb Raider*. El pueblo es el corazón de Yakarta, y en lugar de subir a los tejados para espiar a una señorona, se imagina profanando un templo indonesio. Al fin y al cabo, tanto ella como Lara Croft hacen lo que hacen por amor al arte.

Se ríe para sí misma. La bronca que le echaría su madre si la viera a sus treinta y tantos encaramada a una pared, creyéndose la ladrona de tumbas de un videojuego.

El muro que tiene delante se alza dos metros. A su derecha tiene una alternativa, un pequeño tejadillo que reduce la distancia hasta su objetivo. Levanta una pierna para engancharse a unas tejas y subir el tejadillo. Desde ahí le resulta más fácil alcanzar el tejado más alto. Saca los prismáticos que guarda en el pecho, por debajo de su chaqueta militar y se tumba para no ser vista. O eso cree.

—Laura, que te vas a matar —le grita un señor desde la calle con la gayata levantada.

Laura le chista. El hombre menea la cabeza con resignación y sigue su camino.

Se encaja los prismáticos en las cuencas de los ojos y ajusta el enfoque hasta que los dos círculos se fusionan en uno solo. Apunta las lentes hacia una ventana. Los cuatro metros que la separan se han reducido a apenas unos centímetros gracias a la magia de las lentes convergentes.

En el segundo piso del edificio de enfrente, una señora descansa en una cama con un gotero a su lado que le ancla a la medicación, a la vida. La mujer es conocida en el pueblo por sus aires de grandeza. Siempre fanfarroneando de que viene de una familia de alta alcurnia, aunque a la gente le resulte difícil de creer. Sí, su casa es grande, pero se cae a pedazos. Cuando salía a la compra, muchos meses antes de quedar postrada en la cama, lo hacía con todas sus joyas puestas: el collar de perlas, la sortija de oro, la pulsera de diamantes. Compraba en abundancia aunque de sobras sabía la gente que la mayor parte de la comida se le pudría en casa. Sólo eran ella y la mujer que la cuidaba.

A Laura no le interesan las joyas de la señora. A ella le interesa una pieza muy especial que hay en una de las paredes de la habitación: un tríptico bizantino en madera con la virgen María y el niño Jesús en el centro, y los padres de la virgen, Joaquín y Ana, a cada lado.

Sus prismáticos son todo lo buenos que le permitieron su ajustado presupuesto y no alcanzan gran distancia, pero está casi segura de que esa pieza es original y tiene que ser restaurada y expuesta en su museo.

Esa pieza tiene que ser suya.

Se arrastra por el tejado para acercarse lo máximo posible a la ventana de la señora. Sí, por la rigidez de las figuras y el uso del pan de oro, Laura intuye que es de estilo bizantino temprano.

Arrastra su cuerpo sobre las tejas para acercarse un poquito más. Ajusta el enfoque de los prismáticos. Tiene que hincar el codo para coger mejor ángulo. Suena un *crack* y los ojos de Laura se abren. No siente dolor. No es su codo lo que se ha roto. Levanta el brazo para asegurarse y evidencia que es la teja la que se ha partido. Sin poder frenar su camino, la media

teja se desprende y se desliza lenta e inexorablemente hacia el borde del tejado. Alarga el brazo para cogerla antes de caer, pero no alcanza. La teja cae al suelo y Laura reza para que se oiga su estallido contra el suelo en lugar del grito de una persona. Se escuchan las dos cosas. Laura se asoma y el hombre de la gayata, que ahora lleva un pan bajo el brazo, la abronca.

—Casi me matas, Laura. Haz el favor de bajar de ahí.

Laura se esconde. Su obsesión por aquel tríptico bizantino que sólo valora ella le va a costar la vida a alguien. Total, para que luego no vaya nadie a verlo al museo.

Hay movimiento en la casa. Apunta de nuevo con los prismáticos y se encuentra con la cara de la cuidadora de la señora que la mira enfadada. La mujer cierra la ventana y corre las cortinas negándole más vistas que el descolorido estampado de la tela.

LAS escaleras mecánicas ofrecen a Irene una panorámica del *graffiti* pintado en la pared del suburbano. Es el dibujo de una joven de cabellos salvajes, con mechones de diferentes tonos de azul que serpentean como olas de mar. Todos los días, Irene la mira con ojos soñolientos. Hubo una época en la que ella tuvo el pelo teñido de azul.

Al bajar por las escaleras, el resto del dibujo se va revelando, como si fuera una impresora a la que se le ha terminado el magenta. Bajo el ombligo de la joven nacen escamas y el pelo se fusiona con el mar haciendo difícil saber dónde empieza uno y acaba lo otro. Miles de pasajeros como Irene se sumergen al mar del metro bajo la mirada de esta sirena azul. Cuando la cabeza de Irene pasa por debajo de las olas, toma aire y aguanta la respiración. Viste con americana y pantalón negro de pinza. Es de esas mujeres que, por su aspecto de joven oficinista, debería bajar rápido las escaleras, como si su tiempo valiese más que el de los que se dejan llevar, pero Irene se ha puesto en el lado derecho, dejando el máximo espacio posible para los que van con prisa.

El peldaño de su escalera desaparece bajo el suelo y se ve empujada a caminar hacia el andén. Vuelve a respirar. Ahora ya es un pez más que se deja arrastrar por la corriente. Irene se echa a un lado para dejar salir antes de entrar y, una vez en el vagón, busca dónde agarrarse. El tren arranca e Irene sonríe por fin cuando comprueba que el segundero de su fino reloj de muñeca llega al doce.

Las estrechuras del metro no le permiten moverse mucho más. Un hombre le pide disculpas, pero Irene no siente que se las deba. El vagón se desahoga un par de paradas más allá. Emite un bufido de alivio que asusta a los pasajeros. Irene mira abajo y ve la marca de un zapato en el suyo y entiende las disculpas de aquel hombre. Arruga la nariz con fastidio. Con el índice y el pulgar atenaza el aro de sus gafas y mira a su alrededor. El vagón está menos congestionado, pero todavía hay gente. Intenta llevarse la punta del zapato a la pantorrilla de la otra pierna, pero no tiene esa habilidad, y no ve asientos libres donde sentarse. Tendrá que esperar a llegar a la oficina para devolver al zapato su lustre original.

Con el maletín del portátil bien asido, Irene sale del metro y se mezcla con la multitud que, a trompicones, la arrastra hacia las escaleras. De nuevo, se coloca a la derecha y se encoge, tratando de ocupar el menor espacio posible y no molestar a los que prefieren subir andando.

La luz del suburbano casi parece natural, pero Irene no piensa en la luz. Piensa en los peligros que la acechan a ella y al resto de usuarios.

Una volada de aire ha entrado y ha levantado ligeramente una placa del techo.

Hay zonas mojadas en el suelo.

Algunos peldaños tienen la tira antideslizante desgastada.

Un cable pelado cae por la pared.

Para Irene, todos vivimos en una entrega de “Destino final”.

La boca del metro la vomita al exterior. Ha podido sobrevivir esta vez, pero los peligros siguen acechando en la calle.

Un hombre la tose encima. Con un movimiento de hombros logra esquivar los virus.

Un perro amenaza con morder un gemelo. Irene salta sobre una pierna y se aleja.

Una mujer camina con marcha militar y un cigarro encendido en la mano. La espalda de Irene se curva como un dibujo animado para evitar el quemazo.

Ella misma se enciende un cigarro como para demostrarle al mundo que se puede fumar sin soltar chispazos a los demás. Le da dos caladas y entonces recuerda que ha dejado de fumar. Descapulla el cigarro contra una farola y lo vuelve a meter al paquete, para cuando vuelva a olvidarse.

Hasta que no alcanza el portal del edificio de oficinas donde trabaja no se siente segura. Y con razón: junto a la puerta que cruza para comenzar su jornada laboral un cartel reza “Seguros Sancho & Flores”.

El ruido del tráfico, de las toses, de los ladridos, del pío-pío de los semáforos y las voces de los comerciantes quedan aplacados por las ventanas de doble acristalamiento y los sustituye el suave rumor del papeleo, los chismes en la máquina del café y los tonos graves de los teléfonos sonando.

—Buenos días —saluda Irene a la recepcionista.

Mirta la mira por encima de sus gafas y le devuelve el saludo con amabilidad. Cuando Irene le da la espalda, la recepcionista gira la cabeza para fijarse en sus andares.

—¡Mirta! —le llama la atención un hombre despeinado y con el pantalón del traje arrugado —. Vaya repaso, ¿no? No sabía que te molaban las tías.

Los ojos de la mujer, que hace un rato estaban posados en el pantalón de Irene, se vuelven hacia el joven cargados de desprecio. Es inútil: la arrogancia y los litros de perfume de su compañero le hacen inmune a los desdenes de los demás.

—No es eso —dice la mujer sin entrar en más detalles.

El hombre atiza un par de golpes rápidos y secos al mostrador y señala a la recepcionista.

—No hemos acabado la conversación.

—Sí la hemos acabado —responde la mujer viendo alejarse al hombre tras los pasos de Irene.

Irene escucha esos pasos y los reconoce. Acelera el suyo, en vano. Carlos no tarda en alcanzarla.

—Irene… Buenos días.

—Hola, Carlos —saluda Irene. Ha conseguido llegar a su mesa y se deja caer en la silla. Por fin. Se masajea disimuladamente el muslo—. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Pues sí —dice el hombre que, sin esperar invitación alguna, se sienta en una esquina de la mesa—. Tengo que calcular un seguro. Un agricultor con 120 hectáreas de perales en el sur. ¿Alguna consideración a tener en cuenta?

Irene suspira, saca el portátil de su maletín y comienza a recitar sin apenas mirar a su compañero.

—Las pérdidas económicas por granizo en esa zona suelen ser del orden del 10% de la producción agraria anual. Es decir, alrededor de una de cada diez cosechas de cada temporada se ve afectada por piedra. En concreto, en abril, que es en el mes en el que estamos, las probabilidades de tormenta con granizo son de un 25%, aunque también es cierto, que, en contra de lo que se suele pensar, abril es el mes con menos tormentas.

—Vale… —dice Carlos con las cejas bien alzadas—. Entonces, ¿qué le cotizo?

Irene vuelve a echar el aire de sus pulmones en un golpe y estira la cabeza hacia atrás para poder ver a su compañero.

—Carlos, no voy a hacer tu trabajo. Bastante información te he dado ya.

—Bueno, vale, si no quieres aportar al bonus anual…

—Sabes de sobra que soy la que más aporta para llegar al objetivo.

—Tienes los mejores clientes: bancos, museos, empresas… Yo sólo tengo joyerías y agricultores. En cualquier caso, gracias por tu información.

El hombre ya se va cuando finge recordar algo en el último momento y se gira de nuevo hacia Irene.

—Vamos a salir los de la oficina. Por hacer *teambuilding*, ¿sabes?

—Ajá.

—Hemos pensado en ir a un multiaventura, y así nos vemos con otro tipo de ropa, más relajados y eso. Y luego iremos a un mexicano.

—Un multiaventura.

—Sí.

—Los trabajadores de una aseguradora quieren ir a un multiaventura.

—Sí —repite el hombre. Ahora sí, su arrogancia se cae a pedazos ante la mirada seca de su compañera.

—Con lianas, puentes colgantes, árboles altos y todo eso.

—Seh.

Irene le mantiene la mirada, parpadea de hito en hito mientras la ceja de Carlos tiembla casi de manera imperceptible.

—Gracias, pero paso. Además, la comida mexicana me me sienta mal.

—Venga, tía. Llevas aquí casi un año y apenas te conocemos —dice Carlos.

—Claro que me conoces. Soy la tía que te va a salvar el año —Irene es consciente de que resulta distante en su nuevo puesto de trabajo. Ha levantado una barrera entre ella y sus compañeros, que no quiere que nadie traspase. Lo cual no deja de ser irónico cuando ella se queja constantemente de las barreras arquitectónicas con las que se topa—. De nuevo, gracias. Quizá en otra ocasión—, dice relajando el tono—. Sólo veo altas probabilidades de sufrir un accidente.

—Bueno, pero para eso está la Seguridad Social.

Irene ladea la cabeza atónita ante la paradoja del comentario en aquel entorno.

SÓLO en casa, Irene se siente bien. Fuera de ella, todo la acecha. Su apartamento es su pequeño refugio y ama el momento en el que cruza por la puerta y la arropa el calor y el olor de su hogar.

A los pies se le enreda un gato de angora que ronronea sonoramente y le deja el pantalón lleno de pelos blancos. Irene deja el bolso y la chaqueta en el sofá y coge a su minino en brazos.

—Hola, Rufo —dice Irene con dulzura—. ¿Me has echado de menos?

El gato se queja. Está mayor para esos trotes, pero se deja hacer. Ahora, el pelo blanco está por toda la chaqueta, y el gato se siente orgulloso de haber marcado su territorio. A pesar de los avatares, de las mudanzas, de las ex, Irene es suya y sólo suya.

El piso está meticulosamente ordenado, muy sencillo; apenas hay muebles que obstaculicen el paso. El salón, por ejemplo, sólo tiene un sofá y una mesita al lado. En frente, un aparador con dos cajones soporta el televisor. No hay cuadros colgados en la pared. Ante esta diafanidad,

resalta una cosa sobre las demás. En un ángulo oscuro una muleta espera el momento de aguantar el peso de su dueña. ¡Cuántos pasos dio Irene con ella! Y ahora no la saca de casa… La coge para llevarla a su habitación. El gato la sigue.

La habitación es un calco del salón. Una cama, una mesita y un armario empotrado. Ni cuadros, ni alfombras. Tan sólo una foto con la imagen de ella y sus padres sentados en el poyete de un paseo marítimo, un año antes del accidente.

Irene se quita la americana y la deja tendida en la cama. Con un rodillo pegajoso, quita los pelos de angora y la guarda en el armario. El gato da vueltas sobre la cama, refunfuñando porque su dueña ha quitado su rastro de la ropa. Se hace un ovillo en una esquinita y mete el morro entre sus patas. Irene se sienta a su lado. De manera meticulosa, comienza a desvestirse. Se desabrocha el cordón de un zapato y luego el del otro, y finalmente se los quita para dejarlos a un lado, pegados a la pata de la cama. Sus dedos recorren los botones de la camisa y los liberan de los ojales. “Un día menos, un día más”, piensa Irene mientras salta de botón en botón. Es un pensamiento que la tranquiliza, aunque no haya nada anotado en el calendario.

Demora el momento de quitarse el pantalón pese a que es algo que ha deseado hacer desde el momento en que se lo puso. Todas las noches igual desde hace 18 años, cuando tenía 18. Ya ha pasado media vida y sigue sin acostumbrarse.

El pantalón cae al suelo e Irene se queda mirando su pierna ortopédica. La silicona le cubre todo el muslo y un sistema hidráulico que le costó el sueldo de medio año hace las veces de rodilla para que sus andares sean lo más “humanos” posible. Esa fue la palabra que usó el ortopedista.

Dolor, ajustes, rehabilitación, trabajo. Más dolor, más ajustes, más rehabilitación, más trabajo.

Con la rapidez que le otorga el llevar años repitiendo el gesto, se quita la pierna y la deja tumbada en el suelo, junto a su muleta.

EL Museo Provincial es público, pero no transparente. A muy poca gente le importa el museo, la verdad. Hace tres años cambiaron al director para poner al hijo de un empresario de otro pueblo de la comarca en el puesto. Guillermo, el susodicho, no debe llegar a los 40 y su vida laboral es inversamente proporcional a la cantidad de dinero de su cuenta corriente. Todo lo contrario que Laura: tiene muchas líneas en su vida laboral y muy poco dinero en la cuenta corriente.

Se dice que el padre de Guillermo donó bastante dinero para la campaña electoral del alcalde y, cuando éste llegó al poder, se cobró el favor. Varias veces. Una reurbanificación por aquí, un pliego por allá, un enchufe más allá. Como aquel museo es una cosa a la que nadie de la comarca parece prestar mucha atención, es un buen lugar para pasar facturas de manera desapercibida.

Laura finge que no sabe estas cosas. Es el trabajo que más le ha durado en años y no quiere estropearlo. Además, Guillermo, con la excusa de vivir en otro pueblo, apenas pisa la oficina y Laura se siente la única dueña del museo. La propiedad es compartida, eso sí. Sebas es el encargado de seguridad, el que abre y cierra, el que chista a la gente que hace fotos, y el que espanta a los niños que juegan con la pelota en la plaza donde se ubica el museo.

—Fus, fus —les dice—, que no vea yo que le dais con el balón a la fachada. ¿No sabéis que ese arco no tiene cemento? Una única pieza sujeta todo el edificio, y si le dais con la pelota, se viene abajo.

La verdad es que Sebas, con su acné facial, sus pesadas gafas y su pelo graso, no impone

mucho. También él está agradecido de su trabajo. Mantiene impecable su uniforme. A un lado del cinto una porra, que espera no tener que sacar nunca, y al otro, colgando de un llavero, el cuentapersonas, que apenas lleva unos *clics*. Cuando Sebas abre las puertas del museo, siempre se planta un momento en la entrada que distribuye los pasillos, con las manos entrelazadas a la espalda y el pecho henchido hasta que escucha el motor de la *scooter* de Laura.

Cuando Laura se quita el casco y su pelo sale volando, a Sebas le parece presenciar un anuncio de champú.

—Buenos días, Laura —le saluda el chico–. ¿Qué tal estás? ¿Has dormido bien? Si tienes miedo viviendo sola ya sabes que yo…

—Sebas, ya te he dicho mil veces que me gustan las mujeres.

—¡A mí también! Sobre todo tú —responde ignorando la negativa de Laura.

Laura sacude la cabeza, se atusa el cabello brevemente y se lo recoge en una coleta antes de entrar por la puerta con Sebas pegado a su culo.

Aquí Laura cae en su propia trampa. Para esquivar la caña que Sebas le tira constantemente, ella saca a colación a su ex.

—Igual podríamos ir a cenar algún día. Han abierto un mexicano en la ciudad.

—A mi ex novia —responde Laura recalcando mucho la a— le daba ardor la comida mejicana.

—¿Y a ti?

—No, a mí no, pero también lo sufría en cierta manera.

—Yo puedo comer todo el picante que quiera. Mi estómago es un búnker —responde Sebas.

—Un día fuimos de turismo a un búnker antinuclear. Mi ex novia y yo, digo —insiste Laura.

Solo cuando entra al despacho puede cerrar la puerta en las narices de Sebas con la excusa de que se tiene que poner a trabajar. Se apoya en la puerta y la manga de la bata colgada en el perchero le cae por el hombro. Es como si quisiera consolarla de alguna manera. ¿Cómo iba a superar su ruptura si la obligaban a sacar a colación a su ex?

Se pone la bata y revisa su santísima trinidad: el correo, el CMS con el catálogo del museo y el *dashboard* de monitorización ambiental. Aún no sabe cómo convenció a Guillermo de colocar sensores de luminosidad, temperatura y humedad en las salas para mantener bajo control las condiciones ambientales óptimas para las diferentes piezas. Bueno, sí lo sabe: el director del museo vio la oportunidad de inflar presupuesto y de llevarse su correspondiente mordida.

En el correo hay unos pocos emails de coordinación de un par de proyectos con el colegio y el de un colega que le está ayudando a diseñar una exposición con las obras del museo.

En el *dashboard* está todo en orden. No hay picos de luz ni de temperatura ni humedad.

Así que se mete de lleno en las tripas del CMS para seguir con la catalogación de algunas piezas que siguen en el almacén y que le servirán para la exposición. Es en este momento cuando Laura pierde la noción del tiempo. Tuvo que ponerse una alarma para parar a comer porque si no se le iba el día investigando y añadiendo detalles de las obras del museo. Detalles que nadie leerá después…

Si la viera su ex estaría orgullosa de ella, tan tranquila, tan centrada, tan lejos de su personalidad impetuosa y atolondrada que tanto la irritaba. ¡Ja! Pero bien que le vino cuando le cantó las 40 a la empresa de la luz por haberles cobrado de más o por el dinero que se ahorró gracias a su política de “un simpa en cada ciudad”. Su ex nunca tuvo unas fotos tan bonitas como las que se hizo con ella, siempre riendo, a veces agotadas después de huir de un bar sin pagar. Ha

tardado en darse cuenta, pero hace rato que no está en el CMS sino en el álbum de fotos de esos viajes. La cara apoyada en una mano, la sonrisa triste en la cara.

Laura cierra la pestaña y menea la cabeza para sacudirse los recuerdos. Ya no está Sebas merodeando. No tiene por qué mencionar a su ex.

Y aún así…

Cierra también el programa de catalogación y salir de ahí para despejar la mente.

Recorre los tres pasillos del museo. Los días pasan plácidos. Demasiado plácidos para su gusto. Echa en falta algún árbol al que subirse, puentes tambaleantes que cruzar o lianas de las que tirarse. Echa en falta a la Laura de su infancia, de moratones en los brazos y escorchones en las rodillas, cuando todo era posible y en cualquier momento podía vivir una aventura. Entonces, su concepto de aventura era pelearse con chicos, tocar a los timbres y colgarse de las ramas para balancearse y dar un salto hasta el suelo para ver quién llegaba más lejos. Cicatrices por todo su cuerpo atestiguan su pasado cafre. En la rodilla, una cicatriz de una caída en el hormigón del patio de su colegio tras ser zancadilleada jugando al fútbol. En la ceja, una calva lineal atraviesa de arriba abajo como un *souvenir* de aquella vez que le dieron con una piedra en una pelea campal con los chicos del barrio. Un corte en el labio hecho con el guardabarros metálico al caerse de su bici. Y hasta un corte en la mano que se hizo al abrir una lata, ya en la universidad, cuando su mayor riesgo era llegar a casa agotada y hacerse un bocadillo de sardinas y mahonesa.

Ahora, las piezas de su museo le ayudan a suplir ese déficit de aventura que le falta en la sangre. Su objetivo en el museo es darle un sentido al mismo. En su catálogo, elaborado con mimo, hay piezas de una época y otra, esculturas, tapices, pinturas y restos prehistóricos. Las flechas de metal se mezclan con los tablones góticos y las piezas de barro de la época romana. Un despropósito al que nadie había metido mano desde que se inaugurara el museo hace 20 años. Además de la exposición permanente, en el almacén hay otro puñado de piezas de diferente índole y procedencia. Ya lleva un año allí y nadie le ha metido prisa con su catalogación.

Un año ya desde su ruptura…

Laura saca de su bata un cuaderno de notas y se sienta en una caja de madera. En el almacén la temperatura es de 18º, la humedad no debe superar el 55% y los luxes mantenerse entre los 50 y los 100 luxes. Sobre una gran mesa hay colocado un estandarte de seda de la Edad Media en muy mal estado de conservación. Se encontró hacía un par de meses cuando hicieron obras para construir un aparcamiento subterráneo. El estandarte fue lo que la constructora cedió al museo, pero Laura está segura de que había más piezas de valor que, o bien tiraron, o, más probablemente, las vendieron al mejor postor.

—Mejor. Menos trabajo —dijo Guillermo cuando Laura le compartió sus sospechas acerca del paradero de las piezas.

—Pero son piezas de aquí, de nuestros antepasados, gente que vivió mucho antes que nosotros y de la que podemos saber más a través de sus objetos.

—Ay, Laura, siempre pensando en el pasado. ¿De qué nos sirve saberlo? Nuestro mundo es mucho más avanzado que el suyo. No creo que nos enseñe nada que no sepamos ya.

—Quizá para explicarnos cómo hemos llegado hasta aquí. No sé, eh. Digo.

Guillermo giró el cuello de manera que las palabras de la conservadora del museo entraban directas a su oído izquierdo y salían, sin rebotar por ningún sitio de su cerebro, por el oído derecho.

Su trazo es ágil y limpio. Las figuras geométricas y florales se le dan bien. Dibuja con un lapicero una vista frontal de la seda, lo más detallada que es capaz. Luego, bosqueja las zonas en las que el paso del tiempo ha devorado la tinta de la seda y apenas se aprecia el dibujo. Pese a la

penumbra en la que se encuentra, logra plasmar el estandarte y toma alguna nota en los márgenes: “aprox. 1100 d. C. 45x60 cm. Origen?”. Luego bajará con los rotuladores de acuarela para darle color.

Ese “Origen?” se repite mucho en sus notas. Laura tiene demasiados interrogantes por resolver en el museo. Cierra el cuaderno y golpea la tapa con el boli. Tiene la mirada clavada en el estandarte, como si esperara que le revelase de qué hilo tirar.

La luz se enciende y Laura da un brinco.

—¡Apaga la luz! —le ordena a Sebas.

—Pero si no se ve… —dice el guardia de seguridad.

—Se ve perfectamente. Además, si le da demasiada luz se comerá los colores de la tela.

Sebas protesta entre dientes y apaga la luz.

—No sé para qué tenemos un museo si no se pueden apreciar las piezas de la exposición.

—Si le das con la luz no se apreciarán en el futuro.

—El futuro, el futuro… —farfulla Sebas cuando se va de la sala.

Laura también refunfuña. Se sabe rodeada de inútiles y tiene demasiado trabajo que hacer en ese museo. Un trabajo que nadie aprecia.

Con pasos firmes vuelve al despacho. Laura teclea con fuerza la tecla *enter* del teclado y la pantalla despierta.

—257 luxes. Le voy a cortar los huevos.

—¿Quién es el afortunado? —pregunta Guillermo al entrar por la puerta. Viste vaqueros, camisa y una americana con coderas, y ha inundado la habitación con su perfume.

—Sebas —contesta Laura—. Ha encendido la luz cuando estaba en el almacén catalogando el estandarte.

—¿Cómo ha osado? —pregunta irónicamente.

—Es importante. Es… —comienza Laura, pero se detiene. Sabe que es inútil.

Si al menos al llegar a casa tuviera a alguien con quien compartir su frustración…

—Creo que eres la única que mira esas cosas.

—Por algo soy la conservadora del museo.

Guillermo se lo toma con calma. Se quita la americana y la deja con parsimonia en la silla, cuidando de que las mangas no se queden enganchadas ni de que se quede algún pliegue atrapado. Enciende el ordenador. Suspira. Saca sus gafas de la funda. Vuelve a suspirar. Laura no quiere mirarlo, no quiere dedicarle ni un segundo de su atención. Por muy huidizas que sean las piezas de su museo le parecen más auténticas que el tío que se sienta a su lado. Guillermo suspira de nuevo. Abre el correo. Mira uno a uno los emails, incluso los que son *spam*. Tiene todo el tiempo del mundo y en algo habrá que matarlo.

–Je, je, viagra –dice en alto.

Laura le ignora.

Lo único que se oye son los *clics* de los ratones.

Un nuevo suspiro de Guillermo.

Clic.

—¿Has leído lo del robo en un museo de Suiza?

A Guillermo sólo le interesan las noticias de robos a museos en lugar de los movimientos en las casas de subastas.

—Otra vez Suzette Munszick –afirma Laura.

—¡Qué tía, eh! —dice Guillermo mientras baja por la página y lee la noticia—. Hay fotos de una cámara de seguridad, pero se ve que lleva peluca. Es como Carmen Sandiego. ¿Te

acuerdas de Carmen Sandiego? Siempre te creías que le ibas a ver la cara y, ¡zas! Se escondía.

—Sí, me acuerdo de Carmen Sandiego. Toda una generación idolatrando a una villana.

—¿Villana? Pero si era la buena, ¿no? Robaba obras de arte para que no cayera en manos equivocadas.

—¿Y cuáles son las manos equivocadas?

—Pues… No sé, en manos privadas, y eso.

—¿Como las del parking? —Laura no oculta la sorna en su tono.

Guillermo expulsa el aire por la nariz. La conservadora de *su* museo le ha picado tanto con su aguijón envenenado que ya no se revuelve. Vuelve la vista a su ordenador.

Por el rabillo del ojo, Laura ve cómo Guillermo se acerca a la pantalla. Está leyendo algo con atención.

—¡Me cago en todo lo que se menea! —grita.

—¿Qué pasa ahora? —pregunta Laura con impaciencia.

—Nos acaban de ofrecer una donación. Es que me cago en todo, ¡joder! ¡Qué mierda!

Laura no se cree que diga eso.

—¿Qué donación?

—¡Y yo qué sé! Milagros Betancourt —responde leyendo el email—. ¿Te suena?

—No.

–Pues, hala, ya tienes tajo. Te lo reenvío. Haz el informe para el Ministerio —Guillermo se levanta y con la misma parsimonia con la que la ha dejado, coge la americana y se la vuelve a poner—. Yo voy a hablar con los del seguro, porque no sé si esto nos entra.

Los ojos de la conservadora van de un lado a otro de la pantalla leyendo el email. Su mandíbula cae poco a poco conforme avanza en el mensaje.

—Ojalá nos roben —dice el director—. ¿Dónde está Carmen Sandiego cuando se la necesita? —refunfuña cuando se marcha.

Laura sigue sin creerse lo que están viendo sus ojos.

CADA vez que suena el teléfono de algún agente se echa a temblar. Alguien quiere reclamar su seguro. Se escuchan las protestas, los lloriqueos nacidos de las pocas ganas de inventar excusas, el carraspeo antes de descolgar y fingir amabilidad y preocupación. Irene, por el contrario, apenas recuerda cómo suena el suyo. Por eso, cuando restalla el aparato que tiene sobre la mesa, lo mira con desconcierto. Despacio, lo descuelga y se lo lleva al oído.

—¿Diga? —Su voz suena floja y temblorosa.

—Irene, soy Olivia. Pasa por mi despacho.

—Va-vale…

Sin contar cuando se la presentaron, es la primera vez desde que está ahí que la jefa la llama a su despacho.

Antes de levantarse, revisa sus cifras. Ha alcanzado el objetivo durante 10 meses seguidos, la rentabilidad de sus seguros tiene poco margen de mejora y las encuestas de satisfacción de atención de sus clientes están por encima del 9.

Está desconcertada.

Llama suavemente con los nudillos a la puerta y entra con timidez cuando la invitan a pasar. El despacho de Olivia es más discreto y modesto que su dueña, pero es cuestión de tiempo. Acaba de llegar y todavía no le ha dado tiempo a darle su toque pedante y afectado. Sólo cuando Irene se sienta en la silla que le señala la jefa se da cuenta de que hay una tercera persona en el despacho.

—Esta joven es Berta Guiral —dice la directora.

Irene la examina tanto como el disimulo le permite. Es realmente joven. Un cría. Tiene perfectamente perfilada la raya del ojo aunque su camisa de espesas rayas horizontales está arrugada. La tal Berta se levanta y le ofrece la mano.

—Encantada —responde Irene.

—Berta es ingeniera informática. Ha venido a revolucionar la empresa.

Las perlas del collar de Olivia tintinean con cada palabra.

—¿Ah, sí?

—Así es. Ha diseñado una aplicación con la que esta empresa duplicará… ¡no! Triplicará sus beneficios.

—Bueno, yo… —La joven levanta las palmas de las manos para frenar las expectativas puestas en su software.

—No seas modesta, Berta. De entrada, nos ahorramos unas cuántas nóminas.

—¿Nóminas? —repite Irene.

—No te alarmes, la tuya no será una de ellas. Nunca podría prescindir de mi mejor agente.

Las palabras de Olivia no despejan la angustia que se ha instalado en el pecho de Irene. La jefa invita a Berta a que le explique a Irene su programa. Ella escucha con atención a la chavala. La aplicación es capaz de calcular un seguro usando referencias de varias bases de datos públicas y privadas (como la de la propia aseguradora) y la información personal del cliente aplicando el *big data*, la *inteligencia artificial* y el *machine learning*.

—¿No es maravilloso? Los clientes no tendrán oportunidad de negociar sus contratos porque un algoritmo inteligente les dirá que su cuota es la que es. ¡Y es infalible!

—Bueno… —De nuevo, la ingeniera quiere rebajar las perspectivas puestas en su aplicación.

—¿Qué te parece? —pregunta la jefa abalanzándose sobre la mesa. De nuevo, sus perlas tintinean, pero esta vez suenan como a monedas chocando unas con otras.

Irene no sabe por dónde empezar. Puede hablar de los numerosos estudios que afirman que los algoritmos que aprenden “solos” únicamente refuerzan los sesgos humanos. Al fin y al cabo, los algoritmos los diseñan humanos y aprenden de datos que, oh, sorpresa, también recogen los humanos.

—Fenomenal, ¿verdad? ¡Es el futuro! —insiste la jefa. Está entusiasmada y no quiere escuchar ningún argumento en contra—. ¿Pero sabes qué no hace esta aplicación?

—¿Qué? —pregunta Irene.

—Viajar.

La agente mira confusa a su jefa, y luego mira a la ingeniera, que le sonríe como si estuviera al tanto de todo.

—La aplicación no es perfecta —dice Olivia, y mira seguidamente a Berta que no entiende el cambio radical de opinión de la señora—. Está muy bien, eh, pero le falta ese toque humano.

Los ojos de Irene se iluminan. Parece que su jefa ha comprendido las limitaciones de un agente de seguros robotizado, pero nada más lejos de lo que tiene en mente Olivia. La mujer le extiende un móvil. Es ligero y pequeño en las manos de Irene. Cuando acaricia su pantalla esta se ilumina y muestra un único icono en el centro de la misma. El icono representa un candado que, en lugar de un agujero para una llave, tiene una red neuronal. Al pulsarlo con el pulgar, se abre la aplicación diseñada por Berta. En la parte superior, aparece el nombre de la app: IAsegura. Es limpia, diáfana y muy sencilla de usar. Aunque la ingeniera le explica su funcionamiento, Irene ya ha intuido cómo va.

—Se basa en un formulario que hay que rellenar. El algoritmo calcula el riesgo del producto teniendo en cuenta los datos introducidos, vuestro histórico y otras bases de datos. Una vez estimado el riesgo, calcula el precio del seguro. En una segunda fase podemos afinar esto también con IA.

Irene selecciona la opción "Seguro de vida" y rellena algunos datos de manera aleatoria. Sexo: Varón. Edad: 56 años. Profesión: Abogado. Ciudad de nacimiento: Albacete. Ciudad de residencia: Alicante. Casado. Dos hijos. Sin antecedentes cardiovasculares. Fumador… La lista es inmensa y le abruma un poco. Tiene que reconocer que la aplicación es bastante completa.

—Gracias —dice Berta—. Me ha costado mucho tiempo diseñarla.

Irene mira a la ingeniera con más detenimiento y se pregunta por qué en lugar de una aplicación para seguros no ha inventado una para combinar la ropa según la forma de cada cuerpo, porque a la chica le vendría bien.

Cuando IASegura le lanza el resultado, el porcentaje de riesgo y el precio del seguro es muy aproximado a lo que habría calculado la propia Irene así que le devuelve el móvil a su dueña con una gesto de aprobación. En el último momento, se arrepiente de ceder un ápice de su labor a una máquina y cambia el gesto.

—Para seguros de vida de varones de 56 años, abogados y con esas características, funciona bien —dice.

—Ahora es donde entras tú y la pules, Irene —le dice Olivia.

—¿Pulirla?

—Así es. Y tengo el proyecto perfecto para que la pongas a prueba.

—¿Un proyecto?

La palabra "proyecto" no se usa en su ámbito de trabajo. Todo le huele muy mal.

—Sí, un proyecto. ¡Jesús! ¿Qué te pasa hoy? ¡Estás como alelada!

¿Cómo no va a estarlo si su trabajo está siendo amenazado por un *bot* diseñado por una cría con pésimo gusto para la ropa y que sigue sonriéndole como si supiera de qué va todo aquello?

—Tenemos un proyecto muy interesante de un museo.

—¿Alguno de los míos?

—No, este es nuevo. Ha recibido una donación y nos han contactado para el seguro —explica Olivia—. Pan comido para ti.

—Pues… sí.

—Por eso. Vas a ir con el móvil para ir testeando la aplicación.

—¿Ir adónde? —A Irene se le tensa el cuerpo.

—A… —Olivia abre la carpeta marrón que hay sobre la mesa— Villanueva de Bermejo. Allí está la pieza.

Irene atenaza sus gafas y toma aire para hablar, pero Olivia la interrumpe.

—Te vendrá bien salir un poco, tomar el aire, vivir peligrosamente por una vez en tu vida.

Segunda vez en el día que dos personas que no la conocen de nada le piden que viva peligrosamente. No quería hacerlo, pero Irene no tiene otro remedio que enfadarse.

—Se puede disfrutar de la vida sin vivir peligrosamente —dice—. El gin-tonic en Ernesto's por la tarde, comer a destiempo y mal, el estrés de los viajes y tener dos hijos varones adolescentes te otorga un 1% de posibilidades de que te de un infarto aquí mismo, un 4% en cinco años y un 7% en 10 años. Quizá no llegues a jubilarte. Eso contando que no tengas antecedentes familiares, claro.

Es un ataque directo a la línea de flotación de la esperanza de vida de su jefa.

—Impresionante… —dice Berta.

Olivia, por su parte, la mira aterrada. Instintivamente, se ha clavado las uñas en el pecho.

Se recompone.

—Bueno, es igual, soy tu jefa y te mando a custodiar esa pieza y traerla sana y salva.

—No es necesaria la custodia si trabajamos con la compañía de mudanzas de siempre. Lo he hecho una docena de veces desde que estoy aquí.

—Pues esta es la 13. ¿Y sabes qué? Es la de la mala suerte. ¿IAsegura tiene en cuenta las supersticiones? Da igual. En esta ocasión, no va a ser tan sencillo. Hay ciertos… requerimientos por parte de la fallecida que lo hacen más complejo.

—¿Qué clase de requerimientos? —pregunta Irene entre intrigada y recelosa.

—Pronto lo sabrás.

Olivia sonríe triunfante.

Irene necesita un cigarro.

```
AIrene: Recuerda que has dejado de fumar.
Irene: ¿Y tú quién eres?
AIrene: Tu IA personalizada.
```

GUILLERMO resolla cuando se sienta en el autobús. Laura ya lleva unos minutos en su sitio. Sus piernas encogidas dan buena cuenta de ello. De hecho, lleva despierta desde las 5 de la mañana. Apenas ha podido dormir unas pocas horas. En ese duermevela repasaba mentalmente una y otra vez la mochila del viaje.

—¿He metido la linterna?

Se levantaba, comprobaba que sí y volvía a meterse. Y así con el botiquín, con la navaja suiza y con el neceser.

—Menuda cara de sueño llevas —le dice Guillermo—. ¿Nerviosa?

—Un poco —reconoce Laura. Un último repaso mental a la mochila para comprobar que se ha dejado el antiojeras justo en el momento en el que el autobús arranca.

¡Como para no estarlo! Le espera una apasionante aventura, ¡por fin! Su tan ansiada y merecida aventura. Está preparada para eso. Sin embargo, la responsabilidad es enorme. No todos los días se recibe una herencia de una señora que tenía entre sus posesiones una auténtica ánfora griega, un ánfora que, a todas luces, retrata una escena vital en el sentido más estricto de la palabra de la siempre escurridiza poetisa Safo.

Guillermo le cuenta batallitas de universidad mientras Laura ve por la ventanilla cómo el paisaje se transforma: deja atrás el relieve arisco de las montañas y las tierras se suavizan.

Villanueva de Bermejo, repite mentalmente. ¿Cómo ha podido llegar una pieza de ese calado histórico a un pueblo perdido de la mano de Dios? Como todo en torno lo que rodea a la figura de Safo, es un misterio.

Hace tiempo que Laura no sale de la comarca. Un año, concretamente. Los mismos 365 días que han pasado desde la ruptura con su ex. Aunque le consta que puso tierra de por medio, teme salir y encontrársela. Como si el mundo fuera un pañuelo y ellas dos mocos que aún no se han secado.

El bus llega a la estación de tren y allí se suben a su vagón. A Laura le dan calambres en las piernas de tanto llevarlas encogidas y aprovecha cada momento que están parados para esturar los gemelos y los muslos. Le resulta divertido ver a Guillermo fingir que es un hombre viajado. Camina unos metros por delante de ella, bromea con el de seguridad, se deja cachear, enseña su *passbook*. Incluso dentro del vagón, cuando Laura ha localizado su sitio y se ha sentado,

Guillermo chequea su billete, como si no fueran juntos. La verdad es que el aspecto repeinado y limpio de él choca frontalmente con la coleta despeinada y el aire mochilero de ella.

Subir al tren es como entrar en otra dimensión. De los asientos pelados y las pintadas en los respaldos del viejo autobús del pueblo, han pasado a unas butacas cómodas, con enchufe para cargar el móvil y espacio suficiente para las piernas.

El avance requiere rapidez, la misma a la que pasan los postes de la luz ante sus ojos. La comarca de la segunda velocidad nunca será lo suficientemente rápida para la de la primera. Si tanto le gustaba la aventura, debió ser ella quien se marchara del pueblo, y no su ex. Suspira con tristeza.

—Hazme un resumen rapidito de porqué el jarrón ese es tan importante —le pide Guillermo —. No quiero parecer un paleto con los del seguro.

Laura apartó la mirada de la ventana.

—¿No te leíste el informe que mandé a Patrimonio?

Sabía que no pero quiere dejar patente la incompetencia de su director, que parpadea sin saber muy bien dónde mirar.

—Pues no. Por eso te pido un resumen —responde Guillermo con el orgullo herido.

Un resumen. Laura resopla ante el reto.

—Lección número uno: no es un jarrón, es un ánfora —comienza—. Safo fue una poetista muy popular en la Grecia Antigua, pero gran parte de su obra estaba en la biblioteca de Alejandría y ya sabes lo que pasó.

Guillermo la mira, pero esta vez no pestañea.

—¿Sabes lo que pasó a la biblioteca de Alejandría, verdad? —pregunta Laura al borde del escándalo.

—Sí, sí, que se quemó.

El director despacha la respuesta con la mano y Laura respira aliviada.

—En este ánfora parece representar un funeral —dice Laura aportando misterio a su voz—. Safo es la figura central y su amante yace en un lecho.

—¿Un hombre caído en una batalla?

—No es un hombre; es una mujer. Se considera que Safo era lesbiana o bisexual, pero su historia es escurridiza.

Intenta hacerle entender a Guillermo que están ante un hito no sólo artístico sino histórico, aunque no tarda en comprender que su jefe está muy lejos de comprender lo que esa pieza significa para las mujeres como ella.

—Ah —dice Guillermo sin disimular su decepción—. Se cotizan más las obras que aluden a alguna guerra, por eso de que tienen valor histórico.

—¡Esto también lo tiene! —exclama Laura indignada—. Otra cosa es que no se le haya dado la importancia que merece porque, uno, son mujeres, y dos, están haciendo arte.

Laura se guarda la tercera razón: Safo era una mujer que amaba a otras mujeres. No quiere meterse en ese jardín con Guillermo.

—El arte no empuja la Historia —dice Guillermo antes de ponerse los auriculares y dar por zanjada la conversación.

Laura reflexiona sobre aquello y recuerda sus libros de instituto. En ellos, las lecciones de Historia avanzaban de guerra en guerra y pasaban de largo por otros hitos que tuvieron menor protagonismo, como la apertura de academias de arte, literatura o música.

Todavía es más divertido ver a Guillermo hacer como que sabe por dónde va cuando salen de la estación. Mira disimuladamente los carteles que indican la salida y cree que Laura le sigue

como una oveja.

—Cogeremos un taxi —dice mientras saca la tarjeta de empresa.

—Entonces, es por aquí —señala Laura.

Guillermo mira en la dirección indicada y ladea la cadera.

—Ya lo sabía.

Con la lentitud propia de la gente de provincias, se dirigen a la salida y se suben a un taxi.

—Voy a poner Google Maps, que no quiero que nos de vueltas de más —susurra Guillermo dentro del vehículo.

Las sombras de los altos edificios se ciernen sobre el coche. Laura mira hacia arriba. Lejos de estar impresionada por ver edificios tan grandes, lo que en realidad busca es el sol, oculto en todo momento tras los rascacielos.

Bajo uno de esos rascacielos el taxi se detiene. Laura baja del coche mientras Guillermo se queda pagando y exigiéndole el *ticket* al taxista. Laura entra en el edificio. Ahora es Guillermo quien va tras ella como una oveja. En el *hall*, en un gran panel dorado, están estampados todos los nombres y logos de las empresas que alberga el edificio.

—Seguros Sancho & Flores. Planta 17 —vuelve a señalar Laura.

Guillermo mira el panel.

—Ya… Ya lo sabía —dice el director que, en el centro de ese gran espacio lleno de mármoles y reflejos metálicos, se hace pequeñito.

EN la sala de reuniones no hay ningún elemento de color. Las paredes, la mesa, las sillas, son blancas. Un detalle que habla de la asepsia y la pulcritud de Seguros Sancho & Flores. Únicamente el suelo es de una moqueta gris y en el televisor de las videoconferencias hay una imagen de un paisaje veraniego, un campo de trigo con el grano a punto de explotar, a modo de salvapantallas. Olivia está de pie, junto a la ventana. Mira el trasiego de la gente a sus pies y se siente poderosa.

Irene también está de pie. No es la primera vez que espera sentada una visita y la pierna le juega una mala pasada al levantarse, dando impresión de torpeza, algo que una agente de seguros no se puede permitir.

—Parecen hormiguitas —dice Olivia. Luego mira su fino reloj de muñeca y chasca la lengua, fastidiada por la falta de puntualidad de sus invitados—. Pueblerinos —susurra.

Sobre la mesa, el móvil de Irene con la app IAsegura ya instalada, una jarra con agua, algunos vasos de papel apilados y una carpeta con el logo de la aseguradora en una esquina. Blanca, por supuesto

Por el pasillo se escuchan los pasos apresurados de sus invitados. Mirta, la recepcionista entrometida, abre la puerta y anima a los invitados a entrar en la sala.

—Olivia —dice la recepcionista. La jefa se gira con teatralidad—, los del museo.

Irene levanta la cabeza. Tarda unos segundos en reaccionar cuando ve a la mujer. Ese rostro tan familiar no le encaja en aquel escenario. Sacude la cabeza. Es como si la hubieran sacado de un sueño en una casa que no era la suya.

Guillermo se acerca a Olivia y le toma la mano. Se inclina sobre ella, hace amago de llevársela a los labios, le hace mil reverencias.

—Disculpa el retraso. Ya sabes… Los autobuses —dice, pero Olivia no sabe cómo es viajar en bus—. Hubiéramos venido más rápido con el tractor de tu tío, ¿a que sí, Laura?

Escuchar ese nombre en alto saca a Irene definitivamente del sueño y la colocan de bruces en la realidad. Abre mucho los ojos, le suben los calores, le sudan las manos.

Laura ha reconocido a Irene nada más entrar por la puerta y la sangre se le ha helado. De

todas las empresas de seguros del mundo, tuvo que entrar al suyo. ¿Qué probabilidades había? Seguro que Irene lo podría calcular. Si aquello no era el destino…

—¿Laura? —le apela Guillermo de nuevo.

Las palabras de su jefe esquivan los oídos de la conservadora. Sigue enganchada a la mirada de Irene, que le mantiene el pulso con las mejillas ligeramente encarnadas. Tampoco ella sabe dónde meterse.

—No pasa nada —miente Olivia—. Ella es Irene Llanos. Ha sido la encargada de calcular el coste del seguro. Aunque esta vez has tenido una ayudita, ¿verdad? —Y sin dejar de responder a la aludida sigue—: Vayamos al grano. Seguro que Guillermo es un hombre muy ocupado y no le gusta perder el tiempo.

Guillermo no interpreta bien el tonito condescendiente de la directora de la oficina y se sienta frente a ella. A su lado, Laura, se tropieza con la silla antes de sentarse. Tiene la boca seca. Agarra la jarra que hay sobre la mesa y se sirve un vaso de agua. Bebe con avidez. Irene puede ver cómo el agua le pasa por la garganta. La faringe hace olas en su cuello. Ese cuello que tantas veces ha besado con el mismo ansia con el que Laura bebe agua. Carraspea y se acomoda en su asiento. La conservadora del museo toma aire cuando deja de beber. Aún queda un dedo de agua en el vaso. De nuevo, Laura tropieza consigo misma al dejar el vaso sobre la mesa y está a punto de derramar lo que quedaba de agua. Hace un gesto de alivio y sonríe. Se ha convertido en el objeto de las miradas de los presentes.

—Estaba seca. Es por la contaminación —dice evitando la mirada de Irene—. Es pisar una ciudad y empezar a picarme la garganta.

—Ya, claro, en el pueblo tenéis mejor calidad del aire —afirma Irene y en ese momento se arrepiente de haber añadido nada a las palabras de Laura.

Laura, sin embargo, sí es capaz de morderse la lengua y dejar la conversación ahí.

—Podemos comenzar esta reunión —dice Olivia arreglándose la melena—, si bien es cierto que nos falta una tercera parte: la empresa de transportes. No obstante, trabajamos con una de confianza y los protocolos están muy engrasados, por lo que no habrá problema con ellos, ¿verdad, Irene?

—Así es —responde ella con la mirada clavada en la mesa.

—Para nosotros es un honor que nos hayáis elegido para asegurar esta pieza, pero me llama la atención que hayáis querido contar con nosotros siendo que ya tenéis un seguro contratado.

Guillermo entrelaza los dedos como el alumno al que le preguntan la lección y se sabe con todas las respuestas. Pese a que hay varios perfumes femeninos en la sala, el olor del suyo los ha devorado.

—En efecto, Olivia —dice Guillermo con voz impostada—. Nuestro seguro se nos queda un poco corto para este caso, y ellos mismos nos recomendaron Sancho & Flores.

—Os han aconsejado muy bien —retoma Olivia. Luego, despliega sobre la mesa dos copias para sus invitados de la hoja exacta del testamento en la que la fallecida, una tal Milagros Sanabria, dejó reflejado sus últimas voluntades con respecto al jarrón.

—Es un ánfora —la corrige Laura—. Una hidria, concretamente.

Por fin, Irene la mira, pero es para lanzarle una mirada incendiaria por haber corregido a su jefa.

—Leímos tu informe —apunta Irene—. Sabemos que es un ánfora.

—Claro —dice Laura—. Si sólo fuera una vasija para vosotras, no nos habríais hecho un seguro tan caro.

—Laura —Guillermo le pone una mano en el antebrazo para calmarla. Lo último que quiere

es que la conservadora se ponga chula con la única empresa que se ha atrevido a asegurar la pieza.

—Uy, pelea de gatas —dice Olivia que, por contra, parece encantada con el salseo—. Os hemos hecho un seguro ajustado, teniendo en cuenta todo el trajín que va a llevar el ánfora.

—¿A qué trajín te refieres? —pregunta Laura—. Voy al pueblo, cojo el ánfora y me la traigo.

—No es tan sencillo —Olivia le señala un párrafo del folio de las últimas voluntades de la fallecida.

Laura lee, y conforme avanza su gesto se va torciendo.

—¿Pero esto es legal?

Asombrado, Guillermo se echa encima de ella y lee en voz alta.

—"Las cenizas de Milagros Sanabria serán guardadas en el ánfora y vertidas en el pantano de Bermejo tras su funeral. Sólo entonces, la pieza será donada". Joder con la vieja.

—¿No lo habías leído antes? —le pregunta Laura.

—Por supuesto que sí —miente el director.

—Por eso, es necesario que vayáis en persona a por la pieza —resume Olivia.

—¿Quién? ¿Yo? —pregunta Guillermo.

—¡Por supuesto que no! —dice Olivia. Guillermo respira aliviado. La directora levanta el bolígrafo que lleva en la mano— Ellas.

—¿Ella también va? —Laura e Irene preguntan al unísono señalándose la una a la otra.

—Bueno, a ver… —Con un gesto Olivia pide ayuda a Guillermo.

—Creemos que es mejor que vayáis las dos.

—¡No necesito una niñera! —salta Laura.

—¿Una niñera? —se indigna Irene—. Soy yo la que no necesita a una artista frustrada que se cree Indiana Jones.

Olivia alza una ceja y estira el cuello para girarse hacia Irene. Demasiada información. Irene se encoge en su silla.

—Haya paz, chicas —pide Guillermo—. Tenéis que aprender a trabajar en equipo.

—¡Ja! —dicen las dos jóvenes a la vez.

—Así es —añade Olivia—. Tenéis que ser un equipo: Laura comprobará *in situ* que la pieza es auténtica, e Irene se asegurará de que vuelve de una pieza. Jaja, se asegurará. ¿Lo habéis pillado?

—El Ministerio dio por bueno el informe que les pasó Laura —protesta Irene—. No es necesario que venga.

—Alguien tiene que verificar que llega intacta —se defiende la conservadora.

—¿Y vas a ser tú, que no has hecho más que tropezar con cosas desde que has llegado?

Laura le lanza una mirada cargada de todos los reproches que ha callado durante un año.

—De todos los que estamos aquí, soy la más interesada en tener esa pieza. A vosotros sólo os interesa el dinero —Laura defiende su territorio—. Es una pieza única, cargada de historia y simbolismo. Cualquier museo nacional daría lo que fuera por tenerla en su catálogo.

—Entonces aumentan las probabilidades de robo —dice Irene.

—¿Robo? —dice Guillermo antes de sobrevenirle una fingida carcajada que apenas esconde su nerviosismo—. ¿Quién querría ir hasta Villanueva de Bermejo para robar un jarrón?

—¡Es un ánfora! —responden a la vez las chicas.

Se miran y por un momento, firman la paz.

—Además, te sorprendería la cantidad de robos de piezas de arte de gran valor en iglesias

de pueblo para revenderlas en el mercado negro. Erik El Belga o Suzette Munszick son los más conocidos. ¿Te acuerdas de Munszick, la Carmen Sandiego de la que hablamos el otro día? El otro día leímos que dio otro palo —cuenta Laura dirigiéndose a Olivia—. Lo que pasa es que es una tía lista y no la pillan. Además, hay infinidad de ladrones más. ¿No veis que a nadie le importa este patrimonio? Luego aparecen adefesios como el *Ecce Homo* de Borja y nos llevamos las manos a la cabeza, pero es que nadie cualificado se dedica a la conservación de este patrimonio. Somos los menos. ¡Pero deja de darme patadas, tío! —le pide a su jefe.

Laura no se ha percatado de que su retahíla ha iluminado los ojos de Irene. El caché de la pieza ha engordado sustanciosamente y, por tanto, el precio de su seguro.

—Y por eso Irene viajará contigo —zanja Olivia—. No obstante, estamos seguras de que no habrá ningún robo. Hemos hecho este tipo de traslados cientos de veces y nunca hemos tenido problemas.

—Lo cual no quiere decir que no los haya —añade Irene—. Técnicamente, la perfección no existe y, cuantos más traslados de piezas de arte hagamos, más cerca estaremos de que nos roben, o se rompa la pieza, o se estropee, o…

—Gracias, Irene —la corta Olivia poniéndole una mano en el brazo—. Lo hemos entendido —Luego se gira a sus invitados—. Tened por seguro de que no le pasará nada a la pieza y llegará perfectamente al museo. Estoy tan convencida de ello que, si no es así, Irene será despedida. Y creedme, no quiero perder a mi mejor trabajadora.

Los ojos de Irene se abren como platos.

—¿¿Perdona??

—Y si la pieza resulta ser una falsificación, será Laura la que será despedida —añade Guillermo envalentonado.

—¿¿Qué??

Olivia cierra la carpeta de golpe y da por concluida la reunión.

—Salís esta tarde. La incineración es mañana y cada minuto que estéis aquí es un minuto que no estáis vigilando el ja… El ánfora.

La jefa ignora las protestas de las jóvenes y sale de la sala, seguida por Guillermo y sus genuflexiones. Las chicas se quedan sentadas frente a frente. Laura sonríe de manera forzada.

—Seguro que todo sale bien —dice más para convencerse a sí misma que para tranquilizar a Irene.

Para remarcar sus palabras, se incorpora sobre la mesa y alarga una mano para sellar la paz. En un descuido, golpea el vaso que, esta vez sí, se cae y vierte el agua por la superficie.

—Esas manos no tocan el ánfora, que te la cargas —sentencia Irene.

Laura se apura en sacar un pañuelo de papel de su mochila y secar la mesa. Se ríe para sí misma.

—¿No las echas de menos? —pregunta—. ¿Ni un poquito?

—¿El que?

—Mis manos.

Esta vez sí la mira, y en sus ojos hay fuego, un fuego que quiere prender los rescoldos que sabe que todavía quedan en Irene.

La agente de seguros le esquiva la mirada.

—De todos los seguros del país tuvisteis que venir al nuestro —responde haciendo un cortafuegos.

—Yo no tenía ni idea —Laura completa su tarea y tira el pañuelo mojado a la papelera—. Si lo hubiera sabido, te aseguro que le habría quitado la idea de la cabeza a Guillermo.

—¿Tan horrible te parece trabajar conmigo?

—Pero si eres tú la que has puesto el grito en el cielo cuando te lo ha dicho la jefa.

Irene cruza los brazos sobre el pecho.

—Y ahora tenemos que ser un equipo.

—Si supieran que no pudimos ni siquiera ser una pareja habrían mandado a otro.

—Pues da gracias de que soy yo. De lo contrario, te hubiera tocado a Carlos, que es un brasas y te hubiera tirado la caña a todas horas.

—Entonces, ¿tú no me la vas a tirar?

Irene se levanta como un resorte. Frente a Laura no le importa mostrar su truco para hacerlo sin que la pierna de la prótesis se resienta.

—Laura, lo nuestro se acabó. Lo intentamos y no funcionó. Iremos a Villanueva, cogeremos el ánfora, la traeremos, y cada una por su lado.

—Bueno, tú te fuiste por el tuyo… Yo no me fui.

—No empieces, Lau.

—No empiezo nada, es que no lo acabamos nunca. Te fuiste del pueblo y me dejaste sola. ¿No querías tener un hijo conmigo? Está bien, lo podía entender, podía haber renunciado a ello por ti, pero te fuiste. Ni una oportunidad nos diste.

—¿Pero tú te crees que puedes tener un hijo? Si apenas puedes cuidarte de ti misma, siempre haciéndote daño, siempre cayéndote. No sé cuántas veces terminamos en urgencias.

Laura cruza los brazos enfurruñada.

—Sólo tres.

—Y te parecen pocas. Imagínate eso con un niño a nuestro cargo.

—Pf —la frustración de Laura se escapa de entre sus labios—. Al principio te parecía gracioso.

—Sí, pero cuando descubres que debes de cuidar de una persona adulta ya no parece tan gracioso.

—¡No tienes que cuidar de mí!

Laura hace un aspaviento y se golpea la mano con la pared. Finge que no ha sido nada, que no le duele, pero Irene la conoce lo suficiente como para entender que esconde la mano para que no vea la sangre.

—Sabes que hubiera ido al fin del mundo contigo —dice Laura—. Contigo y con nadie más.

Lo sabe. Sabe que Laura hubiera ido al fin del mundo con ella, como si su cojera no fuera un lastre, como si juntas pudieran con todo.

—Pero yo no quería ir al fin del mundo; yo sólo quería quedarme en casa viendo una peli contigo bajo la manta y con Rufo en nuestro regazo. Pero a ti eso te aburría —Irene avanza hacia la puerta, pero antes de agarrar el pomo, se gira—. Para ti la vida es una aventura; yo necesito un poco de calma. ¿Por qué eso no es suficiente para ti?

Entonces sí, Irene sale de la sala.

Capítulo 2

POR mucho que Laura se apurara, Irene siempre era más puntual que ella. Ya fuera para arreglarse para salir a cenar o para esperar un autobús. Y aunque a Laura no le extraña encontrarse a Irene en la estación, sí le fastidia. Necesita demostrarle que ha cambiado, que puede ser puntual y responsable, que puede ser la mujer que ella quiere. Que ella quería.

—Hola —saluda Irene. Está perfecta: el pelo y la camisa planchados, los zapatos limpios, la maleta intacta. En sus manos lleva un sándwich de jamón cocido empezado—. ¿Quieres?

—Ya sabes que por las mañanas no me entra nada.

—Son las 12 ya, eh.

Laura, por el contrario, es un desastre. Tiene la coleta mal hecha y la camiseta arrugada. Los hilos sueltos de su mochila delatan los kilómetros a sus espaldas. Intenta esconder los pies para que Irene no vea que tiene las zapatillas sucias, pero, ¿cómo se esconden unos pies?

—Es la dársena 14. Ya podemos subir, si quieres —sugiere Irene. Echa un vistazo rápido a los pelillos que saltan por encima de las orejas de Laura y tiene que reprimir sus ganas de agarrarlos con los dedos y recogérselos por detrás.

También ella está nerviosa ante el viaje. Viajar le pone nerviosa. Demasiados obstáculos por el camino. Paradójicamente, ahora que sabe que Laura la acompañará, se siente más tranquila. Siempre vive en tensión por si se le nota la pierna ortopédica y alguien le pregunta, así que el hecho de que Laura ya sepa toda la historia, aplaca algo su ansiedad.

Sonríe.

Su sonrisa es alimento para Laura. Como el caballero que es, la conservadora le coge la maleta y la deja bien colocada junto a su mochila en un lado del maletero del bus. Se limpia las manos y mira a Irene esperando su aprobación. Sin embargo, al resto de viajeros les da igual su orden. Las empujan para hacerlas a un lado y sus maletas son arrastradas hacia el fondo. Las dos mujeres suben al bus. En el primer escalón, Laura tropieza y ríe ante el gesto de alarma del conductor.

—Todo bien. Todo bien —dice.

La tranquilidad de Irene también se tambalea. Laura podía ser todo lo atenta y caballerosa que fuera, pero siempre quedaría por encima esa pátina de torpeza que puede hacer que todo se vaya al traste en un mal movimiento. Esa torpeza que la enamoró. O mejor dicho, que la enganchó. ¿Quién no se engancharía a alguien que te hace sentir menos torpe de lo que pensabas que eras?

Ya en sus asientos, la agente de seguros le cede el pasillo.

—Para que estires las piernas, Laura “Piernaslargas” —le dice.

Laura sonríe.

—¿Todavía vas con la *scooter*? —le pregunta Irene. Acaba de recordar la imagen tan graciosa de Laura subida a la moto, con el casco calimero y las rodillas pegándole casi en el manillar.

—Parece que quiere dar sus últimos estertores, pero aún aguanta. ¿Y Rufo qué tal está? ¿Quién va a cuidar de él estos días?

—Nadie —dice Irene. El sentimiento de culpa la corroe. Es la primera vez que deja sólo a su gato, que ya le guarda rencor por la mudanza—. Tiene el dispensador de comida y he puesto dos areneros.

Consciente de que la responsabilidad le pesa, Laura la disculpa:

—Es un buen gato, seguro que se porta bien.

Irene tiene que morderse la lengua para no espetarle “para ti todo es muy fácil siempre” así que prefiere no contestar, no sea que Laura se piense lo que es: que tanto Rufo como ella la echan de menos.

La conversación parece detenerse ahí, así que Laura insiste.

—Hay un nuevo chico de seguridad en el museo. Es todavía más joven que el anterior.

—¿Y a este tal Guillermo de dónde lo hemos sacado? —Irene hace la pregunta y en mitad de la frase gime. Con un gesto mil veces repetido se ha quitado la pierna se la ha colocado en el regazo.

—Ay, no preguntes. Su padre donó en la campaña del nuevo alcalde —responde Laura tomando la pierna ortopédica de uno de sus extremos para amarrarla bajo el brazo.

—Nuevo alcalde, nuevo director, nuevo chico de seguridad… ¿Alguna novedad más en el pueblo?

Laura no llega a interpretar el tono de Irene. No sabe si le pregunta realmente por el pueblo o si espera que le cuente alguna novedad personal. En cualquiera de los dos casos, el resto sigue igual como lo dejó.

—No —responde Laura—. La señora del tríptico bizantino sigue viva.

—¿Sigues con eso?

—Bueno, ahora tengo más tiempo libre para mis obsesiones… —le reprocha Laura.

Irene suspira ligeramente exasperada. Decide ignorar la trampa dialéctica que le ha tirado su ex para no empezar una discusión en un bus atestado de gente a la que no conoce. Saca su Kindle y elige la lectura que le va a acompañar las próximas horas. Laura lee el título por encima del hombro: “Informe Mundial sobre Seguros de No-Vida 2023”.

—Apasionante.

—Tú lee tus tebeítos que yo leeré mis cosas.

Laura echa aire por la nariz y, efectivamente, saca un comic de la mochila.

—Wonder Woman, ¡cómo no!

—Tú lee tus informes aburridos que yo alimentaré mis fantasías.

—¿Todavía más?

Se puede escuchar cómo los dientes de Laura rechinan. Es inútil molestarse en demostrarle a su ex que ha cambiado si ella sólo se va a fijar en lo que sigue igual. La conservadora pasa las páginas con furia. Ni siquiera la amazona de DC consigue relajarla. Las estrecheces le hacen moverse en su asiento, no sabe dónde meter las piernas. Irene la observa con la paciencia que le dieron tres años de relación mientras hincha a pulmón un collarín. Laura reclina ligeramente la butaca y estira las piernas por debajo del asiento de delante. Algo le impide el paso y da varias patadas para quitárselo de en medio. El pasajero que tiene delante se gira. Tiene las cejas espesas y una perilla fina, de esas que enmarcan la boca, bien delineada y bien negra.

—¿Podrías dejar de darme pataditas?

—Ups, perdón —se disculpa Laura.

Irene ríe por lo bajo. Tiene la papada aplastada por el collarín.

—Si quieres te corto una pierna —dice—. Tengo experiencia.

—Muy graciosa.

Ríen, y ambas recuerdan los viejos tiempos, pero ninguna de las dos quiere engancharse a ellos. Irene suspira para dejarlos volar, como aquellas golondrinas que alzaban el vuelo en cuanto escuchaban subir la persiana de la casa que compartía con Laura.

Al fin Laura logra acomodarse en una postura, aunque sea a costa de poner al límite la presión sobre su rabadilla. Ya iba a cerrar los ojos Irene, embebida por el sopor de leer tres páginas del informe, cuando Laura la atañe.

—¿Crees que hablaban en serio cuando han dicho que si no traíamos el ánfora de Safo nos despedirían?

—Con Olivia, cualquier cosa es posible —responde Irene con los ojos cerrados.

—Pero eres su mejor empleada, ¿no? Y yo… En fin, ¿quién llevaría el museo si no soy yo? No hay mucha gente con mi formación en los alrededores.

—No creo que el museo les importe mucho. Y a mí me ha salido competencia —Consciente de que si Laura no quiere, ella no duerme, saca el móvil y le enseña la aplicación—. Mira. Esta app calcula cualquier seguro con Inteligencia Artificial. Coge todos datos de no sé cuántas fuentes, las mete en una coctelera de algoritmos y fórmulas matemáticas que nadie conoce y saca un resultado. Y me fastidia reconocerlo, pero es bastante buena haciéndolo. Me lo han dado para testearlo durante el viaje. Por ejemplo, cada kilómetro que nos separa del objeto a asegurar, sube la cuota.

Laura mira el móvil. Las ruedas del bus van a añadir un kilómetro más a su recorrido y, en ese momento, la cifra cambia. A Laura sólo le sale silbar de asombro.

—Menos mal que no la pago yo.

—¿Y Guillermo lo hará?

La insinuación de Irene es como una jeringuillazo para Laura. O quizá es el coxis, que empieza a quejarse. Mira por la ventana. Así, de reojo, puede ver el pómulo de Irene, su naricita respingona, las pecas doradas que le salpican la cara. A través del cristal de sus gafas, ve el mundo más pequeño. La tarde languidece lentamente. De nuevo, adentrándose cada vez más despacio hacia un nuevo territorio, un ritmo diferente. A nadie más que a ella le importa el museo. Entonces, ¿por qué querría nadie donar una pieza tan valiosa? Las preguntas torturan a Laura. O quizá sea, una vez más, sus músculos retorcidos para encajar en un espacio que se le queda pequeño.

Irene corre la cortina para protegerse del sol y Laura, admirada siempre por la capacidad de su ex para dormir en cualquier parte, se la queda mirando un rato. Es el poder de la ex: puede mirarla todo lo que quiera, sin incomodidad, sin que la otra persona se piense cosas raras. En sus rodillas descansa el comic de Wonder Woman. Recuerda la primera vez que la vio. A Irene, no a Wonder Woman. Aunque también recuerda la primera vez que vio a la heroína. Laura vivió sus 15 minutos de fama y se hizo viral a propósito de su tesis doctoral sobre cultura lésbica. Irene la siguió en redes sociales. Tras varios meses hablando a través por Internet, intercambiaron los números. Las conversaciones se alargaban hasta la madrugada y un día, cuando a Irene se le agotaron las excusas, decidieron quedar. Laura la invitó al pueblo e Irene aceptó. Le gustó desde el primer momento. Con su media melena pelirroja, las gafas redonas y la piel clarita, Irene daba la impresión de ser una muñeca de porcelana que jamás había salido de la caja. Una auténtica pieza de coleccionista. Como ahora, sus gestos eran cuidados, meticulosos, y hasta sus andares eran peculiares, como si no quiera pisar el suelo.

Laura saca su cuaderno y comienza a dibujarla hasta que el suave vaivén del autobús la mece a ella también y le entra el sueño.

IRENE se despierta con el aviso del conductor. Han parado en un área de servicio. Justo a tiempo para su vejiga. Laura duerme a su lado, encogida, incómoda. Wonder Woman está por los suelos y, sobre ella, el cuaderno de notas de su ex. Irene se quita el collarín y se coloca la pierna.

Con esfuerzo se agacha para recoger las cosas del suelo.

—Ahora no me apetece un cunilingus —dice Laura con un ojo entreabierto.

—Muy graciosa —Irene se levanta con un resoplido—. Tu chica estaba por los suelos.

Irene le da el comic, pero no el cuaderno. Lo abre con curiosidad. Hay páginas enteras de reflexiones imposibles de descifrar por la pésima letra de su ex, como cuando le dejaba *post-its* románticos por toda la casa que era incapaz de codificar, pero sí se reconoce a sí misma en un dibujo. Laura le arranca el cuaderno de las manos.

—¿Me has dibujado?

—No, es otra persona —responde Laura metiendo el cuaderno apresuradamente en su mochila.

—¿Es otra persona con un collarín como el mío, un corte de pelo como el mío, unas pecas como las mías y unas gafas redondas como las mías? —ironiza Irene.

—No te creas tan especial: tienes una cara muy común. Además, ¿por qué habría de dibujarte? Yo… Ya he superado lo nuestro—. Laura se miente a sí misma. Por supuesto que no la ha superado. En un chasquido de dedos que duró una semana, Irene pasó de ser la mujer con la que quería tener una familia a una extraña que prefería cambiar de vida en otra ciudad a seguir construyendo la suya junta ella. Sólo de pensarlo, la tristeza le exuda por las manos.

La gente se levanta de sus asientos cuando el autobús se detiene. Se oyen suspiros, quejidos, algún crujido de cadera. El aire empieza a estar cargado.

Laura se levanta apremiada por Irene, y se golpea con la cabeza en la parte superior. El hombre de la perilla perfilada se ríe de ella, lo que no le sienta muy bien a Laura.

—¿Has visto a ese tío?

—¿Cuál?

—El de la perilla. Se ha reído cuando me he dado con la cabeza en el techo.

—Yo también me he reído.

—Y te parecerá bonito.

—Bonito no, pero divertido sí. Eres muy torpe.

—No soy torpe. Lo que pasa es que el mundo no está hecho a mi medida.

—¿A mí me lo vas a decir?

—Oye, no vale jugar todo el rato la carta de la coja.

Irene se ríe. También ella recuerda su primera cita con Laura. Le gustó muchísimo. La torpeza de su ex le parecía graciosa y sus ansias de aventura, un aliciente. Sin embargo, aún recuerda el horror que sentía con las aproximaciones de Laura. Estiró tanto el momento de mostrarle su pierna ortopédica con excusas vagas y pretextos inverosímiles que estuvo a punto de perderla.

Ahora no ve el momento de llegar al hotel y quitársela. Y agradece de nuevo de que su compañera de viaje sepa de su discapacidad. Ha podido desplazarse cientos de kilómetros de Laura, pero sigue anclada a ella. La idea de volver a salir con otra mujer ahora, pasar de nuevo por el trauma de contar su accidente de moto, de rememorar el dolor y, sobre todo, de exponerse para ser juzgada para, en última estancia, saber si es válida o no para la otra persona, le genera una ansiedad horrible. Sólo de pensarlo, ya le falta el aire. Fuerza una tos para liberar expandir los pulmones.

—¿Sigue el vecino del Audi levantándose a las 5 de la mañana? —pregunta Irene de camino a la estación de servicio.

—Puntual como un reloj. Ahora también, los sábados —responde Laura.

Irene sonríe al recordar cómo las despertaba el ruido de la caca del vecino cayendo en su

inodoro.

—Ese Audi no se paga solo.

En el paladar de Irene, aun persevera el regusto de aquella vida. El ritmo pausado del pueblo, los huevos caseros de la vecina, las comidas con su suegra, la excusa del Internet lento para escaquearse de algunas tareas de su trabajo en remoto. También la comodidad, esa sensación de hogar, de tranquilidad, de haber salido del armario de la discapacidad con la gente del pueblo, que la hicieron suya y se desvivieron por poner rampas hasta en la iglesia, aunque sabían de sobras que Irene no la frecuentaba nada.

La estación de servicio a la que han llegado es también una parada, y buena parte de los viajeros del autobús descargan las maletas para meterlas en coches. Gente recibiendo a otra gente con estrechos abrazos, palmadas en la espalda y besos en las mejillas. La tarde cae y las nubes de algodón naranja añaden una capa más de ternura al momento. Irene pasó de una vida en comunidad a volver a aislarse en su burbuja de la que lucha día a día por no salir.

Laura ha ido al baño y ella pasea por la tienda para pillar algo de comer. Todo le parece carísimo y, aunque lleva la tarjeta de empresa, no piensa pagar una fortuna por una bolsa de patatas.

Luego se lo piensa mejor. Si su jefa ha puesto su puesto de trabajo en juego a pesar de su excelente labor a lo largo de todo el año, ella no va andar con miramientos a la hora de usar la tarjeta.

Cuando Laura llega del baño, se encuentra con un festín de dulce y salado, refrescos

—Voy a cagar. Tardaré un rato. ¿Me pillas un bocata? —le pide Laura.

Irene pone los ojos en blanco.

—¡Claro! ¿Seguro que no necesitas que te limpie el culito?

Ahora es Laura quien entorna los ojos. Prefiere no seguirle el rollo. Le quedan muchas horas por delante con Irene como para empezar a retomar tan pronto las cuentas del pasado. Luego sonríe con media boca, también con la intención de que Irene la vea. Es una sonrisa triunfal que hace a Irene arrepentirse de haber rascado una vieja postilla de su pasado que ambas daban erróneamente por cicatrizada.

Ellas son de los pocos pasajeros que vuelven al autobús. Tiene todo el sentido del mundo. Al fin y al cabo, ¿quién iría a un pueblo tan remoto un día entre semana? Entre los pasajeros que quedan, una señora en la primera fila que ha conseguido tejer un juego de bufanda y gorro durante el viaje, y el tipo de la perilla del asiento de enfrente.

Laura saca su cuaderno de notas y escribe.

“El de la perilla nos está siguiendo”. Se lo enseña a Irene. Lo lee por encima y chasquea la lengua. Le arrebata el boli y el cuaderno, y escribe bajo la línea de Laura. “No empieces”.

—Que no empiece con qué —pregunta Laura en voz alta.

Irene le arrebata el cuaderno y anota: “Con tus aventuritas”. Subraya varias veces la palabra “aventuritas”, mete el boli entre las hojas y cierra el cuaderno de golpe para devolvérselo a su ex. Laura lo recoge con un bufido. Parece que hace caso de Irene y queda ahí la cosa, pero vuelve a abrir el cuaderno y escribe.

“Si no nos sigue, ¿por qué no se sienta en cualquier otro sitio ahora que tiene para elegir? Nos está escuchando”.

A Irene se le agota la paciencia conforme va leyendo. Para zanjar el asunto, se levanta ligeramente y llama la atención del pasajero de la perilla.

—Disculpe, señor —dice ignorando los aspavientos de Laura—, ¿nos está siguiendo?

El hombre se gira lentamente. Levanta una ceja y con ella se levanta también medio labio,

de manera que parece que tiene un lado del rostro más alto que el otro.

—No.

Cuando el hombre habla, su voz retumba en ese metro cuadrado que los encajona a los tres.

—Y si no es indiscreción, ¿puedo preguntar por qué va a Villanueva de Bermejo?

—A ver a mi madre.

El hombre mira a Laura de reojo. Ahora sus cejas y su labio están a la par en un lado y otro de la cara. Laura quiere preguntarle algo para seguir escarbando, pero el hombre se coloca unos auriculares en las orejas y se vuelve.

—¿Contenta? —le pregunta Irene.

Laura niega con la cabeza. Irene, que no tiene ganas de seguir con la discusión, se coloca el cojín en el cuello y se gira hacia la ventana simulando ver el paisaje aunque lo único que vea, en la negrura de la noche, sea su propio reflejo.

Por su parte, Laura dibuja un retrato robot del tipo de la perilla en su cuaderno.

A la tenue luz de unas farolas, Villanueva de Bermejo parece un pueblo de lo más anodino. Suelo asfaltado, aceras de adoquines cuadrados y lisos, fachadas sin personalidad. Irene se esperaba algo más… rústico. La noche está fresca. Demasiado como para estar paradas mirando qué camino toma el tipo de la perilla. Hasta que su figura oscura no se ha perdido en una de las calles del pueblo, Laura no ha movido ni un pie.

—¿Nos podemos ir ya? —pregunta Irene con retintín.

Su ex asiente.

Irene está reventada. El muñón le palpita y Laura es un grano en el culo. La sigue a dos metros, con las manos en los bolsillos, mirando los pocos atractivos del pueblo, como si no hubiera pasado todo el día metida en un autobús ni deseara tumbarse en una cama a descansar.

—Me esperaba otra cosa —dice Laura.

—¿De qué?

—Del pueblo. No sé, un suelo de piedra, unas fachadas con adornos arquitectónicos, algún elemento histórico como un abrevadero en la plaza o poyetes en las puertas de las casas.

Irene se lleva el móvil a la altura de los ojos. Entre notificaciones de IAsegura, el GPS le va indicando cómo llegar al hotel.

—Es que esto es Villanueva de Bermejo, no Bermejo —le dice. Laura corre a su altura para que le desarrolle eso. Irene gira el móvil hasta que la flecha le indica el siguiente paso—. Este pueblo lo hicieron nuevo. Expropiaron los terrenos del antiguo Bermejo para hacer un pantano. Y a los habitantes les ofrecieron casas nuevas en un nuevo pueblo. De ahí de lo Villanueva.

La flecha gira, una notificación de IASegura se desliza hacia abajo: “Recuerda incluir los *inputs* de riesgo”. La desliza hacia la derecha para descartarla y el mapa da un giro de noventa grados.

—Coñe —protesta.

—¿Te puedo ayudar?

—Es la aplicación esta de mierda, no sólo me va a quitar el trabajo, sino también la vida con tanta notificación.

Endereza el mapa y siguen los pasos que le indica el mapa. Cuando por fin llegan a la ubicación, se dan cuenta de que eso de hotel tiene poco. Las dos mujeres están frente a una casa de paredes desconchadas, grandes ventanales con balcones y un cartel con la letra H junto a la puerta.

—No hay duda. Es aquí —dice Laura. Esquiva el cuerpo de Irene y entra en la casa.

Irene, todavía aturdida, la sigue. Jamás se acostumbrará a la pachorra de su ex. Pone el grito

en el cielo porque piensa que un desconocido en un autobús la sigue, pero luego una casa vieja y destartalada le parece un lugar aceptable donde alojarse.

La entrada es amplia en la oscuridad. Una lucecita hace de faro de guía hacia el mostrador de recepción. Laura toca la campana sobre la repisa un par de veces, pero nadie sale a atenderlas. Vuelve a tocarla con el mismo éxito. Irene, cansada, la empuja a un lado y comienza a tocar la campana con insistencia al tiempo que pide a gritos que alguien salga a atenderlas.

—Ya va, ya va —dice una voz femenina que sale de las profundidades de la casa.

El sonido de unos pies arrastrándose por la baldosa del suelo anuncia la llegada de la mujer de brazos abultados y pelo como un *playmobil*. Les atiende con un ojo cerrado, como si se resistiera a despertarse para no perder el hilo del sueño tan agradable que estaba teniendo.

—Aquí tenéis la llave —dice la mujer tras tomarles los datos.

—¡Gracias! —responde Laura animosamente. La mano de Irene la detiene antes de que tome rumbo hacia las escaleras.

—Eran dos habitaciones. No una. Y por tanto son dos llaves, no una. Puede consultarlo en la reserva.

La recepcionista por fin abre el otro ojo y da por perdido su sueño. Sonríe amargamente ante la literalidad de la metáfora.

—Ha venido una mujer hace un momento y nos ha pedido una cama. A estas horas y en este pueblo… No le podía decir que no. Como vosotras sois mujeres jóvenes, supuse que no os importaría compartir habitación.

—Pues supuso usted mal —responde Irene—. Debe compensarnos, colocar a una de nosotras en otro alojamiento de la localidad de igual categoría o superior.

Laura pone los ojos en blanco.

La recepcionista mira a Irene como si fuera un extraterrestre y luego mira a Laura como pidiéndole explicaciones por haber traído una extraterrestre a su pueblo.

—Por supuesto. Voy a ver qué tienen en el Ritz —dice la mujer mirando un cuaderno con las hojas en blanco—. Vaya, nada. Miraré en el Palace.

—Le pienso dejar una pésima reseña —dice Irene.

—Mire, lo lamento mucho —se disculpa la recepcionista—. Aquí somos gente de pueblo, y nos gusta ayudar a otra gente.

—Pues a mí no me está ayudando.

—Está bien. No pasa nada —Laura agarra del brazo a Irene. Lo hace suavemente, como quien sabe que en cualquier momento puede recibir una coz. Entre disculpas y agradecimientos, se la lleva a rastras. Irene se zafa.

—Tú, como siempre, dejándome sola —le espeta.

Laura echa aire con la boca en forma de u y se reserva sus comentarios. Lo único que quiere es ducharse y echarse a dormir.

—Como vea a esa mujer que nos ha quitado la habitación… —sigue Irene.

Casi había olvidado lo rencorosa que podía ser Irene.

LA conversación ya no fluye entre ellas. Suben las escaleras que las llevan a su habitación y lo único que se escucha es el crujido de la madera bajo sus pies, sus respiraciones entrecortadas y el chisporroteo del cerebro de Irene, enfadada por haberse convertido en un cliché de novela romántica al tener que compartir habitación con su ex.

El chisporroteo se apacigua cuando abre la puerta de la habitación y ve dos camas. Ya sólo falta que con la cantidad de escapadas que tuvieron en las que desearon que les pusieran una

cama de matrimonio y se encontraban con camas separadas, en esta ocasión les hubieran dado una de matrimonio. Además, para lo que pintaba el hotel por fuera, la habitación es recogida y bonita. En el cabecero de la cama hay un papel pintado de estilo *art-decó*, con unas onditas geométricas en azul, verde y dorado. En la pared del otro lado, un antiguo armario de dos puertas. A la derecha el balcón y en la pared opuesta, el baño.

Laura lanza su mochila a la cama junto al balcón. Lo hace sin preguntar, por la fuerza de la costumbre: por accesibilidad, Irene necesita estar cerca del baño.

—¡Prime! —grita cuando cae la mochila sobre el colchón. Y, de nuevo sin preguntar, se mete en el baño a vaciar su vejiga.

Irene se sienta sobre su cama aliviada. Aliviada por poder descansar las piernas y porque aquella mujer infantil ya no es su pareja. Y aliviada también por no tener que esconderse para quitarse la pierna ortopédica ante una compañera extraña.

—Mierda —dice Laura desde el baño.

—Ahora, ¿qué? —le pregunta Irene con impaciencia.

Laura se asoma por la puerta.

—Me he dejado el cepillo de dientes.

—Ya era raro que no te hubieras dejado nada.

—No empieces… —le ruega Laura que, desoyendo sus reproches, entra de nuevo al baño.

—Es que siempre es igual contigo, Laura. No puedes cuidarte de ti misma como para cuidar de…

Irene deja la frase a medias. No quiere volver a lo de siempre, pero ya es tarde. Laura se asoma de nuevo.

—¿De un bebé? ¿Era eso lo que querías decir?

—Sí, de un bebé. Y ya no somos pareja, así que no hace falta que discutamos esto por enésima vez.

—Estoy de acuerdo —bufa Laura—. ¿Me dejas tu cepillo de dientes? Como en los viejos tiempos.

—Nunca hemos compartido el cepillo de dientes.

—Claro que sí —dice Laura—: Milán, 2021.

—No compartimos el cepillo de dientes en Milán.

—Sí lo hicimos. Pero tú lo descubres ahora.

Laura le saca la lengua. Irene rabia y le lanza una almohada.

—O sea, ¿te puedo comer el coño pero no puedo usar tu mismo cepillo? —dice Laura tras esquivar la almohada.

—¡No!

—¿Por qué?

—¡¡Por eso precisamente!!

Laura ríe lo que hace rabiar todavía más a Irene. Sus pecas centellean y avivan su mirada.

—¿Te acuerdas cuando hicimos el simpa? —Laura se acerca a Irene y le devuelve la almohada en señal de paz.

—No hicimos un simpa —responde Irene—, es sólo que no venían a cobrarnos y nos largamos.

—Eso suena a simpa.

—Estoy como para hacer simpas —Irene se masajea el muslo—. De verdad, Laura, no todo en la vida es una aventura. Madura de una vez.

Un gruñido sale de la garganta de la conservadora.

—Todo en la vida supone un riesgo, por mucho que trates de evitarlo —vuelve al baño y dice en un murmullo—. Tú más que nadie deberías saberlo.

El aguijonazo le pincha en el muslo e Irene se pone en pie.

—Me voy a comer algo. Discutir contigo me da hambre. A ver qué encuentro por ahí.

—Hay un Burger King en la esquina —dice Laura desde el baño.

—¿De verdad?

—¡Pues claro que no! —ríe su ex—. Y la cría soy yo.

Irene gruñe y sale de la habitación dando un portazo.

HAY sólo un bar en el pueblo. Irene inhala la última calada de su cigarro y chafa la cabeza en la papelera que hay frente al mismo. Como había sospechado, es la única mujer en el bar del pueblo. De hecho, casi es la única persona en él. Se acerca a la barra y el camarero la mira con fastidio.

—Necesito comer algo. Discutir con mi ex me ha dado hambre —dice Irene.

El hombre parece entenderla y relaja el gesto. Las marcas de viruela de sus mejillas afloran.

—Te entiendo —dice—. Pero tengo la plancha apagada.

Irene mira la barra fría.

—¿Me moriré si me como una de esas gildas y un montadito de tortilla?

El camarero vuelve a reír. Saca un platillo y coloca en ellos la comida.

—Por si acaso, invita la casa —dice.

—¿Y la casa invita a algo de beber?

Un cliente al fondo ríe. Le acompañan otro dos hombres que juegan a las cartas y beben algo antes de volver a casa.

—Ponle un Espíritu del Pantano a esta chica, que se lo pago yo —dice el parroquiano.

—¿Un espíritu de qué?

—Del pantano —le explica el hombre sin dejar de mirar sus cartas—. Es un homenaje a los que se ataron a las ventanas y a las farolas para que no desalojaran el pueblo. Cuando abrieron el grifo y el pueblo empezó a llenarse de agua…

—¿Se ahogaron? —pregunta Irene escandalizada.

—No le hagas caso. Son leyendas del pueblo —la tranquiliza el camarero. El hombre se gira y coge una botella de cristal tallado, sin etiqueta, ni precinto, ni color. En un vaso de chupito vierte el líquido hasta el borde— Si te mata la comida, esto te reavivará.

Irene levanta una ceja y antes de coger el vaso, se gira para ver al hombre que la ha invitado. El hombre levanta su vaso de tinto para brindar. Irene coge el suyo.

—Salud —dice el parroquiano.

En cuanto el líquido moja los labios de Irene ya sabe que va a tener una resaca horrible. Aun así, da un sorbito.

—De golpe, mujer —le dice otro cliente.

—Prefiero mantener intacta mi esperanza de vida.

El comentario provoca una carcajada general.

—Aquí es que estamos todos muertos ya —dice un tercero lanzando un naipe al tapete.

—El Espíritu del Pantano no es una cosa que se saboree —dice el camarero que señala con el dedo el vaso de chupito—. Debes beberlo de trago. Hazlo. Mientras, te pongo una Coca-Cola, ¿quieres?

Irene sopesa la sugerencia de beber de golpe el licor. Toma entre sus dedos el vaso y le da vueltas sobre la barra. Tiene una aplicación en mi móvil que no hace más que meterle presión

sobre su trabajo y que, muy probablemente, al final se lo quitará; está en un pueblo perdido de la mano de Dios, en una habitación de hotel que debo compartir con su ex, la que le pidió tener un hijo cuando es incapaz de cuidar de sí misma; y para colmo, es altamente probable que vaya a morir por una salmonelosis por comerse una tortilla de patata a la que le chorrea el huevo crudo.

—A la mierda.

Irene añade un factor de riesgo más y levanta el chupito. Visualiza la cara de Laura y brinda por la aventura. El camarero no entiende el gesto de burla que pone Irene. Bloquea las papilas gustativas tapándose con los dedos la nariz y vacía el contenido del vaso directamente en su garganta. La bola de fuego que le sacude el interior la hace tambalearse en el taburete. Se agarra a la barra pero sus dedos resbalan con la grasa. En mitad de una neblina ve a cámara lenta la frente del camarero, la parte alta de la estantería de las bebidas, el inicio del techo, los plafones. Nota cómo las gafas se le deslizan puente de la nariz arriba. Se prepara para la caída y cierra los ojos con fuerza. El impacto es inminente cuando unas manos sostienen su espalda y la salvan de caer a plomo contra el pringoso suelo del bar.

—Espero que no tengas que conducir esta noche —dice una voz femenina que la devuelve a su posición anterior casi sin esfuerzo.

La dueña de las manos que le han salvado la vida tiene un rostro peculiar. Ojos grandes, nariz grande, boca grande. Sin embargo, pese a tanta grandilocuencia facial, es bella.

—Otra mujer —exclama Irene.

La salvadora se sienta en un taburete junto a ella.

—¿Sería tan amable de ponerle otra ronda a la joven? Y otra para mí de lo mismo —dice la mujer. Como los rasgos de su rostro, su acento también es peculiar, pero irreconocible. Una mezcla de entonaciones y dejes de difícil clasificación.

—Oh, no, no. No es necesario —dice Irene, que no quiere dar un trago más de ese brebaje de origen cuestionable.

El camarero la ignora y sirve dos vasos de chupito.

—Chin-chin —dice la mujer alzando su vaso.

Irene no quiere ser maleducada, coge su vaso y lo hace chocar con el de la mujer.

—Chin-chin —Toma aire por la nariz y da un trago.

La extraña la imita sin dejar de mirarla. A Irene se le caen los análisis ante esos ojos, las hojas de excel, los DAFO y los algoritmos. Nada tiene sentido en ella. Es como un dibujo animado o un personaje de un videojuego. Necesita una IA que se lo explique.

```
Irene: ¿Qué ven mis ojos?
AIrene: Parece una hermosa mujer que bebe un chupito, y teniendo en cuenta tus antecedentes debo recordarte que el amor y la atracción pueden surgir de manera natural con el tiempo, así que no sientas la presión de forzar una conexión con alguien solo porque te sientes atraído hacia ella.
```

—Puag ¡Podías haber avisado de que esto estaba asqueroso! —dice la mujer cuando deja el vaso en la barra —Carmen.

La desconocida se seca la mano en su camisa y se la tiende. Es entonces cuando Irene repasa el vestuario de la recién llegada. Camisa negra, pantalón negro, botines negros, chupa negra, pelo negro. Si la viera Laura, la admiraría de manera instantánea porque es el tipo de mujer en el que ella se proyecta. Con la bola de fuego incontrolada bajando por el pecho, tarda en reaccionar.

—¿Carmen de Carmen Sandiego?

La extraña tuerce el labio y la ceja del mismo lado, e Irene puede ver la niña que fue.

—Carmen, como *Carmen* de Bizet.

La respuesta cae en Irene como un jarro de agua fría al dejar en evidencia sus referencias culturales.

—Irene —responde estrechándole la mano.

—¿Estás bien? —le pregunta su nueva amiga. Le mira el pelo rojizo, encrespado por horas de encierro en un autobús.

—Sí, sí. Es sólo… —Irene sacude la cabeza. Todo le da vueltas—. Necesito un momento.

Carmen le coge del brazo y la ayuda a bajar del tabuerte.

—Vamos a una mesa.

—Cierro en diez minutos —anuncia el camarero.

Carmen asiente. Le indica con un gesto que será sólo un momento. El resto de clientes recogen sus chaquetas del respaldo de las sillas, se despiden y se van. El camarero apaga las luces y deja encendida únicamente la bombilla que pende sobre las cabezas de las clientas. Lo que le falta a Irene para escurrirse más en el encanto de la extraña: una luz tenue y cálida. Después de ponerle las bebidas, el camarero baja la persiana.

—¿De dónde has salido, Carmen? —pregunta Irene metida en su papel de mujer conquistada. Apoya su barbilla en las manos entrelazadas y deja que sus ojos chispeen sin ocultarlos.

—Oh, del hotel que hay en la plaza. He llegado hace unas horas y me han dado la última habitación.

Irene da un respingo.

—¿Tú eres la mujer que ha necesitado una habitación con urgencia?

—Bueno, sí, bastante urgente. La noche se me ha echado encima y no quería dormir en el coche. Otra vez.

—Pues que sepas que por tu culpa, ahora estoy durmiendo con mi ex.

—Oh, eso es horrible —dice Carmen posando la mano en el brazo de Irene.

—No sabes cuánto. Te he odiado hasta que te he conocido.

Se sorprende de sí misma. Jamás ha sido tan lanzada y, desde luego, tan pizpireta y despierta para ligar. El Espíritu del Pantano habla por ella.

—¿Ya no me odias?

—Me has salvado la vida y ahora estamos empatadas.

Carmen se limpia la frente de sudor imaginario.

—Y dime, querida extraña, ¿qué haces en Villanueva de Bermejo?

—Tengo un hotel reservado un par de pueblos más allá, pero no veía nada con la niebla y he visto que en este pueblo había un hotel. He tenido que rogar a la de recepción, no creas, pero he desplegado todos mis encantos y la he convencido —Carmen sonríe con timidez. No se ha atrevido a mirar a Irene al poner sobre la mesa el poder de sus armas de seducción—. Llevo horas en el coche. Vendo maquinaria agrícola —Carmen hace un gesto con la mano para quitar importancia a su trabajo—. Voy de pueblo en pueblo, conociendo a agricultores y ganaderos, dejándoles el catálogo y tarjetas de visita.

—Suena a trabajo solitario —Irene da un trago a la Coca-Cola sin quitarle ojo a la extraña.

—Sí, mi trabajo es muy solitario —dice Carmen y la voz le sale áspera de la garganta—. ¡Pero me gusta! ¿Y tú? ¿Qué haces con tu ex en este pueblo?

Irene niega con la cabeza.

—Es una misión secreta —dice con los ojos entreabiertos y el dedo en los labios—. No puedo decirlo.

La escoba del camarero le barre los pies. Irene le aniquila con la mirada, pero el tipo no se achanta. Mira el reloj y sigue barriendo.

—No pasa nada —Carmen parece divertida con la situación—. Puedo jugar a adivinarlo.

Al oír aquello, el camarero se adelanta. Lo último que quiere es que el tonteo se alargue hasta que la extraña adivine qué hace allí Irene.

—Han venido para llevarse un jarrón de una señora que acaba de morir.

—¡Oiga! —protesta Irene.

—Es un secreto a voces —le regaña el camarero que, como si fuera una Cenicienta tras la barra, ha perdido todo sus encantos al dar las 12 de la noche—. Y largaos ya, que me quiero ir a mi casa.

Irene se levanta con torpeza y visiblemente indignada. Al camarero le da igual. Es el único bar del pueblo y no tiene por qué ser amable con sus clientes.

La persiana rasga el silencio cuando se cierra a sus espaldas.

—Menudo gilipollas —dice Irene.

—Podemos dar una vuelta por el pueblo —Carmen no quiere dar por terminada la noche, pero se le escapa un bostezo.

—Debes estar agotada de tanto conducir.

—Me había desvelado y por eso he bajado al bar. Estoy bien, de verdad. Podemos pasear un poco y me cuentas lo del jarrón.

Irene lo intenta con todas sus fuerzas, pero es incapaz de andar en línea recta. Apenas ha bebido de su refresco y las dos bombas del Espíritu del Pantano rebotan del estómago a la cabeza y vuelta al estómago. Le da la sensación de que tiene dos piernas ortopédicas en lugar de una y se siente torpe. Se aferra al brazo de Carmen y así agarradas comienzan a andar.

—No es un jarrón. Es un ánfora. Si Laura te oyera te pondría en su lista de personas que le caen mal.

—¿Laura es tu ex?

Irene asiente.

—¿Y debe preocuparme que me ponga en esa lista?

—Es una lista muy larga. Pasarás desapercibida.

El paseo no es tal, puesto que se están dirigiendo al hotel de manera inconsciente. Irene palpa el bíceps abultado de Carmen bajo la chupa de cuero. Sí, desde luego, Laura tendría un gran conflicto de intereses con esta extraña mujer.

—Un ánfora. Suena importante.

—Lo es. Bueno, para Laura lo es. Y para la mujer que la donó también. El resto del mundo parece pasar de la pieza.

Sobre ellas, el cielo negro de luna nueva. Irene levanta la vista. Nunca ha visto tantas estrellas en el cielo. O quizá vea doble.

—El arte es lo que tiene —susurra Carmen. Están a pocos metros de la puerta del hotel y no quiere terminar ya la noche.

—Mira, es la Osa Mayor —dice Irene señalando el cielo.

—¿Sí?

—Ni idea. Quería darme importancia.

—Podrías haber seguido. No tengo ni idea de astronomía —Irene la mira. Sus ojos todavía chispean y ahora, además, tiene una sonrisilla floja que le dulcifica el rostro.

—¿Te hubiera conquistado? —le pregunta.

—Eso lo has hecho en cuanto te he visto en el bar —confiesa Carmen.

—Amor a primera vista —suelta Irene con ironía. Se desprende del brazo de Carmen, se atusa la ropa, y se pone seria—. Nuestra cita debe terminar aquí.

Carmen ríe. Piensa que es una broma o una manera de hacerse de rogar, pero a Irene le ha cambiado el gesto. Sigue seria y el brillo de sus ojos han desaparecido.

—¿De verdad?

—Sí —dice Irene—. Tengo una tara y no quiero que la veas.

Las dos mujeres se sorprenden al oír eso. Carmen por la expresión e Irene por haberlo soltado así de sopetón.

—¿Qué tara?

—Soy un pirata: tengo una pata de palo.

Irene se señala el pie y Carmen clava la mirada al suelo. Sus ojos van subiendo conforme lo hace la tela del pantalón, que Irene va levantando poco a poco, envalentonada por el alcohol, sí, pero también por el hastío de estar siempre escondiéndose. Total, la extraña se irá al amanecer y no volverá a verla nunca más. Se detiene un momento al dar por hecho que pasará con ella la noche. Luego subiendo la pernera. Tras el zapato el calcetín y tras el calcetín, por fin, la pierna.

—¡Guau! ¡Qué realista! —exclama Carmen agachándose un poco—. Si hasta tiene pelillos y todo.

A Irene le sale una doble papada al llevar el cuello hacia atrás. Esa no era la respuesta que esperaba.

—Ay, calla —dice—. Que es la otra pierna.

Se levanta el pantalón y, entonces sí, el metal reluce bajo el farolillo de la entrada del hotel. Aunque Carmen parece sorprendida, asiente con los labios apretados.

—Irene, eres una tía rara y eso me encanta —dice—. Me da igual tu pierna ortopédica. Quiero seguir hablando. No quiero dormir esta noche.

—Pero si se te caen los párpados del sueño.

Carmen se acerca a ella y le da un beso en los labios que Irene no se espera. Le saben dulces y están algo fríos por el fresco de la noche. Se retrae.

—Lo siento. No quería… —se disculpa Carmen.

—No, está bien. Sólo que… no me lo esperaba.

Carmen vuelve a acercarse a ella. El cuerpo de Irene se agita por dentro, un terremoto que amenaza con hacer caer sus cimientos. Por el contrario, los párpados de Carmen caen cada vez más lento.

—¿Ves? Estás deseando ir a la cama a dormir.

—Entonces, tendrás que encontrar la manera de mantenerme despierta —dice Carmen—. Quizá contándome la historia de ese jarrón…

—Ánfora.

—…de ese ánfora o…

Carmen acaricia el brazo de Irene hasta llegar a sus manos. Recorre con sus dedos los dedos de Irene, los entrelaza a los suyos, juega con ellos.

Lo siguiente que recuerda Irene es tener a Carmen encima bajo la tenue luz de una tulipa, completamente desnuda y jadeándole en el oído.

LAURA se despierta bañada en sudor y con la sensación de haber dormido toda la noche, pero cuando mira el reloj apenas son las dos de la madrugada. Un sueño le ha agitado su descanso. En él aparecía Milagros Sanabria, la fallecida donante del ánfora. O más bien, su ausencia, como el personaje de una obra de teatro representado por una sábana blanca y un par

de luces en los ojos. Había más ausencias que Laura no ha sabido identificar.

Le reconcome la pregunta que nadie se hace: ¿Por qué eligió su museo?

Se rasca los ojos y refunfuña. Entonces ve otra ausencia en la cama de al lado. Se pregunta dónde puede meterse una mujer como Irene en un pueblo como aquel. Se incorpora y busca a tientas sus zapatillas. Encuentra la izquierda. Sospecha que la derecha está bajo la cama. Tantea un poco el suelo, pero no la encuentra, y no se atreve a meter más la mano, no sea que el monstruo de debajo de la cama le agarre la mano y la arrastre con ella. Se ríe de su propio miedo, como si fuera una niña pequeña. Sin embargo, deja la zapatilla por imposible. Ya la buscará a la luz del día.

Unas voces en la calle traspasan el cristal de su habitación. De la suya y de la de medio Villanueva. Reconoce la de Irene. Se acerca con curiosidad a la ventana y mira por la apertura de las cortinas. La cadera de Irene va de un lado a otro y le hace caminar en eses. Ríe y habla en voz alta. Por lo visto, se ha dejado la seriedad y la responsabilidad en la maleta, aún por deshacer. La acompaña otra mujer que le sujeta del brazo. Es alta y de larga melena negra, pero no puede ver nada más. La mujer le ríe las gracias y también le hace reír.

Se detienen en la puerta del hotel y, tras un rato hablando, entran. Laura se escabulle a su cama para que cuando Irene entre en la habitación, la encuentre durmiendo.

Pero pasan los minutos e Irene no entra en la habitación.

Carmen resulta ser una amante casi tan atenta y delicada como Laura. Aunque no tiene sus habilidades amatorias, se esfuerza en dar a Irene el máximo placer. Hay algo en su excesivo esmero que chirría a la agente de seguros, como si Carmen quisiera usarla para compensar un mal karma, una decisión equivocada o un corazón roto. Y está segura de que no es por su discapacidad. La pierna ausente es como si no estuviera, como si nadie la echara en falta. La extraña apenas deja que Irene la acaricie, e Irene no puede revolverse en el colchón para colocarse encima. Es una estrella de cinco puntas en el fondo del mar que se deja arrastrar por la corriente de una pasión exagerada hasta que una pequeña ola rompe en su pecho.

—No es propio de mí —confiesa Irene.

Durante el acto ha hecho un repaso mental de con cuántas mujeres se ha acostado desde que con 18 años le amputaran la pierna. En el techo aparecían sus rostros. Ha terminado pronto: tres. La primera fue su primera fisio. Hacía de fisio y de psicóloga a la vez. Irene iba a sus sesiones y, además de los ejercicios, lloraba porque ahora nadie querría acostarse con ella. La fisio la consolaba, le decía que por supuesto que encontraría a una mujer con la que acostarse. Con muchas, de hecho, sólo tenía que dejar a un lado su complejo y aceptar su cuerpo tal y como era. Esas palabras no hacían sino alimentar el victimismo de Irene. La cosa se puso confusa y, para demostrarle que sí habría alguien deseoso de acostarse con ella, la fisio se acostó con ella. Y eso que, en teoría, era hetero y, en la práctica, estaba casada con un hombre y tenía dos hijos. La culpa atormentó a la fisio y dejó a Irene como paciente y como amante.

—¿Acostarte con desconocidas? —le pregunta Carmen.

—Acostarme con una persona, en general.

Están tumbadas mirando al techo. El sexo no ha sido espectacular, pero ha estado bien. No era un orgasmo lo que andaba buscando Irene, sino reafirmación en sí misma. Igual que la primera vez que se acostó con la segunda mujer: Laura. Luego el sexo fue mejorando al mismo tiempo que su relación se estropeaba.

—Fui su fan antes que novia, ¿sabes? —Irene sigue en voz alta el hilo de sus pensamientos. Consciente de que ha dejado a Carmen sin contexto, se explica—: De mi ex, digo. Hizo un TFM sobre arte y lesbianismo, sobre cómo el patriarcado ha ido borrando no sólo a las mujeres, sino

especialmente a aquellas que no amaban a los hombres. La entrevistó un podcast de un par de lesbianas que yo seguía, y algunos cortes se hicieron virales en las redes sociales. De ahí saltó a la tele. Le hicieron algunas entrevistas. Da tan bien en cámara —suspira Irene—. Es la típica lesbiana de pelo largo y negro que se lo pone a un lado o a otro de la cabeza como si fuera una bailarina de *funky*.

La comparación hace reír a Carmen.

—Perdona. No quiero ser la típica que no para de hablar de su ex.

—No pasa nada —Carmen da una calada a su cigarro y se lo pasa a Irene, que lo rechaza.

—No fumo, gracias.

La mujer la mira extrañada. Se incorpora y aplasta el cigarro contra el cenicero que hay en la mesilla

—Mañana me la presentas y me contáis lo del ánfora. ¿Lo he dicho bien?

—Sí —Irene ve disiparse el humo. Al final, esa habitación estaba destinada para ella de una manera u otra—. En realidad no sabemos mucho. Bueno, ella sabe más, porque es de Safo, o sale Safo o algo así. ¿Sabes quién es Safo?

—¿La poetisa que fundó una academia para mujeres y cuyo trabajo, de los pocos elaborados por una mujer griega antigua que ha sobrevivido hasta nuestros días, muestra perspicacia psicológica y habilidad con ritmos complejos? Vagamente.

Irene se incorpora de un salto.

—¿Cómo sabes todo eso?

Carmen se encoje de hombros.

—Me siento en la obligación de conocer mis antepasados. —Carmen sonríe—. Lamentablemente, Safo es la más escurridiza. Todo lo que sabemos de ella ha pasado por el filtro de varias generaciones de hombres que escribían sobre la mujer lesbiana entre fascinados y aterrados —suspira—. Un juego de espejos distorsionado entre el mito y la realidad.

—Definitivamente, te tengo que presentar a Laura.

—Seguro que nos llevamos bien —responde Carmen con media sonrisa y mirada felina.

En menos de cinco minutos, la extraña se queda dormida en su rincón de la cama. El esfuerzo por complacer la ha dejado exhausta. Irene se queda observando unos instantes su espalda desnuda. Una rojez en la zona del omóplato habla de un golpe reciente, y una cicatriz algo más abajo, de un accidente años atrás. Irene se escaquea de la habitación con su prótesis en la mano y saltando a la pata coja. Por narices, Carmen tiene que oír su huida, los golpes contra el suelo de su talón retumban en la estancia, Aun así, no se despierta.

Cuando Irene entra en su habitación, que en realidad no es la suya, escucha murmurar a Laura. Le viene el recuerdo de uno de esos pensamientos sobre los pensamientos que suele tener. Tras una noche en blanco, Laura le contó que había detectado que, en esos momentos de insomnio tiene dos tipos de pensamientos: los que le activan el cerebro y los que se lo adormecen. Sin embargo, no había detectado cuáles eran los segundos (¡se dormía y no era capaz de recordarlos!), y estaba segura de que, en cuanto los descubriera, dominaría su capacidad de dormir y ya nunca tendría noches de insomnio. Irene recuerda que le contó todo eso una mañana cualquiera, con la luz del amanecer entrando tímida en la cocina, y que mientras la veía por encima de su taza de café, tan apasionada en su explicación, pensaba que jamás dejaría de amar a esa mujer tan extraordinaria.

Laura emite un ligero ronquido cuando Irene se tumba entre gemidos de abuela en la cama.

—¿Necesitas que te ayude? —le pregunta sin apenas poder vocalizar.

—No, ya está. Gracias.

Su ex vuelve a murmurar algo ininteligible que Irene entiende por la fuerza de la costumbre. Le dice que si necesita algo que la despierte. Y ella sabe que es verdad, que no son palabras vacías, porque lo ha hecho otras veces. Hay todo un ritual de cuidados en lo referente a su pierna amputada que han hecho mil veces. Pero esta noche, Irene se va a permitir saltárselo.

Capítulo 3

EN algún lugar de Grecia, en algún momento de 1924, unos minutos después…

Kate y Rosario salieron de su tienda. Por un momento, Rosario se quedó ciega por el sol y su único contacto con el mundo fue el de su mano con la áspera lona. Aunque era temprano, ya hacía calor. Las dos llevaban un sombrero de ala ancha y, aunque Kate seguía los cánones y vestía falda, Rosario iba con pantalones. No había huido de su pueblo para ceder ni un centímetro de libertad ahora que no había nadie que la criticara.

Se acercaron a la excavación para ver aquello que tanto había entusiasmado a sir Edward y por el que las había apremiado a salir de la tienda. Rosario tosió por el polvo que se levantaba conforme se acercaban a la zanja.

—Poneos un pañuelo en la boca —les pidió el inglés.

Las chicas obedecieron.

—¿Qué es, padre? —preguntó Kate en su idioma materno.

A Rosario le costó entender la respuesta. Apenas capturó palabras sueltas con las que pudo componerse una idea de lo que el arqueólogo decía.

—Unos creen que era una casa de prostitutas. Otros, entre los que me encuentro, una academia, una escuela para mujeres.

—¿Sólo de mujeres?

—Sí, aquí Safo enseñaba a sus alumnas diferentes disciplinas de arte: poesía, música, danza, artesanía.

—¿Safo? —preguntó Kate haciéndose la despistada.

—¡Safo! —gritó el hombre con los brazos abiertos—. Dionisio la consideraba la principal exponente de la poesía lírica. Ovidio, sin embargo, la tenía por una lasciva. Ahora… En fin, veremos cómo le damos salida a todo esto.

Por "dar salida" quería decir vender en el mercado negro. O a algún museo directamente. Por "todo esto" se refería a un montón de enseres del día a día de la academia que brotaban como champiñones en cada cuadrante delimitado por estacas y cordeles. Los trabajadores se afanaban en cepillar cada pieza. Rosario pudo reconocer los contrapesos de un telar, un huso y otros enseres para tejer que estaban pasando desapercibidos por los trabajadores por su pequeño tamaño, y hasta un recogedor de ovillos. Los había visto en su pueblo. Podía estar ante la excavación de decenas de siglos atrás, pero también podía estar en el salón de la casa de su abuela, un par de décadas atrás, donde, con unas agujas y una rueca, ella y sus amigas tejían mientras recordaban anécdotas, soltaban sus ingeniosos comentarios y se hacían eco de los últimos rumores. Podía oír sus risas, podía oler el café de puchero, podía verlas con sus tejemanejes bajo el quinqué, urdiendo la manera de seguir fingiendo que eran los hombres los que dominaban el mundo.

El inglés se acercó a uno de los arqueólogos y se asomó por encima de su hombro. Por el calor y por la presión de extraer algo de valor, al trabajador le resbaló una gota de sudor por la sien. Conforme cepillaba, ya intuyó que aquello no iba a gustar al jefe. Asomaban unos pinchos sujetos a un trozo de madera que, sabía, en cuanto lo tocara se haría polvo en sus dedos para volver a ser arena.

—¿Qué es esto? —preguntó el inglés.

—Un peine de macramé —respondió Rosario en español.

Sir Edward la miró enfadado.

—En inglés.

Rosario enmudeció. Kate le tiró de la manga, le instaba a que se lo dijera a ella, a ver si la entendía, pero Rosario negó con la cabeza. No era la primera vez que se ganaba una reprimenda del inglés, que la consideraba poco más que un animal de compañía para su hija. En el horizonte, Rosario atisbaba la tormenta de sir Edward en cuanto descubriera que estaba ante un montón de utensilios de tejer sin ningún valor para sus amigos ricos.

—Sir, sir —llamó un hombre al otro lado de la excavación.

El inglés fue hasta allí esquivando y saltando las cuerdas que marcaban la cuadrícula del foso sin importarle ya qué podría pisar. El arqueólogo había encontrado una vasija de barro con unas figuras rojas pintadas. Las chicas llegaron al nuevo punto de interés para ver cómo el arqueólogo sacaba la pieza con sumo cuidado. Con un punzón rascaba la tierra en torno al jarrón y con un pincel cepillaba la arena más pegada a la cerámica para no dañarla.

—Esto sí —dijo sir Edward inclinado y con los puños apoyados sobre sus rodillas.

Poco a poco, un jarrón emergió de la arena. Tenía unas figuras femeninas en color negro en el contorno, un texto con letras desconocidas en la parte baja de la vasija y unos frisos geométricos arriba.

—Es un ánfora. Una hidria —En inglés se acercó al arqueólogo y comenzó a describir la pieza. Otro hombre comenzó a tomar notas en un cuaderno. Rosario se colocó a la espalda de este hombre, sacó del bolsillo de su chaleco su cuaderno de notas y le copió—. Se usaba para llevar agua. La decoración se compone de una serie de mujeres, algunas de pie, otras sentadas y otra… tumbada —sir Edward se rascó la barbilla invocando al genio de la lámpara para que le iluminara—. Parece un funeral.

“Funeral” anotó Rosario sin copiarse.

—Hay una mujer postrada junto a la mujer tumbada.

—Podría ser Safo llorando la muerte de una amante —se aventuró a decir Kate.

Su padre la miró. Luego miró a Rosario, que se afanaba por escribir algo en su cuaderno. Movía la lengua de un lado a otro para mantener la concentración entre letra y letra. El inglés unió esa lengua con el rubor de su hija por las mañanas, llegando siempre tarde al desayuno, y con el hecho de que Rosario siempre fuera pegada a su falda.

O debajo de ella.

—Podría ser —concedió el inglés.

Concluyó que no sólo tenía que deshacerse de esa vasija para el mejor postor, sino también de aquella sucia joven antes de que su hija perdiera definitivamente la cordura.

LA noche parece haber borrado también cualquier tipo de resquemor entre ellas. Ni siquiera Laura le ha preguntado dónde pasó la noche o con quién. Después de haber pinchado a Irene por evitar siempre la aventura, ahora no puede pedirle cuentas por haber tenido una.

El desayuno no es copioso, pero está delicioso. Lo toman en la terracita al aire libre que el hotel tiene en un patio interior. Hay varias mesas de madera castigada y sillas que cojean sobre el suelo irregular. Irene y Laura están a cubierto bajo una parra que ha ido creciendo y enlazándose con cualquier elemento que ha pillado a su paso: paredes, verjas, ventanas, las propias ramas de otra parra. Irene está inquieta. Teme encontrarse a Carmen en cualquier momento y, pese a lo que dijera el día anterior de presentarle a Laura, ahora está convencida de que es una mala idea.

Una pésima idea, de hecho. Quizá habló de más.

Ahora debería colarse el sol entre las hojas de la parra, pero no hay sol. La niebla espesa de la noche se ha instalado en el cielo, lo que tamiza cualquier luz. No parece que vaya a levantar en las primeras horas. Irene inspira y se reclina ligeramente hacia atrás. El nuevo día trae la promesa de la aventura.

—¿Has dicho aventura? —le pregunta Laura.

—Bueno, ya me entiendes —se justifica Irene—. Estamos en un pueblo, lejos de la civilización, con una misión por cumplir.

—Eso suena a aventura.

A Irene se le hinchan los orificios de la nariz y el aroma de la mermelada de naranja alimenta su paciencia. Frente a ella, con una miga de croasán pegada en la barbilla, Laura le dedica una sonrisa burlona.

—Tienes algo ahí —le dice Irene.

—¿Dónde? —Laura se toca la barbilla en el lado opuesto.

—Más a la derecha.

Pero Laura interpreta que le dice su derecha y el dedo se aleja más.

—Más a… ¿Lo estás haciendo a propósito?

Rendida al cliché en el que se ha convertido, estira el brazo y le quita la miga con el pulgar sin ninguna delicadeza ante las quejas de Laura.

—En fin —despliega sobre la mesa un papel impreso que se ha preparado ella misma donde tiene apuntadas direcciones, fechas y horarios—. El plan del día comienza a las 10. Hemos quedado con el viudo de la señora Sanabria en su casa. Será nuestro primer contacto con el jar… Con la vasija —Mira a Laura para certificar que el apelativo cuenta con su aprobación—. Luego iremos al tanatorio. Allí mismo hay un crematorio. La incineración está programada para las 4 de la tarde.

—¿Vamos a estar 6 horas en un tanatorio? —pregunta Laura.

—Debemos estar donde esté la vasija, ¿no?

Laura asiente.

—¿Y cómo es lo de las cenizas?

—Pues… —Irene descansa los hombros—. Imagino que se las darán al viudo en una bolsita y las tendremos que meter en el ánfora.

—Y de ahí al pantano.

—Sí. Eso ya depende de lo que tarden en el crematorio. Es un tanatorio que da servicio a todos los pueblos de la zona y tristemente tiene mucha clientela —Irene pliega la excel—. Te toca. ¿Qué tienes tú?

Laura niega con la cabeza mientras se repasa con la lengua los restos de tostada que le quedan por las muelas. Aparta las migas de la mesa con el dorso de la mano y genera un espacio más o menos limpio para su cuaderno. Pasa las páginas hasta llegar a la que le interesa. En la parte de arriba hay escrito en mayúsculas “Villanueva de Bermejo”. Luego unas notas que lee a Irene: “Milagros Sanabria fallece y dona una hidria de figuras negras con la imagen de Safo y lo que parecen algunos versos grabados (eólico, ilegible en foto)”. En mitad de las notas hay un dibujo que Laura ha hecho sin mucho detalle siguiendo las fotos que recibió por correo. Una flechas salen del dibujo: “¿Cómo ha llegado el ánfora hasta Bermejo? ¿Por qué la han donado al museo? ¿Es auténtica?”.

Irene asiente.

—Se dice que Safo fundó una especie de academia para mujeres —dice la agente de seguros en voz alta, disimulando que más que un conocimiento propio es un recuerdo de hace

apenas unas horas—. Su trabajo es de los pocos elaborados por una mujer griega antigua que ha sobrevivido hasta nuestros días, y su poesía es una muestra de perspicacia psicológica y habilidad con ritmos complejos.

Laura cierra el cuaderno de golpe y la mira perpleja.

—¿Cómo sabes todo eso?

—De mis clases de Cultura Clásica —responde ufana Irene.

—Hiciste el bachillerato de Ciencias. No estudiaste Cultura Clásica.

—Oh, lo recuerdas.

—¡Claro que lo recuerdo, Irene! Tu padre quería que hicieras una Ingeniería Industrial, como él.

Irene baja la cabeza avergonzada por haber mentido.

—Está bien, está bien. No lo aprendí en el instituto.

—Y tampoco es que seas muy versada en cultura lésbica.

—¿Cómo que no? Pregúntame por las novias de Emilia Ferretti[1]. Me las sé todas.

—Quiero decir de la histórica, la de verdad, la que han ocultado hasta casi su desaparición.

—No te pongas intensita, eh —Irene da un mordisco a la tostada y la boca se le llena de un dulzor amargo que le hace cerrar los ojos. Se le escapa un gemido de placer.

—Cuánto tiempo —dice Laura—. Bueno, quizá no tanto.

Es la primera alusión que Laura hace a su noche fuera de la habitación e Irene no sabe qué responderle. De repente, le importa lo que Laura opine de ella. Nunca ha sido de esas que se acuestan con desconocidas. De las que *stalkean*, manda mensajes directos y se podría decir que acosan a una chica que se ha hecho viral por su TFM, sí, pero con desconocidas no.

—Fue una tontería —Irene siente la necesidad de explicarse—. No tiene importancia. La vi en el bar, hablamos, bebí un poco y eso es todo.

—No tienes que darme explicaciones. Tú y yo ya no somos pareja.

—Ya, bueno, es verdad —Irene se muerde la lengua para decirle que, aunque no sean novias, sí le importa lo que piense de ella. Cuando se conocieron, Irene necesitaba empezar una nueva vida, una nueva era. En un pueblo, lejos de su familia, de sus amigas, de su trabajo, de su dolor. Su entorno la miraba siempre con pena, siempre ofreciendo su ayuda. Y sí, la red de cuidados estuvo muy bien, especialmente los primeros años, pero la red fue haciéndose cada vez más pegajosa y le hacía imposible a Irene desprenderse de la etiqueta de mujer dependiente. Fue lo primero que le dijo a Laura cuando llegó al pueblo: “No quiero una cuidadora, para eso ya está el hospital; quiero una amante y una amiga”. Nunca olvidará la cara que sorpresa que puso Laura —. Voy a la habitación, a lavarme los dientes.

Irene sigue tan anclada a sus pensamientos que no oye la broma que Laura ha hecho acerca del cepillo de dientes.

Todavía aturullada por la vergüenza de la confesión, entra torpe al hotel. Al girar una esquina del mostrador de entrada choca con una mujer y hubiera caído al suelo si la propia mujer no la hubiera sujetado por la cintura. Un tacto reconocible. Irene alza la vista.

—Vaya, parece que estoy aquí para salvarte de tus caídas —dice Carmen, que sonríe con esa boca que parece que se le sale de la cara.

—Mil perdones —dice Irene—. Por chocar y por irme a hurtadillas de la habitación.

Carmen sonríe.

—No pasa nada. Estuvo bien. No era necesaria una despedida incómoda y torpe.

—Vaya, acabas de describirme —Irene arruga la nariz. Aún le quedan resquicios de victimismo que su boca no puede frenar.

—Irene —Carmen la agarra de los hombros y la mira a los ojos, de manera tan directa que parece que la va a atravesar—, eres una mujer maravillosa. Una extraña pieza de museo que sólo unas pocas personas somos capaces de darles el valor que merecen —Y luego añade con voz rasgada—: No te hagas de menos.

Al oír aquello Irene no puede evitar ruborizarse. La extraña suena sincera y es un detalle por su parte que haya usado el símil artístico que la ha llevado hasta Villanueva. En su intento por esquivar la mirada de Carmen, ve la maleta a sus pies.

—¿Te vas? —pregunta.

—Ha sido un placer conocerte, Irene—. Las dos mujeres se aproximan para darse un abrazo o un beso o la mano. Al final son sus cabezas las que chocan—. Vaya, al final sí que hemos tenido una despedida incómoda y torpe. ¡Suerte con el ánfora de Safo!

La extraña coge la maleta que en entre sus dedos parece ligera, y se marcha diciendo adiós con la mano. Irene se queda viendo su salida del hotel.

LAURA se ha quedado en la mesa. Relee las notas y da un sorbo al café. "¿Cómo ha llegado el ánfora hasta aquí? ¿Por qué la han donado al museo? ¿Es auténtica?". Las frases se repiten en su cabeza como si fueran grandes preguntas de la Filosofía Universal. Calcula la distancia entre Lesbos y Villanueva de Bermejo. En una fracción de segundo, inventa mil historias para llenar su vacío, pero no es capaz de atrapar ninguna. Frustrada, cierra el cuaderno y suspira.

Le da la vuelta y lo abre por la parte de atrás. Las últimas páginas son ahora las primeras. Además del dibujo de Irene, hay un breve texto que ha escrito:

"¿Es esto una segunda oportunidad que parece haber surgido de los versos perdidos? ¿Podemos realmente reescribir la historia? ¿Se puede desandar el camino, volver al cruce y tomar otra dirección? ¿O tal vez no se trata de reescribir, sino de aceptar que nunca dejamos de escribir? Buscamos los restos de Safo, pero nos hemos topado con un fragmento de nosotras mismas que perdimos en algún momento. Quizá los versos de Safo sean como nosotras: incompletos, rotos, pero con la promesa de algo eterno en ellos."

Repasa lo que ha escrito. Le parece tremendamente cursi y le tienta la idea de arrancarlo y tirarlo a la basura. Sin embargo, piensa en la ironía que sería estar siguiendo la pista borrada de Safo al tiempo que elimina las suyas propias.

Levanta la cabeza y el cambio de enfoque le hace ver borroso. Cuando por fin el foco se hace nítido lo ve: el tipo de la perilla fina y las cejas espesas del autobús. Hace como que no la ha visto. Ha girado la cara rápidamente, pero Laura sabe que la estaba observando. Aguanta la mirada a la espera de que el tipo gire la cabeza hacia ella. Lo hace. Laura encoge los hombros y se asegura de que le lea los labios.

—¿Qué miras?

El hombre se pone nervioso. Señala al café como diciéndole que sólo ha venido a desayunar, pero Laura sigue sospechando de sus intenciones. El tipo le da un último sorbo a la bebida. Cuando deja la taza no acierta con el platillo y cae a la mesa. Lo recoloca. El ruido de la loza ha despertado el interés de algunos comensales. De la riñonera que lleva atada a la cintura, saca una cartera y de la cartera unas monedas, que deja en la mesa. Finalmente, el hombre se levanta. No viste como un hombre de pueblo. Va todo de negro y con el pelo engominado, con la camiseta apretada para marcar bíceps y pectoral. Del cuello le cuelgan unas gafas de sol. Se acerca a su posición.

—No os estoy siguiendo, de verdad, pero es que mi madre no tenía café y no me gusta ir al

bar —se justifica.

Lo dice con un tono tan suave y educado que Laura tiene que ceder con un leve gesto de la cabeza. Así le dispensa la bula con la que el hombre puede marcharse bajo la única sombra que le da la parra.

A la luz del día Villanueva de Bermejo es un pueblo sorprendentemente vivo. Pese a la niebla, la población ha germinado como champiñones: las mujeres hablan en la plaza en su camino hacia la tienda, un agricultor pasa con su ruidoso tractor, los jubilados charlan bajo la sombra de una morera.

De la plaza nacen cuatro o cinco calles, de las cuales salen, como afluentes, más calles que acaban principalmente en el campo, pero que algunas desembocan en el famoso pantano.

Las fachadas de las casas están castigadas por la desidia, pero de sus balcones cuelgan macetas con claveles, geranios y hortensias de diferentes colores. El cielo, sin embargo, está de un gris blanquecino que matiza la tonalidad.

Irene alza el móvil hacia el cielo en busca de algo de cobertura. Ahora que hay más móviles despiertos, la señal no le llega tan nítida.

—Es por allí —le señala Laura.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo he mirado antes con el WiFi del hotel —Laura le muestra su móvil orgullosa de demostrar a Irene que se ha preparado bien—. He guardado la ruta para poder verla sin conexión.

—Vale —dice Irene molesta consigo misma por no haber caído en eso.

En su paseo hacia la casa de la fallecida, la gente las mira. Y no de manera disimulada, precisamente. Como si ellas fueran las piezas de un museo, una mujer se detiene a su lado y las mira de arriba abajo.

—¿Sois las del museo?

—Sí —responden a la vez.

La mujer las vuelve a mirar sin expresión alguna y luego se marcha.

Esto les ocurre un par de veces más. Está claro que su presencia ha levantado mucha expectación. Demasiada para su gusto.

—Esto es un poco turbio —dice Irene.

—La gente de pueblo es así —le contesta Laura, tratando de restar tensión.

Recorren los metros que les faltan para llegar a la casa de la fallecida. La vivienda es como la del resto, simple y sin personalidad. A juego con la apatía de los nuevos tiempos. Laura aún no ha encontrado en ninguna vivienda un elemento distintivo de la arquitectura de la zona. Ni una fachada de piedra caliza, ni cubierta de teja de cerámica roja, ni siquiera ningún detalles de forja o contraventanas de madera. Villanueva de Bermejo es una excepción arquitectónica en aquella comarca. Un pueblo anodino en medio de preciosos pueblos con personalidad.

—Gracias por la lección de arquitectura. ¿Podemos entrar ya? —pregunta Irene con impaciencia.

Antes de tocar el timbre, se acercan al buzón. Parecen dos deportistas de natación sincronizada: se agachan, estiran el cuello, aguzan la vista. En el cartelito leen: Eulalio García y Milagros Sanabria.

Los nervios de Laura por ver la pieza se hacen patentes. Se lleva la mano al estómago para calmar los pinchazos.

—¿Estás bien? —le pregunta Irene.

Laura asiente.

—¿Te has traído el antiácido? —insiste su ex.

—Sí, sí, es sólo que estoy nerviosa.

Irene le sonríe y le acaricia la espalda. Sabe lo importante que es esto para Laura y sólo espera que la pieza sea auténtica porque no podría soportar ver a su ex con el corazón roto… otra vez. Toca el timbre y para cerciorase de que la oyen en el interior, golpea la florida aldaba, el único elemento decorativo que se han podido permitir los dueños.

El propietario de la casa no tarda en hacerse sentir. Les abre la puerta un hombre con camisa hawaiana y bermudas. Su cara es rosada y alegre, y del pecho saltan cuatro pelos blancos y rizados.

—¿Sois las del museo? —pregunta al verlas.

—¿Eulalio?—le responde Irene con otra pregunta, harta de ser la única cuya identidad está en constante cuestión.

El hombre se echa a un lado.

—Pasad, pasad. Os estaba esperando.

Las dos mujeres entran a la casa un poco aturdidas por la energía del hombre. Nadie diría que ha perdido a su mujer hace escasas horas.

Tras el pasillo, estrecho y oscuro, pasan a un salón amplio y luminoso a través de una entrada con arco de medio punto. Laura mira cada detalle. Ahora sí es una casa de pueblo de la zona. El mobiliario tiene solera y mantiene su carácter estoico y elegante pese al paso de los años. Muebles de pino, sillones de piel, alfombra de yute y chimenea de piedra, como el suelo, como las escaleras. En un rincón del sofá, acurrucado en una manta verde grisácea, dormita un gato de ojos legañosos.

—Lo primero, queríamos mostrar nuestras condolencias por el fallecimiento de Milagros —dice Irene cumpliendo el protocolo.

—Muchas gracias. Muy amable —Eulalio responde como si le hubieran cedido el asiento en el autobús.

Mientras Irene se acerca a acariciar al gato, Laura escruta el lugar con la mirada en busca del ánfora. Sus ojos son como un escáner que cataloga y tasa los objetos que se encuentra. Platos decorativos colgados en la pared. Valor artístico dudoso. Valor histórico nulo. Tinaja de barro de unos 300 litros de capacidad. Valor artístico escaso. Valor histórico apreciable. Tapetes de ganchillo por todas partes. Valor artístico alto (aunque nunca lo suficientemente valorado). Valor histórico escaso. Un escalofrío recorre su cuerpo cuando la ve. Está sobre la chimenea, entre la figura de una pastorcita de imitación de Lladró y una caja de cerillas. Sobre la hidria, anclados en la campana, los cuernos de un toro.

—Hace un poco de fresco, ¿verdad? Voy a encender un fuego —dice el hombre.

—¡No! —Laura le detiene antes de que prenda la llama.

Se acerca a la chimenea y toma el ánfora en sus manos. Lo ha hecho sin pensar, en un acto reflejo, y cuando nota el tacto de la cerámica en sus manos se siente sucia, como si hubiera violentado el sueño de un bebé. Apenas se puede creer lo que ven sus ojos. Es auténtica. Es más que auténtica; es real. Tiene ante sí una hidria de la poetisa Safo. Laura creyó durante mucho tiempo que la pérdida de su obra no fue accidental. Siempre se perdían, se traspapelaban, se quemaban o se destruían por el olvido las obras de las mujeres. Y ahora… Ahora sus ojos alcanzan a ver lo que hay escrito en la base de la vasija. Con sus dedos, repasa el poema grabado que debe traducir.

—La pobre Milagros adoraba ese jarrón —dice el viudo. Se acoda en la repisa de la chimenea, mirando a Laura y la apertura de la camisa muestra algunos pelos más en el pecho—.

Le hicieron muchas ofertas. Algunas bastante suculentas, pero no quería desprenderse de ella.

—¿Por qué? —pregunta Irene que tiene al gato entre sus brazos.

El viudo se despega de la chimenea y se gira hacia su invitada.

—Decía que era la única cosa que le quedaba de su tía. ¡No! —levanta el dedo y se corrige a sí mismo—: Que la conectaba a ella. Sí, eso decía.

No parece muy convencido con el argumento, pero a estas alturas no le importa. Dice que han vivido bien, se han respetado y, a su manera, se han querido.

Laura sigue embobada con el ánfora en sus manos. Todavía no sabe lo que pone en la frase, pero, de alguna manera, lo entiende. Las figuras femeninas que hay en torno a la vasija le dan pistas. Da igual en qué idioma se diga, toda sáfica entiende lo que es decir adiós a una amante a la que no puede amar como una quiere. Un adiós apartado, pequeñito, constreñido en un agujero en el centro del pecho. De manera instantánea, Laura también se siente conectada a la pieza, a Milagros y a Safo.

El hombre mira su reloj y da una palmada que saca a Laura de su ensimismamiento.

—Es la hora —dice. Luego mira a la conservadora del museo—. ¡Oh! Ahora vuelvo —dice, y sale por una puerta del salón.

Irene deja al gato en el suelo con delicadeza y se acerca a la chimenea.

—¿Es auténtica? —le pregunta a Laura en un susurro.

La mira como antes, con admiración, con curiosidad, con cariño. Laura le devuelve la mirada y se quedan enganchadas unos segundos. Es el poder de Safo. Irene carraspea, se recoloca las gafas y baja la mirada.

—Del todo —asiente Laura.

La agente de seguros se acerca a la pieza y la observa detenidamente, moviendo la cabeza para verla desde diferentes ángulos.

—¿Cómo lo sabes?

Laura hincha el pecho.

—Lo siento aquí —responde llevándose una mano al corazón.

Irene da un traspié que casi le hace caer.

—¿Perdona? —pregunta escandalizada—. ¿Me estás diciendo que no tienes criterios técnicos o artísticos para decirme que es una pieza auténtica?

Laura echa a reír.

—Es coña, Irene. Sí los tengo. Representa un funeral. El funeral de una mujer. Quizá una compañera de Safo. Y estas —señala algunas figuras— son otras compañeras. Y esta… —vuelve a señalar una figura sentada junto al cuerpo—. Esta es Safo. Es la representación de una prótesis.

—¿De una qué?

—No esa prótesis. La prótesis o prócesis. Quizá procesión te suene más. Es el acto de mostrar el cuerpo de una persona fallecida antes de su funeral.

Irene intenta hallar la conexión entre esa prótesis con la suya, pero no encuentra los cabos para atarla.

—El poema seguramente será alguna despedida hacia la fallecida, o hacia el amor que Safo le profesaba —Laura suspira y ladea la cabeza—. ¿Acaso muere alguna vez el amor?

Irene evita mirarla.

—¿Y sabrás traducir lo que pone?

—En el museo, sin problemas.

El ánfora desaparece de su vista en un abrir y cerrar de ojos. Laura siente las manos desnudas. El viudo la ha cogido.

—Ya estoy listo —dice Eulalio. Ya no viste con camisa floreada, sino que se ha puesto una de color gris, más acorde a la cita.

Laura se quiere morir cuando el viudo sacude una bolsa de plástico de la que salen migas de pan e introduce el ánfora en su interior.

—¿Nos vamos al tanatorio?

EL coche es el medio de transporte oficial en la comarca donde se ubica Villanueva de Bermejo. Laura e Irene se han subido a la destartalada furgoneta de Eulalio que les va a llevar al tanatorio. La agente de seguros se ha sentado de copiloto porque era más sencillo para ella. Otra norma no escrita entre la ex pareja. Las rodillas de Laura, sentada atrás, pegan en el asiento de Eulalio. Entre restos de basura y algún apero de labranza, no tiene tanta holgura como desearía, pero le valen sus muslos para apoyar su cuaderno y el ánfora. Ahora que sabe que el ánfora es auténtica (ha tachado la pregunta de sus notas), le queman las otras dos preguntas en la lengua: ¿Por qué Milagros eligió su museo? ¿Cómo llegó el ánfora a Bermejo? Sin embargo, el viudo parece sentir aversión por los silencios y llena con palabras el trayecto de un punto a otro. El hombre florido y algo banal de su hogar se ha transformado en un señor doliente y gris. Aunque sea por unas horas, se ha metido en el papel que le corresponde.

—Llegados a este punto, me da un poco igual todo. Milagros era muy sentida, vivía las cosas a la tremenda, por así decirlo. Yo era su bufón. Sí, así me llamaba ella —parece justificarse —. Ahora que ha fallecido sólo soy un bufón sin reina. En fin, lo mejor que le podía haber pasado a mi Milagros —dice—: morir durmiendo. Ahora firmaría yo.

—Hablando de firmar… Cuando nos llevemos al ánfora, necesitaremos algunos papeles —le pide Irene. Echa un vistazo de reojo al asiento de atrás, donde Laura va detallando el dibujo de la pieza, cada vez más maravillada. Le asombra su capacidad para mantener el pulso con el traqueteo del coche.

—Lo que necesitéis. Era voluntad de Milagros —Eulalio mira a la carretera. Se le nota cansado—. Es como si con su muerte yo hubiera perdido parte de mi identidad, ¿sabéis? —Se gira para apelar a Laura, que sigue enfrascada en los detalles de su dibujo—. ¿Tenéis novio? Bueno, ¿o novia?

—No, no. Nosotras no… —Irene no sabe por qué responde por las dos.

—Pero habéis tenido pareja, sabéis a lo que me refiero, ¿no? Esa manera de que vean en ti algo único e irrepetible, algo que sólo la otra persona puede ver.

Laura escucha las palabras de Eulalio pero finge seguir dibujando.

—Supongo… —responde Irene que no encuentra en Laura la complicidad que le hubiera gustado.

Algo único e irrepetible.

Hay niebla en el camino, pero Eulalio parece sabérselo de memoria.

El tanatorio está en un edificio de líneas rectas y planos lisos. Una rareza arquitectónica en mitad del paisaje agreste que le rodea. Eulalio deja el coche en el aparcamiento, donde hay una docena de vehículos. En la entrada, sobre el mostrador, una gran pantalla indica en qué sala está el fallecido, como si fueran los próximos vuelos en despegar. Además de la de Milagros, hay otras tres salas más ocupadas.

Ya hay una persona cuando los tres entran en la habitación. Sentada en un butacón, una señora vestida de negro. Lleva un pañuelo de papel hecho un puño en la mano. De vez en cuando, se lo lleva a la nariz. Al levantar la vista, saluda a los recién llegados.

—Esta mujer es Ana, la mejor amiga de Milagros.

La mujer hace una mueca para simular una sonrisa. La pena le impide ofrecerle más a las desconocidas.

—¿Son las del…? —va a preguntar la señora cuando ve el ánfora metida en una bolsa de plástico—. Eulalio, te voy a matar.

—¡No tenía otra cosa!

—Una bolsa de tela por lo menos.

—No sé dónde las guardaba Milagros.

—En el armario del pasillo, que pareces nuevo.

—No se preocupen —interviene Laura—. Está bien aquí.

—¿No se estropeará? Debe valer mucho dinero —se preocupa Ana.

Irene calcula mentalmente. Luego cae en que tiene el precio a su disposición en la aplicación del móvil, pero llegados a este punto, casi prefiere no saberlo.

—Está bien así, de verdad —responde la conservadora que lo último que quiere es una polémica más en torno a la pieza.

Ana parece conformarse. Se gira al viudo.

—He pedido que bajen la tapa. Ayer había mucho morboso asomándose.

—Pero Milagros tenía claro que ella la quería abierta —le contradice Eulalio.

—Hemos cumplido su deseo. Al menos al 50%. Con eso vale. No quiero que esto se convierta en un circo —la voz de Ana es cada vez más aguda.

—Con su tía la mantuvieron abierta.

—Me da igual lo que hicieran con la tía Rosario. Yo no puedo ver a Milagros así. Se cierra la tapa y punto —responde Ana al borde del llanto.

La cosa parece ponerse tensa entre los dos, así que Laura cree que es el momento oportuno para saciar su sed de preguntas.

—Ahora que estamos a solas, ¿podrían darme algo más de información sobre el ánfora? Sería de gran utilidad para rellenar la ficha en el museo. ¿Cómo llegó a las manos de Milagros?

—Pues mira, fue precisamente su tía Rosario quien se la dio en herencia—responde Ana algo irritada.

—¿Y de dónde la sacó Rosario?

La señora duda. No sabe si debe ser ella quien cuente la historia, pero también es verdad que la que debía contarla ya no puede hacerlo. Va a comenzar el relato cuando alguien las interrumpe. Un hombre con pantalón negro, jersey marengo y alzacuellos entra en la sala.

—Buenos días.

—Padre Miguel —le saluda Ana.

Junto al cura, como un grupo de plañideras, entran cuatro mujeres que van directas al rincón donde se ubica la caja.

—¿La habéis tapado? —protesta una.

—Sí, Sonsoles, la hemos tapado. Ya la viste ayer todo el día —responde Ana.

Las mujeres no disimulan su disconformidad y murmuran su protesta para que Ana las pueda oír.

Poco a poco, la sala se va llenando de gente y Laura e Irene quedan arrinconadas en una esquina.

El ambiente comienza a cargarse. Las ventanas cerradas y las persianas a media altura no ayudan a oxigenar el aire de la sala. Irene se suelta un par de botones de la camisa.

—Hace calor aquí —le dice a Laura.

Alguien la escucha y abre el oscilo de una ventana. Una suave brisa arrastra el bochorno al

exterior y refresca la atmósfera. Las conversaciones, entonces, cesan. Las dos visitantes atraen todas las miradas. Se hablan en susurros, preguntándose quiénes son esas chicas. *Las del museo. ¡Ah! ¿Las que se llevan el jarrón? Sí, esas.* La noticia pasa de corrillo a corrillo. Laura puede leerlo en sus labios, hasta que se detiene en unos en concreto. Unos que están rodeados de una fina y negra perilla.

—Tú —le dice desde la distancia.

El hombre señala a una mujer en el corrillo de plañideras.

—Mi madre —responde.

Laura se ofusca. Le creería, dejaría atrás sus sospechas si no fuera porque antes de hablar, el hombre ha mirado con voracidad el contenido de la bolsa, como si en lugar de un ánfora de la Antigua Grecia contuviera pan y él estuviera en mitad de una guerra.

Ana se sale del corrillo de mujeres tras acabar el responso. Lo hace con desgana, cansada del teatrillo.

—Acompañadme —les dice a las chicas cuando pasa por su lado.

Laura e Irene la siguen fuera de la sala, por el pasillo, unos pasos detrás de la mujer. Pese a su edad, el trasero de la señora se mueve apretado en su faja. Ana se ha fundido en su papel de sufridora de tal manera que aparenta más edad de la que tiene. Entran en la cafetería y se pide una tila.

—¿Queréis algo vosotras?

—Un cortado estaría bien —dice Laura.

Con un codazo, Irene le reprende por abusar así de la hospitalidad de la señora.

Ana le pide al camarero que atienda la comanda.

—¿Nos lo llevas a la mesa, Toni?

—Descuida, Ana —responde el camarero que ya ha colocado el cazo de café en la máquina.

—Clienta habitual, eh —dice Laura, y se gana otro codazo de Irene. Al final le va a salir un moratón.

—Ya ves. A mi edad, este es un punto de encuentro. Casi el único.

Se sientan. La señora lo hace de manera ágil, pero no puede evitar soltar un resoplido cuando sus muslos sienten la base de la silla.

Hay unos momentos de silencio incómodo. Ana parece que ha olvidado la presencia de las chicas. Se dedica a mirar por la ventana de la cafetería el secarral que se extiende alrededor del edificio, hasta los límites que la espesura blanca le permite. La luz se esconde en sus arrugas acentuando los surcos.

—Decía que usted podría ayudarnos a saber más sobre cómo el ánfora llegó hasta Villanueva de Bermejo —dice Irene.

—Oh, eso es —Ana vuelve en sí. Se inclina ligeramente para recibir su tila y agradece al camarero la rapidez—. Milagros tenía una tía, y ella se la legó cuando falleció.

—¿Y cómo la consiguió la tía de Milagros?

Ana aproxima la boca a la taza y el agua roza su labio superior. Demasiado caliente. Sopla tres, cuatro veces, y lo intenta de nuevo.

—Esa es una historia muy interesante, pero me temo que no la cuente con la imparcialidad que requiere para su investigación.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—¡Qué no pasó! —exclama Ana con un chispazo en la mirada que agita momentáneamente su figura hierática—. Es una historia con repudios, muertes sospechosas, huidas al extranjero y amantes femeninas.

—¿Amantes femeninas? —preguntan a la vez Laura e Irene.

A Ana se le ha iluminado la cara y, entonces sí, rejuvenece. La vergüenza le tiñe las mejillas de un rosa que le quita 20 años. Asiente mientras hace memoria.

—Rosario, la tía de Milagros, era una mujer extraordinaria. Extraordinaria —Ana habla despacio, en susurros—. En una época en la que se suponía que la mujer debía servir a su marido sin rechistar, ella fue un soplo de aire fresco. Mi madre la repudiaba. Todas las mujeres de Bermejo la repudiaban. Sabéis que hubo un pueblo anterior a Villanueva, ¿verdad? ¿Sí? Pues es parte de la historia. Al menos, de la historia de Rosario.

Da un nuevo sorbo a su tila. Le encanta tener la atención de esas jóvenes que la miran como si fuera una serie de televisión a la que estuvieran enganchadas. Aunque no es la protagonista de la historia, es la única que la puede contar y eso la hace ser la protagonista de la misma.

—Si tuviera que contar la historia de Rosario no sabría por dónde empezar… —Ana hace un gesto teatral, como si se estuviera retirando una melena del hombro, aunque su pelo sea corto. Abre la boca para empezar cuando levanta la mirada y su gesto se congela.

Laura, impaciente, le toca el brazo y la anima a seguir. Teme que le esté dando un ictus. Irene gira la cabeza hacia donde mira Ana y ve a una mujer de avanzada edad de larga melena rosa palo y gafas redonda enfundada en un elegante traje de chaqueta negro.

—¿Cómo te atreves? —le grita Ana desde su mesa—. ¿Y ese pelo?

Ana se levanta y va directa a la mujer, que no se achanta pese al ímpetu con el que se le acerca.

—Estaba en la peluquería tiñéndome cuando me llamó Eulalio. Si tengo que esperar a que me llames tú… Tengo tanto derecho como tú o Eulalio —se defiende la señora.

—Lo que no tienes es vergüenza.

—Y tú no tienes consideración. Qué digo consideración… ¡Respeto! ¿Te puedes hacer una idea de lo duro que fue recibir una noticia así con el pelo embadurnado en tinte? Me sentí patética.

Irene mira a Laura. La conservadora ha agarrado el ánfora de manera instintiva. La tiene acunada en su pecho, como si fuera un bebe. No pueden apartar los ojos de esas dos señoras, tenga que ver con el ánfora o no. Hay algo en ellas que las cubre; una luz, un fuego, un secreto por revelar.

—Le arruinaste la vida a Milagros —le reprocha Ana.

La recién llegada estira su porte orgullosa.

—A Mila —dice con cierto retintín— le regalé lo único que necesitaba.

—¿El ánfora? —pregunta Laura.

—¡No! —responden las mujeres a la vez.

—Felicidad —dice la mujer de la melena rosa.

A Ana se le escapa una risa nerviosa.

—Felicidad, dice… Esta de aquí —Ana la señala con desdén— es Pilarín.

—Pilar, si no te importa —La mujer extiende la manos y se presenta a las chicas—. Las del museo, imagino.

Cuando Irene le toca la mano la nota suave, delicada, pero a la vez firme y segura.

—Pilarín no es de Bermejo —dice Ana mientras se acerca de nuevo a la mesa, como si eso invalidara cualquier cosa que pudiera decir la mujer—. Es una forastera de esas que vienen de la ciudad a revolucionar a las crías.

—Ya no éramos tan crías.

Las dos mujeres pelean por estar frente a Irene y Laura, y se empujan para ganarse su

ángulo de visión.

—Y claro, volvió loca a Milagros —continua Ana.

—¡No la volví loca! Nos enamoramos, eso es todo. Deja de hacer un drama. Lo que pasa es que tú tienes celos.

—¡Celos! —grita Ana con una mano en el pecho. Ríe irónicamente, luego titubea, le tiembla el labio, se le agita el corazón con cada recuerdo—. ¡Todo fue culpa de eso!

El dedo nudoso de Ana señala la bolsa de plástico que Laura todavía acuna. La conservadora se da cuenta de lo absurda de su posición y coge la bolsa del asa.

—Ese jarrón vuelve locas a las mujeres —sentencia Ana.

—Ogh, tú y tus supersticiones católicas —rebate Pilar.

—A ver, a ver —Irene intenta poner cordura. Ahora no sólo tiene que custodiar el ánfora, estar alerta por la torpeza de Laura y descubrir sus orígenes sino que tiene que mediar en el telefilm de tarde en el que se ha convertido su viaje a Villanueva de Bermejo—. ¿Por qué no nos sentamos tranquilamente y nos contáis la historia del ánfora? Sólo queremos saber eso. El resto… —Irene señala a las dos mujeres de manera alterna—, no nos interesa.

—A mí sí —protesta Laura.

Irene le da un tercer codazo más fuerte, más evidente, y el golpe hace tropezar a Laura con una silla. Sus pies están incontrolados, su cuerpo parece un trapo, la bolsa vuela por los aires. El ánfora ha salido despedida y las cuatro mujeres no saben a qué atender: si a la caída de Laura, al vuelo lento pero atrayente de la bolsa de plástico o al declive del ánfora hacia el suelo.

Si fuera capaz de hacerlo, el algoritmo encerrado en la aplicación del móvil estaría volviéndose loco sumando y restando cifras con cada centímetro que el ánfora recorre hacia la fría y dura baldosa de la cafetería.

La vasija se ha quedado congelada a escasos milímetros del suelo. El algoritmo se ha detenido. Las cuatro mujeres pueden ver el ánfora ahí, suspendida en el aire, como un espíritu. Tan cegadas están que no ven las manos que la sujetan.

—Deberíais tener más cuidado. No quiero encontrarme pedazos de este jarrón durante días cuando barra el suelo —dice el camarero.

El aire empieza a fluir de nuevo en los pulmones de las mujeres.

—No es un jarrón —protesta Laura desde el suelo.

EL murmullo de la gente en el pasillo del tanatorio, entrando y saliendo de las salas, apacigua la tensión. En el centro de la mesa de la cafetería, el ánfora parcialmente envuelta en la bolsa de plástico. Alrededor de ella, con cafés y tilas dependiendo del humor de la consumidora, Ana, Pilar, Irene y Laura como un juego de espejos a través del tiempo.

—No es necesario que te quedes si no quieres, Ana —dice Laura—. Puedes volver al velatorio y que Pilar nos cuente cosas.

—Ah, no —Ana no disimula la suspicacia que le inspira su antigua amiga—. Me quiero asegurar de que esta no os cuenta alguna milonga.

—Milongas las que te cuelgan —le responde Pilar.

Los ojos de Ana se encienden de furia.

—Haya paz —dice Irene y suspira. No tiene poco con lidiar con el retorno de Laura que ahora tiene a dos mujeres más comportándose como niñas de colegio—. Volvamos a la pregunta de partida: ¿Cómo consiguió Rosario el ánfora de Safo?

Las mujeres miran a la pieza de cerámica como si invocaran una respuesta. Un funeral dentro de un funeral. Laura abre su cuaderno y espera paciente a que Pilar responda la pregunta.

—La robó —se adelanta Ana.

—Quien roba a un ladrón… —justifica Pilar.

—¿Robar? ¿Ladrones? Pero… ¿Queréis empezar ya con la historia?

—¿La larga o la corta?

—¡La corta! —responden Irene y Laura a la vez, cansadas de estirar su paciencia.

Pilar mira a Ana que hace esfuerzos por no devolverle el gesto. Suspira y entrelaza sus dedos sobre la mesa.

—Rosario huyó de Bermejo, el pueblo antiguo, bajo acusaciones de asesinato —Mira a las chicas con gravedad. Habla con calma, como si sus palabras descansaran en un lecho lleno de razones—. Se casó con un energúmeno obligada por su padre. Cosas de tierras, ya sabéis. Rosario se negaba a darle un hijo. Cada vez que el hombre intentaba cubrirla, Rosario se resistía.

—¿Cubrirla? No era una vaca —protesta Ana.

—¿Quién está contando la historia: tú o yo?

Envalentonada, Ana se inclina sobre la mesa.

—Cada mañana que Rosario amanecía con un moratón, era por una noche de pesadillas. Eso decía mi madre. Yo no había nacido en aquella época.

—¿De qué año estamos hablando?

—Los años 20.

—Sí, Rosario huiría del pueblo en el 22 o 23 —añade Pilar—. Ella nació a finales del siglo XIX, así que tendría 24 o 25 años años.

—¿Y cómo huyó? ¿A dónde?

—Se dice que entró en el bosque, y desapareció —narra Ana—. Los perros de la Guardia Civil siguieron su rastro pero en cuanto entraron a la arboleda lo perdieron.

—Se recorrió toda Europa. París, Amsterdam, Berlín.

—¿Vivió el Berlín de los años 20? —pregunta Laura entusiasmada.

—¡Sí! —Ana le acompaña en su entusiasmo—. Cuando vi “Cabaret” por primera vez, me imaginé que Rosario era el personaje de Liza Minnelli.

—¡Yo también! —exclama Pilar, y es la primera vez que las dos mujeres se miran con algo de complicidad.

—¿Y es allí donde roba el ánfora?

—Oh, no, no. Allí conoce a Kate —relata Ana. Luego se inclina más para susurrar—: Kate fue su amante.

Irene y Laura abren los ojos. Pilar se ríe de ellas y les dice que a ver si se piensan que las lesbianas son un invento de los 2000.

—A Kate le gustó Rosario en cuanto la vio —dice Pilar—. Tened en cuenta que Rosario era una mujer atractiva, aventurera, valiente. Y sobre todo, libre, salvaje. Llevaba pantalones. Eso era toda una declaración de intenciones. Y más en determinados clubs de Berlín, no sé si me explico.

—Que se acostaba habitualmente con mujeres —responde Ana sin dejar que las chicas echen a volar su imaginación.

Sin embargo, Irene no puede evitar trasladarse a la época, imaginarse siendo seducida por una mujer como Rosario, fumando en boquilla larga y con una pluma en el pelo. Laura, por su parte, está perdida en las aventuras de la joven bermejana desde que se mencionara el robo.

—¿Quién era Kate?

—¿Cómo se apellidaba? —Pilar apela a la memoria de Ana, que sí había oído el relato de Rosario de sus mismos labios.

—Katherine May Townshend —responde Ana—. Hija de sir Edward Townshend, el hijo díscolo de un duque al que regaban de dinero para buscar, localizar y llevar a Inglaterra tesoros de la Antigua Grecia, de Egipto o de cualquier civilización extranjera que estuviera de moda.

—¡Qué historia de amor más divina! —suspira Pilar.

—¿Amor? —se pregunta Ana—. ¡Locura, más bien!

—¿Acaso no son lo mismo?

—No debería.

—Si no has amado con locura —le dice Pilar a Ana con la mirada clavada en sus pupilas—, es que nunca has amado.

—Yo sí he amado con locura —se defiende Ana.

—Lo sé —responde Pilar, y las dos mujeres callan. Y en ese silencio hay una historia más que no cuentan.

Ana mira al ánfora con rabia.

—Es este jarrón de mierda —dice con desdén—. Vuelve locas a las mujeres.

Irene y Laura se miran entre sí. Están perdidas.

—Lo que Ana quiere decir…

Ana le pone la mano en el brazo a Pilar y aprieta con fuerza.

—Seguimos con la historia de Rosario. Se fue con Kate a Inglaterra, a su padre le cayó en gracia y se la llevó a su siguiente expedición —Ana enmudece. Es como si no pudiera nombrar lo innombrable.

—Lesbos —completa Pilar paladeando cada letra—. ¿Os suena el nombre?

—¡Por supuesto!

Como si el mundo no dejara tranquilas a las mujeres que aman a otras mujeres, la cafetería empieza a llenarse de gente. El murmullo se hace estruendo. El ánfora atrae miradas ajenas. Laura cubre la pieza con la bolsa y la guarda entre sus pies. Intentan hablar, seguir con la historia, pero es difícil hacerlo con la discreción que requiere.

—Así es imposible —Pilar se levanta y recoge su bolso—. Voy a ver a Milagros.

Ana la sigue casi por inercia.

Irene se gira hacia Laura. Quedan cara a cara.

—Robada. ¿Qué opinas?

—Los ingleses han sido de saquear templos y santuarios. Podría ser —responde Laura—. No sé. Todo lo que sabemos de Safo es cercano a la leyenda. Fue borrada casi sistemáticamente de la historia. En un diccionario de mujeres lesbianas que hicieron dos activistas dedicaron una página entera a Safo. La página estaba en blanco. Una especie de llamada de atención ante el desconocimiento de nuestra historia. ¿Robada por una aldeana española a un lord inglés? Me suena raro.

—Entonces… ¿Es falsa?

—Eso es lo extraño: La pieza es auténtica. De eso estoy segura —Laura se rasca la barbilla. Sus ojos se mueven por toda la estancia. Siente la mirada de Irene clavada en ella. Necesita que le de una respuesta, una seguridad—. Tenemos que seguir indagando.

Toman la decisión de volver a la habitación donde está el cuerpo inerte de Milagros, separarse e ir preguntando a las personas que han ido a cumplir. Irene empieza por los grupos de un lado de la sala y Laura por el otro. La agente de seguros pregunta a la gente de Villanueva de Bermejo, que está encantada de que alguien la escuche contando batallitas de antaño. De vez en cuando mira a Laura que atiende concentrada a las personas mayores. Observa cómo frunce el ceño, cómo inclina la oreja, cómo anima a la gente a seguir hablando con preguntas y caricias en

el brazo. Con la otra mano, agarra con fuerza el ánfora, como si ella también hubiera olvidado el valor incalculable de la pieza y lo que contuviera la bolsa fuera, efectivamente, pan del día.

Irene también se fija en Pilar. Está inclinada en el cristal de la pecera en la que se guarda la caja fúnebre ya cerrada. Frente a ella, Ana la mira a veces con desdén, otras veces con curiosidad. La mira de abajo a arriba, juzgando el atuendo de Pilar, su pelo, su figura. El rostro de Ana se va dulcificando. Irene puede intuir el deseo en sus ojos.

Cerca de la hora de comer, cuando la sala se va quedando vacía, las chicas se juntan para consolidar todas las historias que han ido recopilando.

—¿Tienes algo? —pregunta Irene. Agarra a Laura del brazo y la lleva a un lado para que no las oigan, pese a que casi no hay nadie.

—La gente no sabe contar historias —se queja—. Saltan de un tiempo a otro, de una persona a otra, dan por hecho que sabes de quiénes hablan, a veces hasta omiten el sujeto. No sé si Ana estuvo liada con Pilar o con Milagros. ¿O Milagros con Pilar? El caso es que hubo un romance entre las tres mujeres. Y todo lo achacan a las historietas que les contaba la tía Rosario, que les llenaban la cabeza de fantasías. Y al ánfora.

—¿Rosario? ¿Al ánfora? —pregunta Irene cuyos relatos que ha ido recolectando van en la misma línea.

Se sientan en unos bancos que hay en el largo pasillo del tanatorio.

—Sí, la mujer volvió al pueblo y se trajo el ánfora. Dicen que está maldita, que vuelve locas a las mujeres.

—¿Locas en qué sentido?

Laura ladea la cabeza y mira a Irene con una sonrisa cómplice.

—Hace que se enamoren entre ellas.

—Supersticiones de gente de pueblo —dice Irene. Y ante la mirada censora de Laura, rectifica—: Ya me entiendes. Al final no sabes si cuentan la verdad o un relato mezclado con imaginación y chismorreos. Mira, como Safo —añade.

—¿Cómo?

—La vida de Safo —Irene titubea. Trata de recordar lo que le dijo Carmen; quiere demostrarle a Laura que ella también sabe de lo que habla—. La figura de Safo nos ha llegado distorsionada entre el mito y la realidad. Por no hablar de que ha pasado por el filtro de varias generaciones de hombres que escribían sobre la mujer lesbiana entre fascinados y aterrados.

Laura parpadea un par de veces. Es la segunda vez que Irene le demuestra su conocimiento sobre Safo. Desde luego, está impresionada, pero sabe de sobras que su ex ha tenido que toparse con esa información de alguna manera. El día anterior apenas sabía quién era Safo y ahora resulta ser una experta de su figura.

—¿Quién te ha dicho todo eso?

—Nadie —Irene titubea de nuevo.

—Irene… —le reprende Laura.

La agente de seguros sabe que es inútil escapar a la mirada escrutadora de Laura que todo lo ve, que todo lo capta. Además, no tiene nada que esconder.

—Anoche, cuando bajé al bar a comer algo, conocí a una mujer y resultó que conocía a Safo. Debería presentártela.

La estupefacción se ha anclado en el rostro de Laura. Tiene el labio ligeramente caído y mira tan fijamente a Irene que parece que la va a traspasar.

—¿Le has dicho a una extraña porqué estás en Villanueva de Bermejo?

—Bueno, ella también me lo contó. Surgió así. Deberías saber cómo se interactúa como una

persona adulta.

Laura se levanta de un salto.

—¿Y no te ha empezado a sonar la aplicación esa de tu móvil porque el precio del seguro ha subido con esa nueva interacción? —dice con retintín.

—¿Y por qué iba a subir el precio? —pregunta Irene indignada.

—Porque ahora una extraña sabe que en este pueblo hay una pieza de arte de un valor a estas alturas ya incalculable.

—¡No es ninguna ladrona! Es comercial de una empresa de maquinaria agrícola.

—¿Comercial de…? —Laura no puede terminar la frase—. Una ladrona te iba a decir a la cara que ha venido a por el ánfora de Safo. ¡Irene, por favor, no seas ingenua!

Ahora es Irene la que salta como un muelle.

—Tú me has tomado por estúpida.

—Pues mira, hasta ahora no pensaba que lo fueras, pero esto no me ha dejado ninguna duda. De verdad, Irene, no te reconozco.

Irene baja la cabeza dolida.

—Tú sin embargo no has cambiado nada —dice antes de marcharse.

Capítulo 4

MILAGROS Sanabria había sido una mujer vital, llena de energía y ganas de hacer cosas. Había fundado la Casa de la Mujer de Villanueva de Bermejo, había promocionado actividades y excursiones para las mujeres y había impulsado el mercadillo solidario del padre Samuel —que resultó ser un fraude ya que el padre Samuel ni era cura, ni llevaba ninguna misión, ni tenía ninguna intención de devolver el dinero que se había gastado en viajes al Caribe—. Su pelo rojo la hacía visible desde cualquier punto, ya estuviera en la plaza del pueblo comprando verduras o en la calle de una gran ciudad siguiendo a la guía (y sus amigas, siguiéndola a ella) para no perderse ningún detalle.

Estas anécdotas y alguna más las han escuchado Irene y Laura durante sus interrogatorios en el velatorio hasta componerse un puzle de la mujer. Sin embargo, en el medio, todavía queda una pieza por montar. El otro puzle, el de Rosario, todavía tiene piezas desperdigadas, algunas que encajan casi a la fuerza y mucho huecos en blanco.

¿Por qué Milagros ha querido donar la pieza al museo de Laura? ¿De dónde procede? ¿De dónde la robó Rosario? Nadie sabe (o quiere) responderle. Reciben evasivas, pretextos o disculpas por no poder ayudarlas. Y las únicas que las pueden ayudar, Pilar y Ana, están enfrascadas en una competición de ver quién es la más doliente, con un espectador de lujo en primera fila: el viudo.

Laura se aproxima a Irene. Le lleva una galletita para firmar la paz. Irene, que está sentada, cansada y rendida en una silla, la recibe sin mucho entusiasmo. La conservadora se sienta junto a ella.

—A nadie le parece extraño que hubiera una pieza de este valor en el pueblo —dice Laura —. Es como si les pareciera lo más natural. Y tampoco cuestionan o se preguntan el por qué de la donación —reflexiona.

—Quizá porque siempre creyeron que el ánfora no pertenecía a este lugar —reflexiona Irene. Su lengua repasa los recovecos de sus muelas para limpiarlas de restos de galleta.

—Quizá porque no saben la historia del ánfora.

—Quizá sí la sepan, pero no les importe mucho. Al fin y al cabo, son mujeres que vivieron hace mucho tiempo, muy lejos de aquí.

Una nubecita gris se asienta sobre la cabeza de Laura.

—Es importante… —dice en un susurro.

—Siento decirte esto, Laura, pero no lo es para ellos.

Irene, que ya no sabe cómo estar en aquella sala, se levanta de nuevo. Mira el reloj. El tiempo pasa lento, se escurre viscoso por las paredes.

—¿Comemos algo? La incineración está programada para las cuatro.

Se sientan de nuevo en la mesa de la cafetería. Toni les trae el menú. Mientras lo ojea, Laura sigue reflexionando, pero no abre la boca. No quiere resultar pesada a Irene, que se canse de ella. Al fin y al cabo, a su ex sólo le interesa traer de vuelta el ánfora.

—¿Y si…? —comienza Irene. Mira a Laura. Tiene el ceño fruncido y sus ojos pasan por encima de la carta—. ¿Y si no es que quisiera donarla a tu museo sino que quería donártela a ti?

Laura levanta la cebeza.

—¿A mí? Pero si no la conocía.

—No, pero quizá ella a ti sí.

Se miran y en esa mirada pasan muchas cosas. Laura salió en varios medios entrevistada por su tesis doctoral sobre la historia del lesbianismo a través del arte. Así la conoció Irene. La vio por la tele y, como muchas mujeres lesbianas, se enamoró de ella, de su desparpajo, de su valentía, de su mordacidad para denunciar la invisibilidad de las mujeres sáficas a lo largo del arte.

Esa fue la primera cosa que pasó en esa mirada.

La segunda cosa es el recuerdo común de los primeros meses: la mudanza, la convivencia, las tardes de paseo por el campo y las noches de sexo en la cama, en el sofá, en la cocina.

Los carrillos de Irene se tornan rosados rememorando aquellos orgasmos. Aún le cuesta eliminar de su mente la imagen del rostro de Laura entre sus muslos. Mueve el culo en el asiento y nota la humedad en sus bragas.

La tercera y última cosa que pasa en esa mirada es el recuerdo de la última discusión. Laura tuvo que estropearlo todo poniendo sobre la mesa, sobre la misma mesa en la que le había comido el coño, la idea de tener un hijo juntas.

Laura carraspea y los recuerdos se marchan raspándole la garganta.

—Puede ser —concede—. Puede que a Milagros le interesara lo lésbico. Parece que ser que hasta tuvo una aventura sáfica.

—O dos —apunta Irene con media sonrisa.

—Así que, según tú, ¿me vio por la tele y me puso en su herencia porque quería que lo custodiara yo, la única conservadora de arte lesbiana que conocía?

—Cosas más raras hemos visto, Lau. ¿Te acuerdas de la vez que el cielo se puso morado justo antes de una tormenta, o cuando encontraron una carta de amor en una botella flotando en la piscina del pueblo? O aquella vez que un perro apareció en la puerta de casa con una cartera llena de dinero —Los ojos de Irene se iluminan, chispean. No se ha dado cuenta de que ha hablado anclada en un pasado que sigue tratando de presente al referirse a casa o al pueblo.

Laura también se emociona al ver a Irene. Si hay brillo en los ojos, todavía hay esperanza.

—O cuando le pediste a una coja ser la madre de tus hijos —Irene cercena cualquier conato de ilusión.

—Joder, Irene, qué insensible eres. A mí no me parecía una locura.

Las dos miran al ánfora por no mirarse entre ellas. La pieza descansa como un comensal más en una de las sillas. Laura coge la bolsa y se la coloca entre los pies para poder comer tranquilas.

—¿Y no te pareció una locura acostarte con una desconocida anoche?

Las mejillas y el cuello de Irene se tornan rojos.

—Es igual, no hace falta que digas nada. Ya somos mayorcitas—Laura deja los cubiertos en el plato y se limpia con la servilleta—. Me alegro por ti, de verdad. Sé lo difícil que te resulta desnudarte frente a una persona.

Irene sigue con la mirada clavada en el plato.

—Fui una estúpida. Mil perdones —se disculpa, pero quiere dejar claro que sus disculpas son por haberse ido de la lengua y no por acostarse con una desconocida—. Me dieron un extraño brebaje en el bar y mi lengua fue por libre.

El doble sentido, tan espontáneo como sugestivo, hace que Laura haga una mueca. Quiere reír, pero no que la vea Irene.

—Quiero decir… —tartamudea Irene cuando cae en la cuenta.

—¿Se podría decir que viviste una aventura?

Irene pone los ojos en blanco.

—Da igual. No la voy a volver a ver en la vida, así que.

—Bueno, nunca se sabe dónde puedes encontrar de nuevo el amor —Laura se lleva un bocado del sándwich que ha pedido a la boca, y evita mirar directamente a Irene. En el fondo está dolida. Y sorprendida por el hecho de que le duela más que pasara la noche fuera con una extraña que el hecho de que le confesara su misión en Villanueva.

Cuando descubrió que Irene iba a ser su acompañante en el viaje, no pudo evitar ponerse a fantasear sobre una posible reconciliación. Pero está claro que Irene ya ha pasado página.

A la agente de seguros se le cae el tenedor y los hombros.

—Oh, dios, estoy cansada. Sólo quiero que esto termine pronto e irme a casa.

Laura asiente. Definitivamente, no es que Irene ha pasado página, es que ya está en otro libro.

LA sala ya está vacía cuando ellas vuelven. Sólo Eulalio, Ana y Pilar permanecen para darle un último adiós a Milagros. El viudo les traslada a Irene y Laura cómo le han dicho que van a proceder.

—En unos minutos nos avisarán y tendremos que ir al crematorio. Allí tengo que reconocer el cadáver antes de que lo introduzcan en el horno —se le rompe la voz antes de terminar la frase —. Me han preguntado si necesitaba una urna y les he dicho que no, que traemos la nuestra.

Todas las miradas van hacia la bolsa del pan y Laura la levanta. Por un momento se siente como si fuera una azafata de concurso.

—Si no tardan mucho, podremos esparcir las cenizas antes de que caiga el sol —dice Ana.

Pilar mira el reloj. Su tiempo en Villanueva lo marca la incineración, como el de las chicas.

—¿Y si tardan? —pregunta Irene.

Los cinco se miran buscando una respuesta.

—Supongo que nos tendremos que llevar el ánfora con las cenizas a casa y hacerlo mañana —responde Pilar. Se ahorra solicitar a ese público tan reacio a su presencia un sitio para dormir. Ya cruzará ese puente.

Ana la mira. Se conocen. Le ha leído la mente y le gira la cara para negarle su acogida.

—Esperemos que no —dice—. Todos estamos deseando que esto termine.

La espera es tensa. Están en el pasillo, cada una en una punta. Eulalio juega con las puntas de sus pies. Levanta los dedos y ve los bultos bailar dentro de sus alpargatas. Un agujero amenaza con abrirse en el dedo gordo del pie derecho. Está cansado. Vestido en grises y negros ha envejecido una década. Irene lo observa y se le hace difícil reconocer al hombre jovial y amable que ha conocido hace casi un siglo, o lo que es lo mismo, esa misma mañana. El cuerpo le pesa, el muñón palpita. Está sentada en una silla de plástico y se rasca disimuladamente la parte en la que la pierna ortopédica se une con su muslo. Nota clavada en su oreja la mirada de Pilar, la mujer misteriosa venida de la ciudad. Para Pilar esto es un paréntesis en su vida, como lo fue su estancia en Villanueva. Lo que cambia es el sentimiento: el primer paréntesis fue luminoso y apasionado, y este segundo está siendo doloroso y oscuro. Se fija en Ana. Ana la austera, la beata. Rígida como un palo, castigándose a sí misma a no descansar ni un minuto, de pie junto a una columna, tan recta como ella. Hubo un tiempo en el que pudo salir de su cárcel mental, recuerda Pilar, y no lo hizo. El resentimiento contra los que sí lo hicieron alimenta su bilis. Y con la bilis en los ojos Ana mira a Laura a la que conoce por la tele, por la obsesión que Milagros tuvo con ella. Y su obsesión es mutua. Laura rumia las mil preguntas que nunca puede cerrar. Entre sus pies tiene la bolsa con el ánfora y vuelve a ser niña. Se acuerda de cuando en la bolsa llevaba su balón de fútbol y volvía a casa dándole patadas después de jugar en el parque

con los chicos.

—Entonces… —dice Laura por fin—. ¿Alguien me va a explicar cómo llegó este ánfora de Safo aquí?

—Te la he dado esta mañana, ¿recuerdas? —responde Eulalio.

—Se refiere a cómo ha llegado a Villanueva —le increpa Ana, que, 60 años después sigue sin saber qué vio Milagros en aquel hombre gris.

—Ya te lo hemos contado: se la dio su tía Rosario —dice Pilar, que se acerca unos pasos al viudo. Ella tampoco entiende qué vio Milagros en él, pero quiere darle calor para combatir la frialdad de Ana.

—Dijiste que lo trajo Rosario, que ella lo había robado de una excavación en Lesbos, ¿pero es así o sólo era lo que contaba?

—A saber. Rosario era una mujer perdida —suelta Ana.

—Era una mujer perdida a ojos de Ana —aclara Pilar—. Pero en realidad, era una mujer libre, ¿sabes lo que es eso?

—¿Una mujer descarriada rompe parejas? —Ana se levanta para estar a la altura de Pilar.

—Yo no rompí ninguna pareja —se defiende Pilar que avanza hasta ponerse delante de Ana.

—Pregúntaselo a Eulalio.

—A mí dejadme en paz —susurra el hombre.

—¿Acaso tú no malmetiste en el noviazgo de ellos dos? —pregunta Pilar a Ana.

—¿Yo?

—Sí, tú. La envenenabas, le decías que el de Eulalio no era amor suficiente para ella.

Ana chasca la lengua indignada.

—Que os calléis… —insiste Eulalio.

Irene y Laura observan en silencio.

—No fui yo la que embaucó a la pobre Milagros para llevársela al huerto —Ana se ha puesto de puntillas. Pilar le saca unos centímetros y no piensa achantarse—. Oh, no, perdona, al granero de su tío.

Cualquiera diría que son dos octogenarias por cómo se comportan.

—Éramos unas crías —responde Pilar con una voz que no es la suya, sino la de una niña a la que le están acusando de un pecado imperdonable.

—No erais tan crías. Rosario os había comido la cabeza con sus historias de… lesbianas —escupe Ana.

—¿Acaso tenías celos?

El labio de Ana tiembla y un destello metálico asoma en su pupila. Las dos están fuera de sí, como entregadas a un delirio que las aisla de la materialidad que las rodea. La energía ha envuelto también a las forasteras. Laura se levanta y se sienta junto a Irene, como si quisiera protegerla del peligro. Está claro que hay dos chispas y una rama seca, y eso, en cualquier momento, puede ponerse a arder.

—¡He dicho que os calléis de una puta vez! —el grito de Eulalio recorre el pasillo y hace que el más mínimo murmullo enmudezca.

Las cuatro mujeres lo miran asustadas y un poco avergonzadas por el escándalo. De manera instintiva, Laura se ha aferrado al ánfora.

—*Se ruega a los familiares de Milagros Sanabria acudan al crematorio. Por favor, los familiares de Milagros Sanabria acudan al crematorio* —dice la voz enlatada de megafonía.

Eulalio abandona el grupo con los ojos arrasados en lágrimas. El grito ha hecho que Pilar y

Ana vuelvan a sus cuerpos tras el episodio de delirio que han vivido.

Siguen a Eulalio en silencio, pero sobre el ánfora sobrevuela una chispa metálica que ha saltado del plano del delirio al real, y amenaza con hacerse tangible y hacer volar todo por los aires.

SÓLO el llanto apacigua la tensión. Aunque sea para instalar un nuevo tipo de angustia: la de ver a través de una ventana la caja con un cuerpo hasta hace unos días lleno de vida desplazarse lentamente por una cinta transportadora para introducirse en un horno.

Tanto Laura como Irene se arrepienten de haber entrado con ellos, pero están grapadas al ánfora y no han podido despegarse de ese momento tan íntimo como tétrico.

Ana desvía la mirada al abrirse la trampilla que se va a tragar el féretro. Pilar alarga el brazo y posa una mano en su hombro. Ella tiene todo el agua de su llanto en la garganta y le hace palpitar las venas del cuello, como una presa a punto de reventar. En cuanto nota el contacto de la mano en su cuerpo, Ana se lanza a los brazos de Pilar. Entre sollozo y sollozo aspira el aroma profundo y dulce de vieja amiga. Eulalio sigue con la mirada clavada en la ventana y piensa que un día no muy lejano él estará dentro de esa caja.

Están unos minutos ahí, esperando a que la trampilla vuelva a cerrarse. Y entonces, el silencio. Se miran unos a otros con una extraña sensación compartida de vergüenza y miedo. Ana sigue unida a Pilar. Tarda unos segundos en darse cuenta y, entonces, se despega de ella con una breve sonrisa retraída.

Salen del crematorio. Sus pasos hacen eco. Eulalio entra por una puerta y a los pocos minutos vuelve a salir con un saquito de plástico en la mano.

—Aquí están —dice.

Se las da a Laura para que las meta en el ánfora. Con cierto repelús, la conservadora mete la bolsa cerrada en su interior.

—Dice Cosme que imposible —informa Ana, que vuelve de un aparte al que se ha ido porque la llamaban—. Ha dado una vuelta con la barca y no ve nada con esta niebla. Lo de las ce

Eulalio comprueba que tiene una perdida del barquero en su móvil. Su rostro ha adquirido el tono gris de las cenizas que sostiene en su mano como si fuera un pez que ha ganado en una tómbola.

—Lo siento, chicas —dice Eulalio—. Tendréis que pasar una noche más en Villanueva de Bermejo. ¿Tenéis dónde dormir? —pregunta.

—Sí, no creo que tengamos problemas en el hotel —responde Irene.

Ana se acerca a Pilar.

—Imagino que tú te quedas donde tu tío.

—Sí —responde la mujer—. Limpiaré un poco la casa, encenderé la chimenea, y sacaré un par de mantas gruesas para dormir en el sofá —La resignación de Pilar es exagerada, como si estuviera actuando.

—¿En el sofá? ¡De eso nada! Tú te vienes a mi casa —dice Ana a la que parece que una excusa mucho menos elaborada le hubiera bastado para ofrecerle una cama a Pilar.

La mujer del cabello rosa va a rechazar la oferta cuando se da cuenta de que ya es demasiado vieja para fingir, para esconderse o para hacer como que no se muere de ganas de dormir con Ana, así que acepta su oferta con una sonrisa de las que no le caben en la cara.

—Venga, vamos al coche —Ana la coge del brazo, e Irene y Laura las miran cómo se alejan, se apoyan la una en la otra.

—Otra noche con sexo lésbico bajo el cielo de Villanueva de Bermejo —susurra Laura al

oído de su ex.

Irene tarda un rato en procesar el comentario.

—Muy graciosa.

Cuando estaban juntas, se vacilaban constantemente. Era una manera de expresar su amor. Se reían, se esforzaban por ser originales, por rizar el rizo para devolver la vacilada a la otra, en una especie de pelea por la corona. Sin embargo, cuando peleaban de verdad, se mordían la lengua porque ya no sabían cómo expresar sus sentimientos sin herir a la otra.

Encerradas en su mundo, no escuchan los pasos que vienen por detrás. La bolsa del pan pende con desidia de los dedos de Laura. Un leve tirón y podrían arrebatársela porque la conservadora del museo está a otras cosas, y no percibe el peligro. Sólo cuando notan una mano en su hombro, las chicas toman conciencia de dónde están. Gritan y pegan un brinco del susto.

—Os llevo al pueblo —dice Eulalio—. Pero antes, quiero daros una cosa. Acabo de recordar…

El trayecto de vuelta al pueblo lo hacen en silencio. Como ya es costumbre, Irene va de copiloto y Laura atrás, trasladando al papel la inscripción que hay en la base del ánfora. Dentro de la furgoneta, el traqueteo se hace un rumor. Eulalio conduce despacio. Mitad por cansancio, mitad por precaución. Apenas hay visibilidad.

—Una vez atropellamos a un corzo —dice Eulalio rompiendo el silencio—. Fue como ahora, saliendo del pueblo viejo. Milagros y yo íbamos al pueblo de al lado, que tenía cine. Le encantaba el cine. Las películas, las historias de amor, las actrices… Tendríamos 20 o 21 años porque hasta que mi padre no falleció no pude coger su coche. Era un hombre severo —dice amargamente—. Rosario ya había vuelto de sus aventurillas.

Laura levanta la vista al oír el nombre de la misteriosa dueña original del ánfora y sus ojos coinciden con los de Eulalio en el retrovisor interior.

—He recordado que, junto con el ánfora, Rosario le dio a Milagros un diario —En el espejo, Eulalio ve los ojos abiertos de Laura—. Recuerdo haberlo visto alguna vez. Creo que hay información que te puede servir.

—Seguro que sí —dice con entusiasmo.

Irene se gira hacia Laura y sonríe con cierto orgullo.

—Al final, nos va a dar pena irnos de Villanueva de Bermejo —dice.

—Nah —responde Eulalio, que parece que en lugar de llevar el atuendo de luto, se ha vuelto a poner la camisa floreada.

ANTES de entrar a casa, han convenido con el viudo entrar al bar del pueblo para comprar algo de comer. Aunque Laura podría estar de ayuno unas horas más con tal de poder tener en sus manos el diario de Rosario, consiente el breve desvío.

Al entrar al bar, los lugareños miran el peculiar trío. Irene comprueba que son los mismos hombres que estaban la noche anterior cuando conoció a su amante ocasional. Los parroquianos también la han reconocido a ella y la hacen sentir sucia con sus miradas. Una mujer en un bar un día, tiene un pase. Dos días ya…

—Joder, Eulalio —dice uno—. Siempre tan bien rodeado de mujeres.

El viudo no se da por aludido y coge de la barra la bolsa de plástico con los tres bocadillos que ha pedido. Laura mira esa bolsa y luego mira la que contiene el ánfora, y entiende que el origen es el mismo. Donde hubo un bocadillo de panceta y queso, ahora hay una pieza de artesanía griega de origen desconocido. Saca su diario, se acoda en la barra y anota: “Los objetos como soportes de la memoria”. Procesa unos segundos la frase y anota otra: “Los objetos como

soporte de la HISTORIA".

—Sí, pero me parece a mí que estas tampoco son de las que quieran acostarse con él —añade otro cliente al comentario anterior.

Los lugareños se ríen cómplices. Eulalio ignora sus palabras y con un movimiento de cabeza insta a las chicas a salir del bar.

—Es un comentario recurrente. Sabía que me lo iban a decir, y quería que lo escucharais de su boca —dice el viudo—. Creo que es parte de la historia.

Al decir esto, Eulalio señala el cuaderno de notas de Laura.

Ya en su casa, con los bocadillos desplegados sobre la mesa y unos vasos de agua para pasar el trago, Eulalio les cuenta el triángulo amoroso que hubo entre Milagros, Ana y Pilar.

—¡Lo sabía! —exclama Irene.

El olor de su hogar, la temperatura suave de la chimenea, la luz de la propia lumbre y de una lámpara de pie invitan al hombre a contar lo que no ha contado hasta ahora.

—Pilar llegó un verano a Bermejo, el pueblo antiguo. Las chicas tendría 17 o 18 años porque yo ya estaba saliendo con Milagros. Pilar vino con sus aires de grandeza, con su ropa bonita y su pelo largo y suelto y las impresionó. Siempre ha sido muy coqueta. Ya la habéis visto. La cosa es que Milagros y Ana se volvieron tontas. No cagaban con ella. Yo… Imagino que tenía celos, pero no celos de amor. Eso ni se me pasaba por la cabeza. Si no porque yo quería pasar tiempo con Milagros y ella lo quería pasar con sus amigas. Esta historia os la contarían mejor ellas.

—Nos la iban a contar antes, pero se pusieron a discutir en mitad del relato y no pudieron.

—Seguro que fue Ana la que ha frenado a Pilar. Y luego mira, es ella la que se las lleva al huerto siempre.

—¿Ana?

—Sí, Ana, la gruñona, la recta, la de misa diaria —Eulalio no puede evitar reírse cuando lo dice—. En realidad es muy buena persona. Y Rosario tiene un papel estelar en la historia. Como en las películas que le gustaban a mi Milagros, su tía era el personaje femenino enigmático y malvado que viene a corromper al protagonista. Sólo que no era malvada. Y me parece a mí que a estas poco les hacía falta para corromperse —Eulalio ríe de nuevo. Su rostro ha rejuvenecido al recordar todo aquello—. Ellos dicen que soy un cornudo, pero en verdad yo creo que he sido testigo excepcional de una bonita historia de amor que aún hoy tiene que encontrar su final.

—La de Ana y Pilar —dice Irene.

—La misma.

—Oye, no quisiera ser descortés —interrumpe Laura que habla con la boca llena de queso —, ¿pero en esta historia tiene algo que ver el ánfora?

—¡Laura! —le regaña Irene.

—¿Qué? No es que no me importe las historietas de amor entre mujeres, pero es que me da la sensación de que nos estamos desviando del tema…

—Entiendo —dice Eulalio—. Ha sido un día largo, ¿verdad? Iré directo al grano. Pilar al principio sólo venía los veranos. Esto, como digo, ocurrió en Bermejo, el pueblo viejo. Milagros y Ana eran amigas de toda la vida, y cuando llegó Pilar, se acabó la amistad. Un día Milagros quiso que Pilar conociera a su tía Rosario. Ana le dijo: "a mí nunca me la has presentado". Y era verdad. Rosario era la mujer rara del pueblo. Ponle el apelativo que quieras: puta, loca, bruja… Un montón de historias se contaban sobre ella. A mí también me daba miedo. Y eso que era guapísima. Pero me daba respeto. ¡No me habían enseñado a tratar con una mujer así! Al final, se fueron las tres a casa de la tía Rosario y Rosario se debió sentir como la tal Safo. Es Safo,

¿verdad? —Eulalio señala la bolsa con el ánfora—. Pues eso, la tía Rosario se sentía como si fuera Safo, con sus alumnas, en su academia. Y cada tarde le contaba las historias de sus aventuras: los teatros de Berlín, los cabarés de París, los clubs de Londres. Milagros me contaba lo que la tía Rosario les contaba. Ellas lo vivían con una mezcla de escándalo y curiosidad. Claro, Rosario tendría… —Eulalio guiña un ojo y saca la lengua—. Unos sesenta años, año arriba, año abajo. Para ellas era una señora muy mayor, aunque no aparentara ser tan mayor como las otras mujeres de sesenta del pueblo. Y ya cuando les enseñó el ánfora y les contó cómo la consiguió, la locura se desató en ellas.

—¿Locura?

—Sí, así definían ellas ese periodo.

Laura saca su cuaderno de notas.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues ya te digo: tendrían 17, 18 años así que finales de los 50. Te puedes imaginar cómo era Bermejo en aquella época: el arcón que me legó mi abuelo está más abierto que la mentalidad de entonces —Eulalio ríe de nuevo. Se levanta despacio, luchando contra sus rodillas, que se quejan por hacerles trabajar. El viudo hace unas bolas con el envoltorio de aluminio y las tira a un cubo de basura. Luego coge la bolsa de plástico y la sacude en el fregadero antes de doblarla y guardarla en un cajón—. Hala, para otro ánfora —bromea. Luego vuelve a la mesa. Apoya los codos y se inclina hacia el diario de Laura, como si fuera una grabadora—. El ánfora está embrujada —dice.

Laura lo mira con incredulidad.

—Ellas pensaban que así era, y si lo creían, para ellas era como si la Tierra girara alrededor del Sol. Así de simple. Se dejaron llevar por esas sensaciones que aparecieron de la nada. Cosas que no se suponía que sintieran entre mujeres. Ahora podríamos decir que estaban manipuladas por la idea de algo nuevo y emocionante. ¿Quién no querría ser una mujer descubriendo su sexualidad en los años 50? Este pueblo, como todos, tenía sus normas, y las mujeres estaban atrapadas en un molde que no siempre encajaba con sus deseos más profundos. Pero la vida es así, llena de giros y cambios, y cada generación deja su marca en la historia —Eulalio da un respingo al oírse decir eso. Sonríe. Sólo Milagros era capaz de escucharle con la paciencia con la que lo estaban haciendo esas chicas, y sólo con paciencia él podía tejer sus pensamientos para poder llegar a sus propias conclusiones.

—Y ellas dejaron marca —afirma Irene.

—Sí, pero la marca fue borrada por el agua. A veces pienso que la decisión de colocar un pantano en el pueblo viejo de Bermejo fue para eliminar la historia de amor que vivieron entre Milagros, Ana y Pilar.

—Lo cuenta tan normal… —dice Laura—. ¿No le dolió que Milagros se enamorara de…? ¿De quién se enamoró Milagros?

—¡Anda! La que quería que fuera al grano —dice Eulalio. Irene le ríe la gracia y luego sonríe a Laura, que baja la cabeza avergonzada—. Por supuesto que me dolía. Cuando Rosario les enseñó el ánfora y les leía su diario, ellas tres escuchaban con devoción. Muchas veces me diría Milagros que para sobrellevar el sopor de las misas de Mosén Paco recordaba las historias de su tía y sonreía por lo bajo. Miraba a Ana que también sonreían y dejaban a Mosén Paco mosqueado con tanta sonrisita mientras hablaba del calvario de Jesús. Habían sustituido a Dios por Safo, y la biblia por el diario de Rosario. ¡Oh! Voy a por él.

Eulalio se levanta y al quejido de sus rodillas se suma la cadera. Irene y Laura se miran imitando esa complicidad que había entre Milagros y Ana.

—No sé si vamos a sacar algo de aquí —susurra Laura.

—Espera un poco. No seas impaciente.

Laura suspira y se rinde en la silla. Varios ruidos se escuchan en la habitación donde ha entrado Eulalio, como si se hubieran caído varios objetos al suelo. Una volada de aire llega a la cocina.

—¿Qué ha sido eso?

A Laura se le eriza el vello de los brazos.

—¡Ayuda! —grita Eulalio.

—Rápido, ve —Irene empuja a Laura, que sale corriendo hacia la estancia.

Al llegar, se encuentra a Eulalio tirado en el suelo, la mesilla de la habitación volcada y decenas de pequeños objetos del cajón por el suelo. Laura advierte un rosario, una cajita de pastillas y un bolígrafo de una caja rural ya extinta.

—¿Está bien? —le pregunta Laura cuando se agacha a ayudarlo.

—Era un ladrón, ¡ha escapado! —Eulalio señala la ventana abierta. Las cortinas todavía vuelan.

Laura se asoma, pero es imposible ver nada. A la niebla se ha sumado la oscuridad de la noche.

—¡Corre! Tiene el diario de Rosario —le apremia el viudo.

Laura salta por la ventana. Lo hace sin pensar, sin un plan, sin un objetivo al que perseguir. Se guía por el sonido de los pasos. Le parece ver una sombra. Sigue corriendo tras el ladrón. El corazón le late con fuerza. La adrenalina reparte la sangre a sus piernas y le vacía el cerebro. Ya puede ver una figura oscura. Si va a la derecha, la luz de una farola le hará más visible. Si gira a la izquierda, se internará en los campos, y se perderá. El ladrón gira a la izquierda. La oscuridad le engulle y de nuevo Laura tiene que tirar de oído para seguirle. Pero ahora, además de escuchar sus propios pasos, también escucha su respiración ahogada. Tiene que dejar de respirar de vez en cuando para escuchar por dónde va el ladrón. De repente, oye un golpe y los pasos cesan. Un quejido de una voz grave. Laura se acerca. La niebla se disipa conforme se acerca a la figura que yace en el suelo. Ha tropezado con un tormo de tierra que Laura sí ha visto por caminar ahora más despacio. La luz de la luna ilumina el rostro del hombre.

—¡Lo sabía! —grita, y se lanza sobre él.

De nuevo, actúa sin pensar. El hombre de la perilla que las ha seguido desde el autobús forcejea con ella. Tiene en sus manos el diario. Laura se lo arrebata, y al girar sobre él nota algo duro en su cadera. Se levanta de un salto. El tipo saca la pistola del cinturón y le apunta directamente a la cara.

Ya tiene la aventura que siempre quiso.

Laura da media vuelta y sale corriendo todo lo rápido que le dejan sus piernas y todo lo segura que le permite el suelo irregular. A veces pisa en blando, otras en duro. De ahí sale con un esguince o con un balazo en el culo. La niebla es su cómplice ahora. El hombre de la perilla le dispara desde el suelo, pero no atina. Laura escucha la explosión del disparo y el silbido de las balas. Sin embargo, todavía corre. Dolorida, pero viva. Se acuerda de las rodillas de Eulalio.

Aunque ha tragado más niebla de la que pueda imaginar, su boca está seca y el pecho le quema. Ha entrado al pueblo, pero está desorientada. No sabe volver a casa del viudo.

Una mano emerge de la niebla y le agarra del brazo.

—¿Estás bien? ¿Eso eran disparos? —pregunta Irene. Su rostro tiene gotas de rocío y sobre ella una farola emite un fulgor etéreo, fantasmal. Laura cree estar ante una aparición de la virgen. La abraza, aspira su aroma, se deja envolver por su calor hasta que el corazón deja de galopar.

Irene la acuna en su pecho y le besa la coronilla.

—Os llevo al hotel. Dejad que vaya a por la furgoneta —dice Eulalio que, a ojos de Laura, también parece una virgen con su aura.

—El ánfora. ¡El ánfora! —le grita Laura con el último resquicio de aire en sus pulmones.

—Está aquí —Irene la pone ante sus ojos.

Laura se sienta en el suelo, agotada. Se guarda el diario en el bolsillo interior de su chaqueta, junto al corazón.

—No pongas esto en la aplicación del seguro, anda.

Irene ríe.

—No pensaba hacerlo.

EL hotel las acoge con la crudeza del clima. Al entrar, no hay nadie en el mostrador de recepción y apenas hay luz en el *hall*.

—Deberíamos llamar a la policía —dice Irene.

Está reventada tras un día con tanto trote para su pierna. Le da la sensación de que todavía le nubla la mente el Espíritu del Pantano, como si no hubiera terminado de pasar la borrachera. Rodea con el brazo la cintura de Laura para usarla de muleta, y la nota temblar del susto. Las dos se sostienen mutuamente, como debería haber sido siempre.

—Solo quiero acabar con esto de una vez —responde Laura.

Su ex saca fuerzas de su flaqueza y aúpa a Laura por la estrecha escalera que sube a las habitaciones.

—¿Ya te has cansado de aventuras? —bromea Irene.

Se sienta en su cama entre quejidos silenciosos. Lleva dos días sin poder cuidarse bien el muñón. Le palpita y le escuece, pero no tiene fuerzas ni para quitarse el pantalón. Si hubiera advertido en la empresa que tenía una pierna ortopédica se habrían pensado dos veces el haberla enviado a un viaje tan aparatoso. Se tumba sobre la cama, con los brazos sobre la cara. Escucha el pis de Laura caer al inodoro, el rollo de papel dar más vueltas de las necesarias, el suspirar de su ex cuando se vacía. Sonidos familiares que casi había olvidado.

Por su parte, Laura aprovecharía el momento para quitarse los pantalones. Le parece tontería subírselos para volver a bajárselos y ponerse el pijama, pero no está en su casa. Y no vive ya con Irene. Exhala y se sube los pantalones. Ver a Irene derrotada sobre la cama también es una imagen familiar para ella. La vida es, por lo menos, un 50% más difícil para ella, como solía decir.

Irene mira al techo. En las hendiduras del gotelé busca respuestas que no halla. Carmen, la extraña que conoció anoche, no mostró ni un ápice de sorpresa cuando vio su pierna ortopédica. Le hubiera dolido un rechazo, pero ignorarla, hacer como si nada, tampoco es normal. Se siente estúpida.

—Laura… —Irene le habla desde la cama, como lo hacía antaño—. ¿Por qué me elegiste a mí?

Laura se asoma por la puerta del baño con la cara tapada por una toalla y rastros de jabón en las patillas.

—¿Elegirte cuándo? —Se retira la toalla, pero sigue teniendo jabón en algunas partes.

—Cuando te hiciste viral —se explica Irene—. Recibiste muchísimos mensajes de muchísimas otras mujeres. Me los enseñaste, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo. Fue una locura —Laura entra de nuevo al baño y se mira al espejo para terminar de secarse.

—Pues eso, de todas esas mujeres, ¿por qué me elegiste a mí?

El reflejo del espejo le devuelve un gesto pensativo.

—Me pareciste la más auténtica. Con el resto todo se sentía… falso. No sé.

Cuando las cosas se pusieron serias, cuando les daban las 4 y las 5 de la madrugada chateando, hablando y teniendo videollamadas. Cuando fantaseaban en voz alta sobre la idea de verse en persona, Irene reunió todo el valor que disponía y le dijo que tenía una pierna ortopédica. Se lo dijo en un mensaje, una frase corta, un emoji de la pierna ortopédica, y enviar. Al instante siguiente, Laura le solicitó una videollamada. Nada más descolgar, Laura le dijo: "Eso tengo que verlo". No hubo miedo, no hubo burla, no hubo arrepentimiento. Sólo una enorme curiosidad por su pierna y por cómo Irene se había quedado sin ella, y por cómo le había afectado en su día a día, y por cómo había cambiado su manera de ligar, de viajar, de ir a la piscina o a la playa, y por cómo la había cambiado, si lo había hecho, su manera de ser, de afrontar la vida. Preguntas que ni la propia Irene se había hecho hasta que Laura las formuló en voz alta, como si las consecuencias de quedarse sin pierna hubieran sido sólo físicas (una nueva rutina por la mañana, otra por la noche, visitas periódicas al fisio, nuevos dolores) y no psicológicas o sociales.

—Yo debería preguntarte lo mismo —pregunta Laura apoyada en el hueco de la puerta del baño. Avanza unos pasos y se sienta en la cama, junto a su ex. Le tocaría la pierna, un gesto a la vez banal y significativo, pero hace días que perdió la potestad de hacerlo—: ¿Por qué me elegiste a mí? De todas las personas con las que te has cruzado en la vida real o virtual, ¿por qué decidiste mandarme el primer mensaje?

Irene se sonroja, se rasca la nariz, le pica el cuello.

—No sé… En realidad pensé que no contestarías. Sólo quería ensayar, desengrasar mis dotes de ligoteo, ¿sabes?

—Yo te elegí porque me pareciste la más auténtica y resulta que estabas ensayando. Eso explica por qué lo nuestro no funcionó, ¿no crees? —Ríe. Ahora sí, Laura le toca la pierna, se inclina hacia ella, le aprieta las carnes.

Irene se queda mirando los largos dedos de Laura sobre su pantalón. Es un duelo en el que la conservadora se mantiene firme. Al final, es Irene quien mueve la pierna ligeramente y Laura retira la mano. Irene se mueve en la cama y empieza a emitir quejidos.

—¿Quieres que te ayude? —le pregunta Laura—. Como amiga.

Irene, más cansada que orgullosa, le dice que sí. Laura le desabrocha los cordones de los zapatos lentamente. Irene se quita el botón del pantalón y se baja la cremallera. Es una cremallera gruesa, de dientes recios y metálicos, y rompe el silencio con un desgarro que subraya el cansancio de las dos mujeres. Laura tira del pantalón y las piernas de Irene quedan al descubierto. Hace frío afuera, pero ellas están ardiendo. Es la hoguera de sus recuerdos lo que les da calor. No hace falta que Irene le pida que tenga cuidado. Laura le retira la prótesis con ternura y delicadeza.

—Lo tienes rojo —le dice Laura en alusión al muñón—. ¿La crema está en la maleta?

Irene asiente. Laura posa la pierna en el suelo y abre la maleta de Irene. En circunstancias normales, Irene habría deshecho la maleta ya. Habría colocado la ropa en el armario y sus potingues en el baño, pero aquel viaje no era como una de sus vacaciones. Laura saca el pijama de Irene y la crema queda al descubierto. Aun así, finge buscarla mientras su ex se cambia la parte de arriba. "Como amigas", se repite Laura. Son conocidas fingiendo que no se conocen. La conservadora debe fingir que no ha visto a Irene en bragas, que no le ha visto el vello erizado de sus muslos, que no ha olido el aroma ácido que emana de entre sus piernas. Irene debe fingir que no ve el rubor de Laura en las mejilla, en el cuello, en la clavícula, que no nota sus manos arder

cuando le da su pantalón para que lo guarde en la maleta. Cuando Laura lo dobla se raspa con la cremallera. Lo hace sobre una leve cicatriz que ya tiene en el nudillo de la mano derecha que se hizo de la misma manera. Esa cremallera le ha hecho daño tantas veces en el mismo sitio que no puede ni contarlas.

—¿Otra vez? —pregunta Irene con gesto compungido.

Laura se lleva el nudillo a la boca para limpiar las motitas de sangre que han salido.

—Está claro que hoy no es mi día —Laura ríe amargamente—. No es nada. Dios, esa cremallera parece un serrucho. Podrías cortar el tronco de un árbol con ella —bromea para quitarle hierro al asunto. Sabe que lo último que quiere Irene es que su dependencia haga daño a los demás.

Irene ya se ha puesto el pijama y se ha dado crema hidratante en el muñón. Le pide a Laura que le acerque la silla que está apoyada en la pared y entre las dos la colocan en un sitio estratégico para que Irene pueda valerse de ella y acceder al baño ahora y durante la noche, si lo necesitase.

—Gracias —le dice Irene cuando entra al baño y, aunque ya no sea costumbre, deja la puerta entreabierta—. ¿Qué opinas de todo esto?

Laura cabecea concentrada.

—Demasiadas lesbianas por metro cuadrado como para que sea una coincidencia. Eso es lo que llevo pensando todo el día.

—Ya… —Irene termina de acicalarse en el baño mientras Laura se prepara para meterse en la cama—. ¿Será verdad que el ánfora es mágica y las atrae?

—Si tú, que eres la mente científica de la relación, piensas eso… Apaga y vámonos.

Y siguiendo la expresión, Laura apaga la luz de la habitación y se acurruca bajo las pesadas mantas. Se ha anudado la bolsa del ánfora a la muñeca, y piensa dormir abrazada a ella toda la noche. Sólo espera no despertarse rodeada de un montón de trozos de barro y las cenizas de Milagros esparcidas por la cama. En el silencio, escucha el frufru de Irene metiéndose en su cama. Recuerda la primera vez que se acostó con ella. La ausencia de media pierna le resultó chocante al inicio, pero era tal el apuro por el que estaba pasando Irene que decidió ignorarlo. Pensó en la paradoja que era ignorar lo ausente. Irene estaba tan abandonada a sus brazos, con tal urgencia de deseo casi desesperada, que el peso de la responsabilidad estuvo a punto de aplastar el deseo de Laura. Este es un pensamiento de los que no le van a dejar dormir.

—Laura —escucha que Irene la llama en un susurro.

—¿Qué?

—¿Duermes?

—Sí.

—Qué tonta —dice Irene—. Las sábanas están frías de cojones.

—Ya lo estaban ayer, pero tú estabas muy caliente y no lo notarías.

—Deja de vacilar.

Las dos ríen en silencio, como si temieran despertar a alguien.

—¿Y no tienes miedo?

—¿Miedo de qué?

—No sé, te han apuntado con un arma y te han disparado mientras corrías.

—Soy una chica de acción —bromea Laura. Tras un breve silencio, lo admite—: Sí, he pasado miedo.

—Si quieres dormir aquí conmigo, puedes, eh.

—¿Quieres que duerma contigo?

Un silencio. Irene reflexiona qué contestar. Ella también tiene mucho que procesar. De repente, una mujer que no es Laura la desea después de mucho mucho tiempo, una mujer a la que usó para tener sexo sin explicaciones y a la que no volverá a ver más. Además, su ex, a la que no pensaba ver nunca más, ha estado a punto de no superar el día, de morir por un balazo en un pueblo sin Historia pero con muchas historias. Se ha imaginado dándole la noticia a sus suegros, explicándole qué hacían en Villanueva de Bermejo las dos, por qué rocambolesco giro del destino ellas dos han tenido que ir allí a por un jarrón que a nadie importa. Irene les diría que no es un jarrón y que claro que importaba. Para empezar a su propia hija. Y después…

—Irene —Laura interrumpe sus pensamientos.

—¿Qué?

—Abre la cama, que voy.

Irene obedece. La oscuridad es su cómplice y le ayuda a ocultar su sonrisa. Enseguida nota el cuerpo caliente de Laura. Su estufa durante sus años de convivencia. Y nota también otro bulto duro.

—¿Eso es el ánfora?

—Sí.

—¿Con las cenizas dentro?

—Mmh. Vamos a hacer un trío —bromea Laura cuando se acomoda junto a Irene, que suelta una carcajada.

—Culo con culo, eh —dice Irene—. No te vayas a creer nada que no es.

—Nada, nada. Sólo somos dos ex novias durmiendo en la misma cama con una vasija de la Antigua Grecia y una mujer reducida a cenizas —responde Laura dándose la vuelta.

—Calla, que no me dejas dormir.

—Calla tú.

—No, calla tú.

Irene le da un culetazo y Laura se lo devuelve entre risas ahogadas.

—Oye —dice Laura tras un silencio que parecía ser definitivo.

—¿Quéee?

—Que me alegro de estar aquí contigo. O sea, que seas tú la que me acompañe en esto, que…

—Yo también me alegro —dice Irene—. De verdad.

Las dos caen rendidas con una sonrisa en los labios.

Capítulo 5

EN algún lugar de Grecia, en algún momento de 1924, unas horas después…

Su corazón latía al galope de sus piernas. Rosario no sabía que podía correr tanto ni tan rápido. Desde luego, no hubiera sido capaz si no llevara pantalones.

Con la habilidad aprendida durante sus meses de huida por Europa, Rosario se había movido con sigilo entre las tiendas de campaña del campamento. A un lado, la ladera de unas montañas cuyo nombre nunca llegó a aprender; al otro, la excavación. Las sombras habían sido sus aliadas. Siempre lo habían sido. Siempre se había sentido más cómoda en esa oscuridad ilusoria, donde no da el sol, donde no hay luz. La luna nueva, una vez más, su cómplice.

Ay, Rosario, siempre huyendo.

Y siempre encontrando el camino para seguir adelante.

Un camino que la había sacado de su pueblo, de su país, y le había hecho dar la vuelta a Europa.

Jamás pensó que sus ojos fueran a ver nada más que no fuera el camino de su casa al campo, y viceversa. El mes pasado estaba viendo 'Peter Pan' en un cinema y ahora salía por patas de una excavación arqueológica con su pieza más valiosa a la espalda. Si le hubieran dicho hace años que tendría en su poder un ánfora que en su vientre ilustra una prótesis con la mismísima Safo retratada, ni siquiera le hubiera dado la cabeza para entender las palabras que le decían.

Escuchaba los gritos de los hombres de sir Edward a su espalda. Sonaban como los perros de la gendarmería de su pueblo, incapaces de ladrar, respirar y tragar saliva a la vez. Sólo tenía que alcanzar el bosque y ahí, en esa cárcel de altos árboles, podría darles esquinazo.

Ojalá poder echar a volar ahora como Peter.

Su pies pisaban el suelo con miedo. Lo mismo se hundían en el barro que pisaban una roca dura y puntiaguda. Podría partirse un tobillo en un suspiro y adiós huida, adiós Rosario y adiós ánfora de Safo. Escuchó un grito de dolor. Pensó que provenía de sus entrañas, pero vino de más lejos, de más atrás. Uno de sus perseguidores había caído.

El día que vio el ánfora sintió algo en su interior, algo inexplicable, una voz que le pedía que la llevara con ella. Si ya le costaba escribir en su diario sus pensamientos, ¿cómo iba a escribir que una pieza de barro con más de 2000 años de vida le hablaba?

No, no fue una voz; fueron muchas. Una torre de Babel encerrada en un cántaro de agua. El ánfora se agitaba en la mochila que le regaló Kate, como si las figuras dibujadas en la vasija la empujaran a seguir corriendo.

Ay, pobre Kate. La había traicionado. Jamás se lo perdonaría. Le mandaría una carta en cuanto llegara a París, en casa de Babette. No, antes; en Berne, en casa de Charlotte. O antes, incluso, en Milán, en casa de Valentía.

Rió. Le vino a la cabeza aquella canción de su infancia. En cada puerto, una mujer.

Había recorrido Europa de cama en cama y, de alguna manera, estaba orgullosa de ello. Descubrió el amor en la estación de Canfranc. Recordó eso que le habían contado de que la estación tenía tantas ventanas como días del año y no pensó mejor escenario para su fuga. Una ventana por cada sueño por cumplir. Ella era una joven andrajosa, sucia y cansada que esperaba un descuido para colarse en un tren que la llevara lejos. Babette viajaba con su padre,

las mujeres más interesantes siempre viajan con su padre, y la miró de manera desdeñosa. Rosario le sonrió como sonreía cuando veía una revista de moda antes de que la dueña de la tienda la echara a golpes. Babette se ruborizó primero, y luego se acercó a ella. Le habló en francés, Rosario no la entendió. La llevó a los servicios y le empezó a quitar la ropa. Abrió el grifo y señaló el agua correr. Rosario se lavó mientras Babette vigilaba la puerta. Le dio un vestido de su maleta y le compró un billete. Cuando volvieron con el padre, Rosario supuso que le dijo que había conocido a esa chica en los baños y que, casualmente, también viajaba a París. El hombre la miró. Rosario le sonrió. Al padre de Babette le cambió la cara y ella aprendió el poder su sonrisa, que explotó hasta la saciedad en sus viajes por Europa.

Con Babette no fue un amor a primera vista. La francesa no cumplía con los cánones de la época, pero su dulzura y ternura terminaron por conquistar a Rosario. El París de la Belle Epoque fue una caja de Pandora de todo lo que Rosario llevaba dentro.

Pisó una piedra que le dobló el pie y la obligó a volver al momento presente, a su penúltima huida. El tobillo se dobló tanto que acabó manchado de barro. Sin embargo, enseguida volvió en sí. Únicamente sintió varias punzadas durante los siguientes metros hasta que logró recuperarse del todo. Otro de los hombres de sir Edward cayó.

Ya podía ver el bosque. Ya podía oler el pino, la tierra húmeda, el rocío de las hojas.

A su espalda, las mujeres de Safo la empujaban, le hacían creer que no corría, sino que volaba. Sus zancadas eran cada vez más largas, imposible para su cuerpo tan menudo.

En la última zancada, se adentró en el bosque y los hombres dejaron de ladrar.

ESA mañana no hay prisa. No hay agenda ni horarios. Las celdas de la excel están en blanco porque ellas ya no deberían estar allí. Pero los planes han cambiado y “deben ser flexibles”. Esas fueron las palabras exactas de la respuesta de Olivia al mensaje de Irene en el que le informaba que había un ligero retraso en el *planning*.

A Laura la atrapa el sueño, apenas puede moverse. Ha tenido un sueño ligero, siempre pendiente de no aplastar el ánfora, de no derramar las cenizas. Un rayo de sol se cuela entre las cortinas, cruza su rostro y se lo calienta.

Sonríe.

La niebla ha levantado y podrán ir al pantano. Al comenzar a sentir su propio cuerpo nota que no es el sueño lo que la estaba atrapando, sino los brazos de Irene. Del culo con culo habían pasado a la cucharita, Irene como una lapa en su espalda. Laura deja de sonreír. Del pantano irán de nuevo al hotel, recogerán sus cosas, se marcharán de Villanueva y volverán a su rutina diaria, cada una por su lado. Irene tiene un moco seco cruzado en el interior de su nariz y cuando respira suena como una flauta. Cómo echa de menos esos detalles. Laura apura unos minutos más en ese nido caliente y amoroso que es la cama. Una cama ajena que desconoce sus discusiones, sus dudas, sus enfados. Una cama donde poder empezar de cero.

Irene se remueve. Un olor familiar que tenía casi olvidado le inunda la nariz. Antes de despertar, aspira el aroma, lo atrapa en sus fosas nasales. Es como estar en casa. Al abrir los ojos, se da cuenta de que es el olor de Laura y se acalora.

—Perdón, perdón —dice soltando su abrazo—. Debí tener frío por la noche, y…

—No pasa nada —Laura le sonríe de manera franca.

Irene se da la vuelta, se sienta en la cama. Coge sus gafas y se las pone.

—¡Qué tonta! Perdón, eh.

—¿Pero perdón por qué? —pregunta Laura divertida—. ¿Por abrazarme o por robarme con tu nariz medio frasco de colonia?

—El que te has echado, que siempre vas por ahí atufando —Irene estruja el almohadón en la cara de Laura.

—A ver, sargento, ¿cuál es la agenda del día?

La agente coge el móvil de la mesilla y revisa sus mensajes. Hay uno de Eulalio.

—Parece ser que la niebla ya se ha despejado y podremos ir a echar las cenizas al pantano. Va a quedar con el dueño de la barca. Cuando tenga hora, nos dirá.

—¿Y Pilar y Ana?

—¿Pretendes que le pregunte por las amantes de su mujer?

—Supuestas amantes, que no sabemos nada seguro.

—Cierto. Y hablando de seguros… —Irene abre la aplicación IAsegura para chequear. Cada vez que entra, una notificación le pregunta si ha cambiado algo.

Sus mejillas se inflan y al instante siguiente se desinflan en un resoplido. ¿Qué no ha cambiado? Se frota las legañas. Echa de menos una IA para que le ayude a gestionar su vida.

```
    Irene: ¿Debo actualizar la app con el intento de robo del diario a punta de pistola?
    AIrene: Un intento de robo me da a entender que el diario tiene mucho valor, puesto que tiene más demanda. Considero que sí deberías añadirlo.
    Irene: Ya, pero eso encarecerá el seguro del ánfora y el museo puede rechazar la pieza por no poder asumir el coste. Sería su ruina.
    AIrene: Quizá el museo pueda vender la pieza a otro museo con mejor posición financiera. ¿Quieres que te haga una lista?
    Irene: No, quiero que la pieza se quede en el museo al que fue donada, porque así lo quiso su difunta dueña.
    AIrene: En ese caso, no, no incluyas el intento de robo.
```

Resopla otra vez.

—¿Algo malo?

—No, no —Irene se quita una legaña del ojo y lanza el móvil sobre el colchón—. Todo en orden. Me voy a la ducha.

—¿Necesitas ayuda?

Irene arrastra la silla y se aúpa en ella para levantarse.

—Ehm, no.

—Ya nos hemos visto desnudas. No sería problema para mí —Laura verbaliza lo que las dos piensan.

Irene lo sopesa un momento. Podría hacerlo sola… si no llevara dos días machacándose las piernas, pero se siente débil y, aunque le jode, asume que va a necesitar una mano.

—Ven —le pide.

En silencio, comienzan un ritual que, como el aroma, casi tenía olvidado. Irene se apoya en Laura y juntas van al baño. Laura enciende el grifo de la ducha, mientras Irene se pelea con su propia ropa, sentada en el retrete. De nuevo, su ex la ayuda. Le quita los pantalones del pijama y las bragas. Y, una vez más, hace como que no huele su sexo, como que no nota la piel de Irene arder por la vergüenza.

—Creo que… —dice Laura—. A ver, no te vayas a pensar cosas que no son, ¿vale? Pero creo que me voy a meter en la ducha contigo. Yo también necesito una y así te ayudo mejor.

Irene ladea la cabeza y la mira con suspicacia.

—¡Te iba a ver desnuda igualmente!

—¡Qué morro tienes!

Laura toma eso como un sí. Primero ayuda a Irene a entrar en la ducha y sólo la suelta cuando se asegura de que está bien agarrada a la barra. En un plis-plas se quita la ropa y se mete

con ella.

Irene: AIrene, ¿qué hago?
AIrene: Parece que tu ex tiene intenciones sanas y sólo quiere ayudarte. Lo mejor será que te dejes ayudar y destenses los músculos para que no te de un tirón que complique la ducha.
Irene: Vale, creo que te faltan datos como para dar esa respuesta tan alegremente.
AIrene: Es imposible que me falten datos: soy tu cerebro.
Irene: Ya, pero ya sabes el dicho "El corazón tiene datos que el cerebro no procesa".
AIrene: Creo que el dicho no es así.
Irene: Me está enjabonando la espalda. ESTOY PANIQUEANDO. ¿Qué hago?
AIrene: Mantén la calma, por Dios, me vas a volver loca.
Irene: Pensaba que eras de género masculino. Y que eras agnóstico.
AIrene: Yo soy lo que tú quieres que sea. Y te respondo lo que tú quieres oír. A ver, ¿cuáles son esos datos que tu corazón tiene que yo no proceso?
Irene: Joder, pues que… Sigo enamorada de ella.

—Estaría genial que te estuvieras quieta —protesta Laura—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Perdón, es que… No sé, es raro, Lau.

—Vale. Vamos a hacer una cosa. Vamos a ser profesionales.

—¿En serio? —responde Irene dándole a entender a Laura que estar duchándose juntas es de todo menos profesional.

—Vamos a ser profesionales y vamos repasar todo lo que sabemos del ánfora, de Milagros y de Rosario —termina Laura.

—Me estás enjabonando el culo. No me pidas ser profesional ahora mismo.

—Ojeé el diario de Rosario en el coche de Eulalio, cuando íbamos al bar —Laura desoye las quejas de su ex—. Es una locura —Resopla al recordar el galimatías de letras y hojas que lo componen—. Es… ¿Sabes lo que es un palimpsesto?

—No —Irene abre ligeramente la pierna para facilitar a Laura el enjabonado de su trasero.

Laura mete la esponja entre sus piernas.

—Antes el papel era más escaso, entonces se borraba un texto ya escrito y se escribía sobre él. Con los cuadros pasaba algo similar: pintaban uno sobre otro. Pues eso es el diario de Rosario. Al menos las primeras páginas. Date la vuelta.

Irene se da la vuelta. Está cara a cara con Laura, pero su ex parece ajena a su desnudez, a sus pezones erectos, a su respiración entrecortada. Está demasiado concentrada en embadurnarle el cuerpo con jabón y en explicarle lo que es un palimpsesto. Tampoco puede ver cómo repasa con sus ojos las pestañas pobladas, el puente de la nariz, las dos pecas en cada mejilla, el agua resbalando por sus largas patillas.

—¿Y no has leído nada en claro? —le pregunta Irene sin dejar de ver las gotas que amenazan con tirarse del borde de los labios de Laura.

—La letra de Rosario evoluciona en cada página —dice su ex. Entonces la mira e Irene, deliberadamente, sigue con los ojos puestos en los labios de Laura, y se humedece los suyos. El agua le sabe a jabón. Laura vuelve a centrarse en su tarea de enjabonado—. Quizá no le gustara lo que escribió en sus primeras páginas del diario, ya sea por cómo se expresara o por la letra, que en las huellas, a contraluz, era temblorosa e infantil.

—Es como la historia de Safo —dice Irene—. Lo que sabemos de ella es un relato sobre otro relato sobre otro relato. Un perfil hecho con fragmentos de su propia obra, sátiras sobre ella, y algún estudio más o menos serio.

Irene levanta el brazo para que Laura le de jabón en la axila. El agua cae en la espalda de Laura que no ha dedicado ni un minuto a su propio aseo.

—Sí, sí —asiente la conservadora comprendiendo el paralelismo—. Eso es. Y lo mismo con Milagros. Es decir, es la historia de nuestra vida. La historia de las mujeres lesbianas, ¿verdad? Siempre oculta, o peor aún, escrita sobre difamaciones y leyendas. Creo que esto ya está. Te voy a aclarar ya.

—Pues muy aclarada no estoy —bromea Irene con las mejillas encarnadas.

—Ya, yo tampoco. Es un lío, ¿verdad?

Laura mira a Irene y las dos entienden que más allá del lío la historia del ánfora, hay otro lío que más temprano que tarde tendrán que abordar.

—Verdad —responde.

```
AIrene: Si necesitas aclararte, sabes que puedes consultarme cualquier cosa.
Irene: Cállate.
```

LAURA también ayuda a Irene a secarse con las ásperas toallas del hotel. Anclada con las manos al borde del lavabo, Irene nota el cuerpo desnudo de Laura a su espalda. El espejo está empañado y apenas ve nada. Laura le frota la cabeza con la toalla y a Irene se le pone el pelo alborotado. Enredada en sus propios pensamientos, en su diálogo interno con AIrene, en el intento de recomponer las piezas del rompecabezas que es el ánfora, a Irene se le han caído las defensas del orgullo y no se da cuenta de que está en el papel que siempre ha rechazado: en el de mujer dependiente. Y le asaltan los recuerdos.

—Te traigo la ropa —dice Laura.

Le asaltan los recuerdos, unos recuerdos muy anteriores a su relación con Laura, cuando sus padres, su abuela y hasta sus hermanos, esos que sólo se les permitía ser protectores si era para ganar puntos de masculinidad, la agobiaban con los cuidados; recuerdos de cuando volvió a ser el bebé de la casa.

Ajena a la tormenta en la cabeza de su ex, Laura vuelve a la habitación y guarda en la maleta la ropa sucia. Si le viera la cara, lo vería venir, pero la conservadora está enfrascada en sus tareas. Busca en la maleta de Irene el pantalón y otra camiseta limpia. Y Laura cae de nuevo en la trampa. Cuando vuelve al baño, le da la ropa a Irene e, inmediatamente después, pone la mano bajo el grifo.

—¿Qué te ha pasado?

El agua se torna rosa. Irene ya ha visto eso muchas veces.

—La cremallera de tu pantalón —dice Laura con una sonrisa burlona.

—¿Otra vez? —Irene chasca la lengua y es como una orden a su cerebro para levantar de nuevo las barreras—. Es que no aprendes, Laura. Eres torpe, torpe, ¿eh? Y aún querías ser madre. Si entre las dos no hacemos una…

—¿A qué viene eso ahora?

La piel de Irene se ha erizado como un gato.

—Pues eso, que apenas puedes cuidarte de ti misma…

—¡Pero si te acabo de duchar! Y ayer te ayudé con la pierna.

—Ah, no. No vuelvas esto contra mí, que yo sí me sé cuidar.

Con sus habilidades de contorsionista aprendidas a lo largo de los años, Irene se pone el pantalón. Se apoya en el lavabo y se pone en pie.

—Pues parece que no estás tan segura de eso.

—¿Qué quieres decir?

Laura sale del baño. Hurga en su maleta en busca de una tirita.

—Que pones mi torpeza de excusa, de hecho pones mil excusas, pero en realidad lo que te acojona es que tu discapacidad te impida ejercer de madre. Y claro, vuelcas esa frustración en mí, en nosotras. Haces como que nos llevamos mal, sacas reproches de debajo de las piedras para que me crea que seríamos incapaces de educar a un niño sin discutir por cada cosa.

—¿Ahora eres Freud?

—No hace falta ser un lince para saberlo. Joder, Irene —Laura muerde el envoltorio de la tirita para romperlo—. Con lo bien que íbamos —dice entre dientes.

—No te confundas, Laura. Aquí no hemos venido a vivir una luna de miel, una reconciliación o lo que sea en lo que estés pensando. Aquí hemos venido a por un ánfora y luego cada una a su casa.

Laura se pega la tirita y escupe al lavabo el envoltorio.

—Pues vámonos.

MIENTRAS esperan el mensaje de Eulalio dan una vuelta por el pueblo. Son como dos imanes del mismo polo: cada vez que sus cuerpos se acercan por la fuerza de la costumbre, una tensión las aleja la una de la otra. El sol pica y ninguna lleva gafas para proteger sus ojos, así que al ceño fruncido del enfado, se le suma el vano intento por hacer de sus cejas un parasol.

En seguida llegan a la plaza de Villanueva de Bermejo. En un extremo de la misma cuatro hombres bastante mayores están calentándose la cara en un banco. Hablan de que el sol ya no calienta como antes, o que ya no llueve como antes, o que el aire ya no huele como antes… Anclados en su nostalgia reciben la visión lejana de ese par de forasteras que son Laura e Irene.

—Aquí vienen —dice uno de ellos, con boina negra y chaleco de pana.

Otro se retira el palillo de la boca y afila la mirada.

—Vendrán a preguntarnos por la Rosario otra vez —dice, y vuelve a meterse el palillo en la comisura.

Un tercero se saliva la punta de los dedos y se peina sus espesas cejas.

—A buenos han ido a parar —dice el cuarto, que con sus pantalones de pinzas y su camisa remangada parece el más joven de ellos.

Laura e Irene se detienen frente a ellos.

—Buenos días —saluda animosamente Irene.

Los señores les devuelve el saludo, aunque no con la misma alegría.

—Somos las del museo —dice esperando que sea suficiente para que los hombres las pongan en contexto—. Estamos investigando sobre Rosario.

—¿Qué Rosario? —pregunta el del palillo.

Las chicas se miran. Pensaban que con el nombre iba a ser suficiente para que la identificaran.

—Rosario, la tía de Milagros Sanabria.

—¡Ah! La Rosario —exclama el del palillo.

Los hombres se miran entre sí dilucidando telepáticamente quién empieza a rajar. Todos miran al más joven y este toma la palabra.

—Bueno, era una mujer peculiar, por así decirlo.

—Una estrella de cine —añade otro.

—Una fiera —dice el de las cejas.

—Una mujer demasiado inteligente.

—Ya nos han advertido de eso —dice Laura que no entiende cómo alguien puede ser

“demasiado” inteligente—, pero no nos han aportado mucha información.

—Es que hay tanta…

—Y tan dispar.

—De todas maneras, ya le hemos contado esta historia a vuestra compañera —dice el del palillo, que aprovecha cada palabra para mascar la astilla.

Laura e Irene lo miran, se miran, vuelven a mirarlo.

—¿Qué compañera?

—Sí, mujer, esa extranjera de pelo largo.

La lengua de Laura se mueve nerviosa en el interior de su boca. Si dice algo, se envenena.

—¿La… La extranjera? —acierta a decir Irene que ve por el rabillo del ojo la furia contenida de su compañera de viaje.

Laura se adelanta a Irene para intervenir antes de revelar demasiado.

—¿Y qué os ha preguntado exactamente nuestra… colega?

—Pues eso, cómo había llegado el jarrón aquí, cómo era Rosario… —le contesta uno.

—Vale, os voy a contar una cosa —dice Laura—. Es la estudiante en prácticas. Ha venido con una beca de una universidad europea y, aunque es maja, ¿verdad, Irene? —Laura le tira un codazo—, no entiende muy bien el idioma. Así que, como tutoras suyas que somos, debemos cotejar sus notas.

Los hombres dan la explicación por buena.

—¿Queréis saber la historia de cómo mató a su marido?

—¿O de cuando la Guardia Civil se la llevó al cuartelillo cuando se resistió por lo del pantano?

—¿O de que se largó de aquí y desapareció sin dejar rastro?

—¿O de cómo luego volvió como si nada en cuanto murió su hermana?

Las frases se pisan unas a otras. Los hombres no se dirigen a ellas, sino que se hablan entre ellos, como quien recuerda viejas batallitas de la guerra que con sólo mencionarlas todos recuerdan el relato posterior y ya no hace falta decir nada más. “¿Os acordáis de cuando vinieron los nacionales y pidieron un plato de cocido en el bar?”, decía uno, y el resto reía y se quedaba en silencio, mirando a la nada y rumiando el relato de aquella anécdota.

—Pues… no sé —responde Irene mirando a Laura en busca de un poco de ayuda—. ¿Mató a su marido?

—A ver, a ver, vamos a ser buenos, que al fin y al cabo, estas chicas son unas profesionales —dice por fin el más joven. Luego, las mira a ellas y dice con seriedad—: Hay muchas Rosarios, pero vayamos por partes.

—Por favor —le ruega Laura.

Un par de ellos les ceden su hueco y las invitan a sentarse en el banco. Así, con tres hombres frente a ellas y uno sentado a su lado, asisten a un relato entusiasmado que mezcla la historia de Rosario con la del pueblo.

—La verdad es difícil de encontrar en Villanueva de Bermejo —dice el hombre del palillo —. Para empezar, ni es villa, ni es nueva, y, desde luego, no es Bermejo. Y a partir de ahí, el resto es mentira sobre mentira.

—Y lo anterior también.

—Rosario era la mujer más guapa de Bermejo —El hombre de las cejas apunta en dirección al pantano, hacia el antiguo pueblo—. ¿Habéis visto alguna foto de ella?

—La verdad es que no —responde Laura.

—Guapísima. Mi padre me contaba que traía locos a todos los hombres. Y ella lo sabía,

claro —dice el del palillo—. Pero cuando se tuvo que casar, la cazó el hombre más malo del pueblo.

—Floren Calo, de la familia de usureros Calo que tenía atemorizada a toda la comarca.

—Vaya —exclama Irene.

—Hacía préstamos y su manera de reclamarlos no era muy amistosa, por así decirlo.

—Calo se encaprichó de Rosario y esta, que aún no tenía los bemoles que llegó a tener, se casó con él.

—Y ahí empezó Rosario a desarrollar sus bemoles —empieza a narrar el del palillo, que se lo retira de la boca para que se le entienda mejor—. Mi madre me contó que, estando en la carnicería esperando a que Rosario terminara su pedido, entró Calo y cogió a la Rosario de los pelos a voz en grito. La acusaba de haber mirado a no sé quién. La Rosario cogió del mostrador el cuchillo del carnicero y lo movió con rapidez hacia el marido —Sus ojos abiertos acompañan cada palabra del relato. El brillo del filo puede verse en su pupila—. Mi madre apartó la vista. Pensaba que le iba a cortar la mano a Calo. Cuando abrió los ojos, vio al hombre con el pelo de Rosario en un puño y ella con un trasquilón en la cabellera. Estuvieron mirándose con odio durante unos segundos y luego él se fue berreando. En casa le daba buenas tundas y al día siguiente la Rosario amanecía llena de moretones.

—Siempre imponía su orden con violencia ese bicho —añade el que está sentado a un lado del banco—. Tenía muchos enemigos. Nadie podía pagar sus préstamos y se endeudaban más. Estaban ahogados. En realidad, todos lo quería muerto.

—Y un día, apareció muerto.

—Con un disparo aquí —El de las cejas se señala en la frente.

—Un disparo con una escopeta de caza, así que, como el disparo fue en la frente, la cara se le quedó destrozada.

El más joven dio una palmada que hizo brincar a sus oyentes.

—Rosario huyó del pueblo.

—¿Fue ella? —pregunta Laura escandalizada.

—No, pero ella cargó con la culpa. La Guardia Civil tomó la huida como una confesión y puso una orden de búsqueda y captura. Los perros estuvieron dando vueltas varios días. Jamás la encontraron.

—¿Y quién mató a su marido entonces? —Irene está totalmente metida en la historia y casi echa en falta un palillo para ir rumiándola palabra por palabra.

Laura saca su cuaderno de uno de los bolsillos interiores de su chaqueta dispuesta a apuntar. Ya con el tacto del mismo, se da cuenta de que se ha confundido de bolsillo y ha sacado el diario de Rosario. Lo vuelve a guardar y saca su cuaderno de notas de otro bolsillo.

Los cuatro hombres se miran entre sí y sonríen con complicidad.

—Fuente Ovejuna lo hizo[2].

SE hubieran quedado escuchando la historia de Rosario, aquel relato sobre el relato que contaban de oídas los más ancianos del lugar, si no fuera porque el móvil de Irene suena con la notificación de un mensaje de Eulalio.

—Que os cuente él lo del pantano, ya que vais —le sugiere el anciano más joven cuando las chicas se despiden de ellos.

Los cuatro hombres se despiden entre sonrisas, contentos por haber encontrado cuatro orejas dispuestas a acoger sus palabras como si fueran nuevas.

En el camino hacia la casa del viudo, el silencio se hace tenso.

—Vaya, vaya... —comienza Laura.

—Calla.

Laura se cierra la boca con una cremallera invisible. Luego la vuelve a abrir.

—No sé si eres consciente de la importancia de esta misión.

—¡Deja de hablar como si estuvieras en una película de espías!

—¡Te has acostado con una! —grita Laura en mitad de la calle.

A Irene casi se le dan la vuelta los ojos dentro de sus cuencas.

—Laura, ya vale. Vamos al maldito pantano, tiramos las cenizas y nos largamos de aquí de una vez. Cada una por su lado.

Se encuentran a Eulalio cerrando la puerta del garaje. Es manual y la carga de la forja empieza a pesarle demasiado.

—Buenos días, chicas —saluda alegre.

—Buenos días —responden las chicas de malas pulgas.

—¿No me digáis que no os ha dejado dormir? —dice el hombre señalando el ánfora.

Cuando recuerdan la noche que han pasado juntas, en ese extraño trío con Milagros, Irene se separa un metro de Laura.

—¿Y usted? ¿Ha podido descansar? —pregunta la agente de seguros segura de que, tras incinerar a su mujer, habrá estado inquieto por la noche.

—Divinamente —responde para perplejidad de las chicas—. Vamos al pantano.

Esta vez, es Laura quien se sienta delante e Irene en los asientos de atrás. El ánfora va con ella.

—¿Está muy lejos? —pregunta Laura nada más abrocharse el cinturón.

—Diez minutos en coche.

Gira ligeramente el cuello para ver a Irene. Cuando hace contacto visual levanta las cejas, pero su ex no parece entenderla, así que sigue con la conversación.

—Eulalio, hemos estado hablando con unos hombres en la plaza y nos han dicho que tú nos puedes contar lo del pantano.

—¿El qué del pantano? —responde Eulalio que, conforme recorre kilómetros amarrado al volante, parece más y más triste.

—Ehm… Lo de Rosario y el pantano.

El viudo se toma su tiempo. Sabe lo que tiene que contar, pero él también necesita un momento para recomponer el relato. Luego, recapacita.

—En realidad, no hay mucho que contar. Eran los 60. Había un pueblo, Bermejo, junto a la presa de un río. El sitio ideal para hacer un pantano. Desalojaron a los vecinos. Las autoridades se emplearon a fondo. Los indemnizaron. Unos cogieron el dinero con alegría y se marcharon de sus casas. Otros, como mis padres, por ejemplo, lo hicieron a regañadientes, pero también se fueron de su casa. Rosario no tenía nada que perder. Había perdido a su hermana y a sus padres. Era viuda. ¿Esa os la han contado? Seguro que os lo han contado…

—Sí. Fuente Ovejuna —responde Laura para darle a entender que conoce la historia completa.

—Pues eso. Rosario no tenía nada. Había vuelto al pueblo para cuidar a y esta había fallecido. Sólo le quedaba eso —dice soltando por un segundo el volante para señalar con el pulgar el ánfora que viaja atrás—. Así que movilizó a los más enfadados de Bermejo y se subieron al campanario de la iglesia. Fue un espectáculo. A la policía les salía espuma por la boca. No tanto por no poder sacar a esa pequeña resistencia del pueblo, sino porque la líder de la misma era Rosario. Tened en cuenta que habían removido cielo y tierra para encontrarla sin

éxito. ¡Una mujer! —De nuevo, suelta el volante para levantar el dedo índice—. Una mujer les había toreado.

—Pero cuando volvió al pueblo, ¿no la detuvieron?

—De hecho sí, estuvo un par de noches en el calabozo. Pero el delito ya había prescrito y, sumado a que no tenían pruebas, tuvieron que soltarla.

Irene echa cuentas pero todo es vago e indefinido.

—¿Cuántos años pasó Rosario fuera del pueblo, desde el asesinato hasta su vuelta?

Eulalio frunce el ceño. Laura saca su cuaderno de notas, lista para apuntar.

—Tendría 25 cuando huyó. No sé exactamente porque yo no había nacido. Y lo del embalse fue en el 61, un par de años antes de empezar a festejar yo con Milagros. Por entonces ya estaba Rosario calentándoles la cabeza con sus historias a ella y a Ama —Sus labios se mueven, bisbisean llevando las sumas y restas, calculando año arriba, año abajo—. Tendría 60 años cuando volvió.

—¡Guau! Eso es toda una vida —exclama Irene.

Laura dibuja en su cuaderno una línea con un punto inicial en el que escribe "Nace Rosario". Otro punto unas líneas más abajo donde anota "Huida de Bermejo y una tercera línea más separada de la anterior donde escribe "Rosario vuelve a Bermejo". Mira todo ese espacio en blanco entre la segunda y la tercera frase. El espacio que tiene que conseguir llenarlo con el galimatías de su diario.

—Ya estamos llegando —dice Eulalio.

—¿Qué pasó? ¿Los sacaron de la iglesia? —dispara Irene que no quiere quedarse con otro relato sin final.

—No. Abrieron la presa y el agua comenzó a inundar el pueblo.

Eulalio gira el volante y al tomar la curva asoma una moto con las ruedas llenas de barro, la barca que las llevará al interior del pantano, el barquero que guiará la barca, y tres figuras más: Pilar, Ana y el padre Miguel. A sus espaldas, una enorme masa de agua pardusca y rizada.

El barquero se levanta la gorra y se rasca la frente. A ver cómo hace para meter a toda esa gente en su viejo pontón.

—PUES nada, aquí estamos —dice Ana con un soniquete que deja a las claras que desaprueba ese trámite, esa ocurrencia de su vieja amiga—. Hasta aquí tendré que venir para rezarle un rosario a la pobre Milagros.

A Pilar se le eriza el vello de la nuca cuando escucha la palabra rosario.

Ana mira al cura, que asiente compartiendo su pena.

—A mí también me jode, Ana, pero era su voluntad —zanja Eulalio—. Así que, si quieres despedirte de Milagros por última vez, te subes al barco.

El barquero les apremia. El agua del pantano está encrespada y quiere hacerlo rapidito para poder irse a almorzar al bar.

El pontón es una barca antigua de madera desportillada con el timón en el medio y un par de bancos enfrentados en la parte delantera. El barquero le cuenta a las forasteras que es herencia de su tío, que también fue barquero, y que el viejo trasto tiene más de 50 años sin ningún incidente, comentario que no tranquiliza en absoluto a Irene. Las probabilidades se estrechan.

En un banco se sientan Pilar, Ana y el padre Miguel. En el otro, el viudo, Irene y Laura, que se ha vuelto a hacer dueña del ánfora y la acuna como un bebé. Apenas han recorrido un par de metros y el vaivén ya les ha puesto el estómago del revés.

—Podrías conducir con más cuidado —le pide el padre Miguel al barquero. Se ha colocado

un pañuelo en la boca para prevenir cualquier sorpresa.

—¡Claro! Ahora pongo el modo crucero —dice el barquero antes de reír con socarronería.

—Ahí está —señala Pilar.

Irene y Laura se giran y pueden ver el tejado del antiguo campanario.

—La iglesia de Bermejo, dedicada a la Virgen de la Ascensión —informa el cura—. Un claro exponente del estilo románico de la zona.

Laura asiente: base cuadrada, tejado a cuatro aguas, aspilleras en cada lado y media docena de arcos de medio punto para albergar y proyectar el sonido de la campana a todas las caras. No es una torre modesta, precisamente, y le apena no poder ver el resto de la iglesia. Al volver la cabeza, Laura capta un gesto. Ana se inclina ligeramente a su espalda, y clava la mirada en el agua del pantano. La escudriña. Pilar también la ve hacerlo y le coge de la mano. Al sentir la calidez de su piel, Ana vuelve en sí y retira la mano. Le susurra algo a Pilar. Quizá sea un "aquí no" o "delante del cura no", pero claramente le dice que no. Pilar no recibe muy bien el rechazo.

—¿El resto del pueblo está abajo? —pregunta Laura.

El cura asiente.

—Algunas casas las demolieron. Las que sus dueños habían aceptado la indemnización y abandonaron. Otras resisten bajo las aguas —Mira de reojo el ligero oleaje que la base del pontón levanta al cortar el agua—. Imagino.

—¿Y los espíritus del pantano? —Irene lanza la pregunta sin pensar. O quizá pensando en Rosario, en el chupito del bar, en la inundación.

—Eso son leyendas sin fundamento —despacha el cura la pregunta sin dar opción al resto a responder.

No obstante, el barquero no debe ser tan devoto y se rebela.

—Podemos enterrar los cuerpos de nuestros muertos. O quemarlos —dice señalando el ánfora—. Pero sus espíritus vuelven aquí.

Laura e Irene siguen con los ojos el dedo del hombre que señala al agua.

—Eso son estupideces. Las almas van al cielo con nuestro señor Jesucristo y la gloria de Dios, obviamente —replica el padre Miguel.

El barquero rumia un pequeño tronco de regaliz que le ayuda a sobrellevar el ansia de nicotina.

—Lo mismo da. ¿Dónde paramos?

Eulalio otea el sitio.

—Acércate a la plaza de la iglesia, por favor —dice—. Allí empezamos a festejar Milagros y yo. Le pedí relaciones al salir de misa —añade dirigiéndose a las chicas.

—Ana se las había pedido antes —suelta Pilar con cierto resquemor.

Ana se gira hacia ella y la mira como si la fuera a matar.

—¿Qué dices? ¿Qué dices?

—Por eso estamos aquí —Pilar ignora a Ana y habla directamente a las chicas—. Una tarde, la tía Rosario nos contó la historia del ánfora.

—Calla, anda. Calla, Pilarín —El tono de Ana es enérgico, está acalorada.

Sin embargo, Pilarín la ignora. Ha destapado los recuerdos de su infancia, y no va a parar hasta vaciarlos.

—Rosario había robado el ánfora en la excavación de un inglés —narra Pilar. Se inclina hacia delante para asegurarse de que las chicas la escuchan. El viento que levanta la barca al navegar le agita los mechones rosas de su pelo—. Decía que el hombre la iba a malvender a alguna persona que no supiera de su importancia, que la pondría en el salón de su casa, encima

de la chimenea, bien a la vista, para presumir ante las visitas en las fiestas. Y cuando la moda griega se pasase, como se pasó la egipcia, como se pasaría la china, meterían el ánfora en un armario y ya nadie la vería.

—Pilar, por favor, deja de meterle ideas raras a las chicas en la cabeza.

—¿Qué ideas raras? Acaso no culpas tú al ánfora…

—¡Calla o te tiro por la borda!

—Ya estamos en la plaza —anuncia el barquero, más aburrido que otra cosa.

—¿Culparla de qué?

El padre Miguel se pone en pie. Se tambalea un poco hasta que consigue estabilizarse.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —dice.

Como autómatas, Eulalio, Pilar y Ana dicen "Amén".

—Amén —dicen Laura e Irene con cierto retraso.

—Queridos hermanos: nos encontramos hoy en este… pantano para recordar a nuestra hermana Milagros Sanabria Llop que murió en la paz de Cristo, y confiarla con fe y esperanza al amor de Dios Padre.

—¿Me la dejas? —le pide Eulalio.

Laura le entrega el ánfora.

El cura prosigue su liturgia y los tres más mayores del pontón añaden su eco a la oración. El barquero mira el horizonte en busca de algún ave que le entretenga con su vuelo. Un par de lavanderas persiguiéndose a ras de agua le sirven de distracción.

—El Señor esté con vosotros.

—Y con su espíritu.

Tienen los ojos cerrados. Sienten la oración.

—Señor, te rogamos, absuelve el alma de tu sierva Milagros de todo vínculo de pecado, para que en la gloria de la resurrección… —El padre Miguel abre un ojo. No quiere perderse la reacción de las amigas de Milagros al mentar la palabra pecado. Las cejas de Ana se aprietan en lo alto de su nariz. Un leve gesto de dolor asoma en su rostro. Pilar, de nuevo, le toma la mano, pero esta vez Ana no se la rechaza—. Su alma y las de todos los fieles difuntos, por la misericordia de Dios descansen en paz.

—Señor, dales el descanso eterno.

—Y brille sobre ellos la luz eterna.

Un destello de luz recorre el agua del pantano, un siluro nadando bajo la superficie de punta a punta. Sólo el barquero que permanece atento a su entorno con los ojos abiertos lo ha visto y sonríe con media boca.

—Por Cristo nuestro Señor.

—Amén.

Al abrir los ojos, Ana vuelve en sí. Baja la mirada y ve su mano unida a la de Pilar. La retira con terror. Mira al cura para ver si ha visto el gesto y este le devuelve una mirada de pena.

—Es por el ánfora —se justifica Ana—. Está maldita. ¡Maldita!

—¿Maldita? —pregunta Laura.

—Nos vuelve locas, nos hace creernos cosas que no son, sentir cosas que no son —Los ojos de Ana no paran de abrirse más y más—. No besé a Milagros, fue el ánfora la que me hizo hacerlo, las historias de mujeres pecaminosas de Rosario.

—¿Qué mujeres?

—Kate… La hija del inglés —Ana comienza a divagar, le resulta imposible hilar un discurso coherente. Habla de amantes, de cabarets, de vidas perdidas, de contaminar el pueblo

con ideas. Se mezclan con la noche de amor que ha vivido con Pilar, el tacto de su piel, ese gozo que jamás había sentido, algo muy cercano a un ascenso a los cielos, pero sin Dios mediante—. Este ánfora fue como una caja de Pandora, pero para invertidas.

Se ha puesto en pie. Al estar junto al cura, la barca se desestabiliza.

—Sentarse, por favor —pide el barquero.

—Ana, por favor, deja de decir tonterías —le increpa Pilar—. Acéptate como eres y serás más feliz.

—Yo soy feliz como soy.

—Puede ser. Pero más feliz fuiste anoche.

—Calla…

—Anoche sí tocaste el cielo y no con la misa diaria del padre Miguel.

—¡Oiga! —exclama el cura.

—Oiga nada —Pilar también se pone en pie con tal ímpetu que hasta el barquero tiene que agarrarse para no caer—. No hace más que meterle mierda en la cabeza a Ana.

—La tía Rosario sí que no dejó de meteros mierda en la cabeza —dice Eulalio. Tiene el ánfora en las rodillas y hace una bola con la bolsa de plástico tras echar las cenizas en el interior de la pieza—. Con sus aventuritas por Europa, sus historias libertarias y sus mujeres independientes.

—Ya sé que eso para ti suena a fantasía, pero es real. Fue real. Lo de Ana con Milagros fue real —dice Pilar.

—No, no y no —niega Ana, y al instante piensa: “Me negarás tres veces”. La culpa. No quiere negar a Milagros—. Es el ánfora, ¡el ánfora!

Le arrebata la vasija a Eulalio. El barro le quema en las manos, las figuras negras la miran, la juzgan, la pinchan. Sólo Safo la mira con serenidad. “Hazlo”, le dice. “Lánzanos al mar y que nuestras huellas se borren una vez más”. Ana lanza al agua el ánfora. Le parece ver cómo las alumnas de Safo se quitan las vestiduras para nadar.

—Ale, lo que ella quería: sus cenizas al mar —dice Eulalio.

—¡Pero el ánfora no! —se desgañita Laura perpleja. Tiene una mano estirada, como si quisiera alcanzar la vasija en el aire, pero la otra está anclada en el borde del pontón. Una garra con los nudillos blancos y los dedos entumecidos.

Chof.

El ánfora cae al agua. Las ondas que genera son un círculo perfecto que se expande hasta las orillas. La boca de la vasija se inclina por el vaivén y traga un poco de agua. Las cenizas se tornan en un barro blanquecino que flota que burbujea ligeramente. Luego el ánfora traga otro poco de agua, yotro poco, y otro poco, hasta que la vasija queda momentáneamente de medio lado. El barquero trata de alcanzarla con un palo que guarda en un lateral del pontón. Su plan es meterlo dentro de la boca y sacar la vasija como si fuera un barbo. El ánfora está lo suficientemente cerca como para poder meter el palo, pero lo bastante lejos como para que no se puede imprimir fuerza sin que este se quiebre por el peso cada vez mayor de la vasija.

El principio de Arquímedes hace el resto: el ánfora se hunde y las cenizas de Milagros Sanabria Llop se mezclan con el agua bajo al atónita mirada de los pasajeros del barco, incluida la de Ana.

Luego, todas las miradas van a ella, incluida la suya, que se mira en el interior buscando ese diablillo que ha llevado dentro toda la vida y que ahora ríe en un rincón de su alma.

El peso de la gravedad del asunto parece hundir también el barco, pero es sólo una ilusión alimentada por el silencio, el vuelo de los pájaros, el susurro de los árboles.

Irene, por el contrario, se siente más ligera. Sus manos se sueltan del borde, su trasero se despega del banco y sus pies vuelan. Sólo es consciente de lo que ha hecho cuando nota el agua fría clavarse como agujas en su piel.

EL agua helada le atenaza los músculos.

Sólo entonces se pregunta por qué se ha tirado por la borda. Al menos, lo ha hecho con cabeza: con las manos por delante para agarrar el ánfora en cuanto la notara. Porque va a ciegas. Ve todo negro y tarda unos segundos en darse cuenta de que tiene los ojos cerrados. Duda si abrirlos. Teme que todo el agua del pantano se le meta por las pupilas y le inunde el cuerpo arrastrándola hacia el fondo. Entonces se da cuenta de que, con la caída, ha perdido las gafas.

Está sellada herméticamente. Al menos, de momento. Boca cerrada, ojos cerrados. Es el ánfora la que está llena de agua la que la arrastra hacia el fondo.

Y su pierna ortopédica. Una vasija encajada a su muñón por encima de la rodilla. Puede notar cómo la goma elástica de la sujeción se expande conforme el agua entra en la prótesis.

Le duele todo el cuerpo, tanto que desea morir.

Muerte por estúpida. Eso no entraba en los planes de AIrene.

¿Qué le importa a ella la maldita vasija, la maldita aplicación del seguro, su maldito trabajo?

Escucha su nombre repetido varias veces. Un coro grita “Irene, Irene” y lo escucha tan vívido que la obliga a abrir por fin los ojos. Quizá está más cerca del barco de lo que cree y la están llamando desde arriba para tenderle el palo.

Pero no la llaman desde arriba sino que las voces provienen de abajo.

Es entonces cuando ve quién la llama. Los cuerpos enterrados en el viejo cementerio de Bermejo campan a sus anchas por las ruinas del pueblo. Ve el resto de la iglesia cubierta de algas. A las casas se le caen las tejas, pero en lugar de ir al suelo, flotan en la espesura del agua ocre. Hay motitas de oro alrededor, barro en suspensión que brilla con la luz del sol. El suelo ya no es suelo, sino un fondo fangoso y marrón con alguna hierba entre la que nadan siluros, percas y otros pececillos.

—Irene, Irene.

Las voces se van concretando. El coro pasa a ser una reverberación. Y, finalmente, una sola voz. Femenina, cálida y suave. Irene se gira hacia donde proviene la voz pero el agua le tiende trampas y las corrientes le traen su nombre desde diferentes sitios. Su pierna ortopédica se llena de agua y a cada movimiento se hunde más y más.

—Quieta, Irene, o no saldrás viva —le dice la voz.

Ante Irene aparece, por fin, su dueña. Reconoce a Rosario porque la figura tiene rostro de actriz de cine y su cuerpo desnudo mantiene la firmeza de la juventud.

—Tened cuidado Laura y tú. Os persiguen. Quieren el ánfora. Quieren nuestra historia.

Irene quiere preguntarle a qué se refiere, pero tiene miedo de ahogarse si abre la boca. Quizá ya esté ahogada y ese sea el paso final, la antesala a lo que sea que haya después de la muerte. No sabe en qué estado se encuentra, si viva, muerta, inconsciente o loca. O todo a la vez.

—Venga, vete. Vete ya o te quedarás para siempre.

Rosario la agarra de las axilas. Las dos mujeres se funden en un abrazo en el que se abandona Irene. Cierra los ojos de nuevo y hunde su cara en la melena de la mujer. Huele. Huele a perfume antiguo y a algas. Y mientras lo hace, Irene se pregunta cómo es capaz de olerla, así que se lo toma como la señal definitiva de que ya no pertenece al reino de los vivos.

```
Irene: AIrene, dile al padre Miguel que rece por mi alma.
AIrene: ¿Ahora crees en Dios? Eso no estaba en mi dataset.
```

Irene: OGH.

Su pierna queda enganchada con algo. Es pesado y metálico. Al abrir los ojos, ve que su pie de fibra de carbono está encajado en el ancla del pontón. La cadena comienza a correr y las dos mujeres salen despedidas hacia arriba hasta que Rosario la suelta.

—Cuídanos —le dice en su camino de vuelta al fondo del pantano.

Irene grita y las burbujas salen voluminosas y brillantes de su boca.

Capítulo 6

LOS labios de Laura hacen un sello hermético en la boca de Irene. Insufla aire una vez. Luego le presiona con las manos en el pecho varias veces. En su cabeza suena *Stayin' Alive* de los Bee Gees. De nuevo, Laura coge aire, cierra con sus dedos la nariz de Irene y exhala con fuerza en su boca. Lo hace una vez más.

"And we're stayin' alive, stayin' alive

Ah, ha, ha, ha, stayin' alive, stayin' alive

Ah, ha, ha, ha, stayin' alive"

Hay una última frase que no recuerda pero la sustituye por un "despiértate ya" que le encaja bien. A su alrededor, el resto de pasajeros miran la escena con la mandíbula apretada y el alma en vilo. El pontón no se ha movido de su sitio. Sólo bambolea ligeramente con las sacudidas de Laura sobre el pecho de Irene.

Una vez termina de sonar la estofa en su cabeza, Laura coge aire de nuevo, como si hubiera sido ella la que se hubiese quedado sin respiración por aguantarla debajo del agua. Tapa los orificios de la nariz, e insufla aire por la boca de Irene. No puede evitar recordar cuando sus labios se juntaban en un beso. En muchos besos. Al principio de su relación no hacían más que besarse. Eran incapaces de despegarse. Les dolía si lo hacían. Como le está doliendo ahora ver que Irene no responde.

—Vamos —dice con los dientes apretados antes de inhalar aire de nuevo.

El padre Miguel murmulla una oración. Lo hace tan bajito que apenas se le escucha. Laura no sabe si es un "señor, ayúdanos" o un "Dios, perdónale por sus pecados". Ana se suma a la oración. Laura posa sus labios en los de Irene. Algo ha cambiado. Ya no están tan fríos. Echa todo su aire con la fuerza que le queda tras los dos minutos que lleva sonando en su cabeza el éxito de *Fiebre del sábado noche*. Apenas ha descargado sus pulmones cuando Irene tose con fuerza, convulsiona, un hilo de agua le resbala por la barbilla.

Respira.

Todos lo hacen.

—¡Qué susto! —dice Pilar.

—Joder, menos mal —El barquero se sienta en el banco y escupe regaliz por la borda—. Yo venía a tirar una muerta, no a cargar con otra.

—¡Por favor! —le regaña el padre Miguel.

Laura se lanza sobre Irene. Su cuerpos se derrumba sobre el de su ex en un abrazo que al que no llega a imprimirle la fuerza que quisiera; ya no le queda ni un átomo de energía.

—Pensé que te perdía para siempre —dice con los ojos llenos de agua.

—He visto a Rosario —le susurra Irene al oído. Al decir esto, se toca la cara y constata que ha perdido las gafas—. En el agua. Estaba Rosario. Me ha empujado hacia arriba.

Las palabras salen de sus labios todavía morados. Irene tiene la piel pálida, casi transparente, como si al ser rescatada con el ancla se hubiera detenido el proceso de mimetización con el pantano.

Todos la miran.

—¿Rosario? ¿Qué te ha dicho? —pregunta Ana, que ha vuelto al grupo al oír a Irene.

—Ana, por favor, está claro que esta chica ha sufrido una conmoción —la reprende el padre Miguel—. Sus visiones son fruto de la falta de oxígeno y la sugestión.

La mujer agacha la cabeza avergonzada.

—Hazle caso, que de esas cosas sabe mucho el cura —dice el barquero que recibe la amonestación no verbal del apelado.

—¿Cómo iba vestida? —pregunta Pilar—. Ella nunca la vio. Así sabremos si es sugestión o no.

—Sí, eso, ¿cómo iba vestida? —pregunta Eulalio.

El círculo sobre Irene se ha hecho cada vez más pequeño. Laura abre los brazos para hacer algo de espacio.

—Por favor, dejadla en paz. ¿Hay alguna manta por ahí?

El barquero acude raudo a la petición y saca una manta de debajo de su timón. Laura ayuda a Irene a ponerse en pie y le coloca la manta sobre los hombros. Está tiritando.

—Necesito quitarme la pierna.

—Ay, hija, y yo la cadera —se suma a la queja Pilar.

Las chicas la miran, luego se miran entre sí y sonríen adelantándose al asombro del que van a ser testigos. Irene se sienta en un banco con la sonrisa traviesa de quien se prepara para hacer un truco de magia muy ensayado. Laura se arrodilla delante de ella. Una vez más, Irene agradece que sea ella quien la haya acompañado en esta aventura. No sabe si podría hacer algo así delante de un montón de desconocidos. Puede que no fuera la novia que ella necesitaba, pero sí es una gran compañera de viaje. Con sus dedos todavía entumecidos, Irene manipula el pantalón.

—Cuida con la cremallera —le pide a su ex.

A Laura se le escapa una risa floja.

Se escucha algo bajo la tela vaquera y, de repente, hay un hueco. Laura tira del pie de Irene. Se hace la magia. Los espectadores miran cómo la pierna se alarga varios centímetros. Cuando la pierna sale por completo, hay un “Aaah” entre el público que por fin entiende el truco.

—Accidente de moto —dice Irene, y da por explicada la situación.

—Será mejor que volvamos al pueblo —apremia el barquero que le da una colorida toalla de microfibra a Laura para que seque la pierna.

Todos se sientan en el banco. Laura, junto a Irene. La rodea la cintura con el brazo, intenta darle un poco de calor, pero ella misma está congelada. Irene apoya la cabeza en su hombro y, al instante siguiente, su cabeza salta como un resorte.

—¿El ánfora?

Laura le sujeta la cabeza y la vuelve a colocar en su hombro.

—La tengo yo —se gira y le enseña una precaria mochila que se ha hecho con la bolsa del pan, metiéndose las asas bajo las axilas.

—Nos la quieren robar —dice Irene—. Me lo ha dicho Rosario.

—Pero, niña, ¿por qué crees que has visto a Rosario? —le pregunta el cura.

—¿Acaso le he preguntado yo a usted por qué cree haber visto a Dios?

El padre Miguel palidece.

—Yo nunca he dicho que haya visto a Dios. No soy merecedor de tal privilegio.

—Haya paz —interviene Pilar—. Si la chica dice que la ha visto…

—Estaría delirando, Pilarín —le dice Ana—. Estas chicas están sugestionadas por sus historietas, como lo estábamos nosotras. El ánfora nos hace delirar a todas.

El pontón deshace el trayecto hacia la orilla lentamente, como si el barquero no quisiera que se terminara nunca esa escena. Las aguas siguen rizadas y no se puede ver el fondo del pantano.

—En el bar tomé el Espíritu del Pantano.

El padre Miguel da una palmada contra su muslo.

—Si esas son tus referencias, apaga y vámonos.

—Nuestras referencias sois vosotros —dice Laura—. Y no habéis hecho más que contar mentiras, ocultar verdades y emborronar la historia de Rosario y del ánfora.

—¡Es que no hay más historia que esa! —salta Eulalio—. La tía de Milagros huyó acusada del asesinato de su marido, vivió la vida loca por Europa y luego volvió con un jarrón al que le tenía mucho cariño y que se convirtió en la obsesión de estas tres —señala a Pilar y Ana, y al ver que falta la tercera persona, solloza.

El móvil de Irene se enciende tras varios intentos y emite el sonido de una campanita. La agente de seguros mira la pantalla. Le parece un milagro ver el logo de la marca nadando dentro de la pecera que es el móvil.

Una corriente cómplice empuja a la barca hacia la orilla, como si fueran los espíritus del pantano los que guiaran su rumbo. La vegetación se hace más frondosa, se adivina el camino de vuelta; el viaje se termina.

—Ya tenéis el ánfora, el diario y los papeles del Notario —dice Eulalio. Hay tristeza en su voz. Ahora sí que sí su adorada Milagros se ha ido—. Sale un bus a mediodía.

—Yo puedo llevarlas de vuelta a donde me digan —dice Pilar—. Y os acabo de contar la historia —añade.

—A ver qué vas a contar —le riñe Ana.

—¿Quieres venirte con nosotras? —la reta Pilar.

Las miradas de ambas se cruzan en mitad del pontón y por un momento parece que las chispas van a hacerlo arder. Ana no sabe a qué la está retando Pilar exactamente, si a contar la historia completa o a formalizar lo que hay entre ellas dos lejos de las lindes de Villanueva.

—Yo… No…

Pilar se acerca a Ana, la toma de las manos, la mira a los ojos. Sabe que el final del viaje se aproxima. En cuanto la barca toque la orilla, no volverá al pueblo. Ana se retrae un poco, sintiéndose el centro de las miradas, pero no se suelta.

—Ya nada te retiene aquí, Ana. Vente conmigo. Date esta oportunidad.

La mujer tiembla y su vieja amiga le aprieta las manos con fuerza.

—¿Tú… querrías?

Pilar asiente.

El barquero se inclina hacia Eulalio.

—¿Se van a besar?

—No sería la primera vez que estos ojos llenos de cataratas lo ven —responde el viudo.

El padre Miguel aparta la mirada por pudor, sí, pero también para liberar a Ana del sentimiento de culpa.

Irene trajina con la sujeción de la prótesis. Cuando por fin la tiene amarrada, Laura le toma la mano y le aprieta los dedos. Apenas puede contener un suspiro de emoción.

Pilar y Ana parecen rejuvenecer ante sus ojos. De nuevo, una estela brillante pasa por debajo del barco y les ilumina momentáneamente. Un murmullo se oye: *“y tu risa encantadora, que hace brotar el deseo en mi pecho; pues tan pronto te miro, no puedo hablar”*.

—¿Oyes eso? —le susurra Irene a Laura. Las voces parecen emerger del agua.

—*La lengua se me quiebra* —sigue la conservadora que gira la cabeza para localizar el origen del murmullo—, *al instante un fuego sutil corre bajo mi piel, nada veo con los ojos, me zumban los oídos* —Mira a Irene—. Es el Fragmento 31 de Safo.

—*Me baja un sudor frío, un temblor me apresa entera, estoy más pálida que la hierba* — murmura Pilar, que se aproxima a Ana y humedece sus labios.

—*Y me parece que a nada estoy de morir* —concluye Ana que, aunque paralizada, ha mojado sus labios con la lengua y los entreabre, expectante. Por fin, está lista para recibir a su amante sin miedo ni remordimientos.

—¡No! —grita el cura cuando apenas las separan unos centímetros.

—¡Venga ya, meapilas! Solo es un beso —protesta el barquero.

Todos los ojos se clavan en el padre Miguel y no tardan en descubrir que no pretende impedir el beso. Tiene el brazo extendido y el dedo apuntando a la orilla. Los tripulantes de la barca dirigen sus miradas hacia el punto donde señala el cura.

—Se acabó el viaje —dice Carmen desde la orilla.

Tiene las manos guardadas en los bolsillos de una chupa de cuero. El pelo recogido en una coleta, lista para la acción.

—¿Carmen? ¿Qué haces aquí? —pregunta Irene.

La extranjera saca un arma del bolsillo y apunta hacia Laura. Ahora que casi había entrado en calor por el cariño y cuidados de su ex, Irene vuelve a palidecer al confirmar que su amante de una noche es una ladrona de ánforas de Safo.

La tripa de la barca roza el lodo de la orilla y se frena. De detrás de un árbol emerge la figura del tipo de la perilla, riñonera en la cintura, pistola en la mano. Entre los dos bloquean el paso hacia la furgoneta de Eulalio y el coche de Pilar.

No hay escapatoria posible.

—PORTAOS bien y no hagáis movimientos extraños —pide Carmen. Avanza hacia la barca y pide a Laura y sólo a ella que baje lentamente.

—Es la mujer con la que me acosté —le susurra Irene.

—¿No fastidies? —dice Laura con sarcasmo—. Al final, el principal riesgo para el ánfora resultaste ser tú misma.

—Oye, que yo sólo quería echar un polvo.

—Y preferiste echarlo con una desconocida a conmigo, ya veo.

—¡Callaos! —ordena la ladrona—. Ven aquí. ¡Ahora!

Para enfatizar la orden, la mujer levanta el arma y dispara. Docenas de aves agazapadas en las copas de los árboles salen volando. El barquero distingue patos, cormoranes, palomas, lavanderas, algún martín pescador y hasta una garza real que vuela asustada y torpe entre todos ellos.

Laura acata la orden y baja del pontón haciendo de cualquier superficie sólida un pasamanos.

—Tampoco hace falta que te pongas así.

Cuando llega a su lado, Carmen levanta las cejas.

—A estas alturas ya sabrás quién soy —le dice.

Laura no cae. Es decir, al ver al tipo de la perilla ha sumado 2+2 y le ha dado como resultado ladrones de arte, pero no entiende a qué viene la pregunta de la mujer.

—¿Debería hacerlo?

La pregunta hiere el ego de la ladrona, pero insiste.

—Si me pongo un gorro rojo y una peluca de melena oscura, ¿te ayudaría algo? —dice la ladrona.

Por fin Laura comprende. No es Carmen Sandiego, pero juega a serlo.

—Suzette Munszick, supongo —dice para dar empaque y luego se arrepiente de haber usado la frase del doctor Livingston porque Munszick no merece tal honor—. Te imaginaba más

alta.

Al secuaz de la perilla le emana una risa de la boca. La ladrona se gira para censurarle y el hombre vuelve a su posición de alerta, arma en alto.

Sabía que les seguían, sabía que el objetivo era el ánfora, y ahora que sabe quién quiere arrebatársela Laura entiende que tiene todas las de perder. No hay robo que la famosa ladrona no planee que no resulte en un éxito. Por las buenas o por las malas, Munszick siempre consigue sus dos propósitos: la pieza de arte que desea y salir sin ser reconocida. Y es esto lo que más escama a Laura. Si ella e Irene la reconocen, ¿significa eso que las va a matar para no dejar testigos?

Con el arma, Suzette le indica el camino a seguir. El tipo de la perilla sigue apuntando al grupo de la barca.

—No hagas ningún movimiento raro —le pide la ladrona a Laura—. El museo no merece la pena.

El ánfora trota en su espalda a cada paso que da. Calcula cuánta distancia la separa de Suzette; otea más allá de su cabeza, en busca de una salida; sopesa sus propias fuerzas. Tiene razón: el museo no merece la pena, pero el ánfora sí.

Es el momento para el que se ha estado preparando toda su vida trepando árboles, peleándose con chicos, viendo las películas de *Indiana Jones* y *Tomb Raider*, reptando por los tejados, yendo al gimnasio a trepar cuerdas y mover enormes ruedas de tractor. Laura nota cómo la camiseta se le queda pequeña, sus músculos crecen, la sangre bombea feroz, la piel se le eriza.

Reúne sus dedos en sendos puños. Lista para la lucha.

Se vuelve hacia la ladrona, se agacha y extiende la pierna. Sentadilla con giro de bailarina para golpear la pierna de Munszick y que esta caiga al suelo.

—¡Ja! —exclama victoriosa mientras gira.

Pero Suzette está más lejos de lo que ha calculado y apenas la roza. Laura, que esperaba el impacto, cae de culo al suelo y tiene que apoyar las manos para no caerse sobre el ánfora. En la barca, Irene gira la cara de la vergüenza.

—Te he dicho que no hagas ningún movimiento extraño.

Suzette se acerca a Laura hasta hacerle sombra. La mira desde arriba, la apunta con el arma y baja el brazo hasta que el cañón choca con su pecho.

—Si no te he matado ya es porque no soy una asesina, ni una simple ladrona. Sé que tú apreciarás que yo me lleve el ánfora cuando te explique mis motivos.

—No creo que pueda apreciar nunca a una ladrona de arte.

—Has llegado a apreciar a Rosario, ¿no?

Laura chasca la lengua con fastidio, porque Munszick tiene razón. Pero Rosario no era una ladrona; era una restauradora, como ella. Una restauradora de su historia en común: la de las mujeres sáficas.

Suzette se yergue y le ofrece la mano libre a Laura para ayudarla a levantarse. Como Laura no la toma, vuelve a agacharse y la coge del brazo con violencia para auparla de un tirón. Podía imaginarla más alta, pero desde luego Laura no pensaba que la ladrona tuviera tanta fuerza.

—Camina —le ordena.

Esta vez, la conservadora obedece sin trucos.

El secuaz de la perilla camina de espaldas a ellas, de cara al grupo, sin dejar de vigilarles con la pistola en alto.

Cuando el hombre llega al coche, Laura ya está en la parte de atrás y Suzette en el asiento del copiloto acunando el ánfora entre sus brazos.

EL acelerón del coche de Suzette es como una alarma que despierta al resto.

—¡El ánfora! —grita Ana señalando la evidencia. Ha bajado de la barca a paso ligero, casi corriendo, como si pretendiera perseguir a pie al coche huido.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta el padre Miguel al que, del susto, se le ha desabrochado el alzacuellos.

—Suzette Munscik, la ladrona de arte más famosa del planeta nos ha robado el ánfora.

Al oír que Irene usa la primera persona del plural, Eulalio baja de la barca con la ayuda del barquero.

—A mí no me incluyas en esto, chiquilla; yo sólo quiero pasar página de una vez. El ánfora ya era vuestra cuando os la han robado.

Irene gruñe, pero el hombre tiene razón.

—Pues entonces, es cosa nuestra también —dice Pilar. Saca las llaves del coche de su bolsillo y acciona el mando. Los faros de un Opel Corsa azul aparcado a un lado del camino se iluminan—. Al coche, ¡vamos!

La mujer sale corriendo. Como al padre Miguel, la coleta también se le ha deshecho, varios mechones rosas le bailan en la nuca. Irene la sigue. Corre cojeando abruptamente, no está muy segura del cierre de su pierna y no quiere pisar firme.

Pilar se detiene y gira el cuerpo. Le extiende a Ana la mano.

—¡Venga, vamos! —le dice. Ana da un respingo, pero no se mueve. Está pegada al cura, como cuando le sujeta el platillo en el momento de la comunión. Mira al hombre con exagerada aflicción.

El padre Miguel suspira resignado y se vuelve hacia a Ana. Le hace la seña de la cruz con los dedos y le dice

—*Ego te absolvo…*

Apenas ha escuchado las primeras palabras, Ana corre al encuentro de Pilar con una sonrisa inédita en ella.

—Señor, ayuda a estas mujeres en el viaje hacia su verdad.

—Amén, padre —dice el barquero.

Pilar introduce la llave con entusiasmo. Las tres mujeres esperan escuchar el rugido del coche, incluyendo la propia dueña, pero el rugido acaba siendo más bien un ronroneo, el ronroneo de un gato al que acaban de despertar de su siesta junto al radiador. Pilar pisa el acelerador y el coche arranca despacio. Tarda unos metros en alcanzar una buena velocidad que les permita, al menos, adivinar la estela del coche de Suzette. Siguen las huellas recién marcadas en el camino húmedo aún por varios días de niebla. La aguja de las revoluciones amenaza con salirse del círculo que la acota. Pilar mete tercera antes de romper el motor.

—¡Ahí están! —señala Irene desde el asiento del copiloto.

Ana introduce la cabeza entre los asientos delanteros.

—¿Cuál es exactamente el plan?

—Este —responde Pilar.

Acelera un poco más. De nuevo la aguja quiere salir disparada. Pilar empuja el volante, como queriendo ayudar a su coche. En seguida se ponen detrás de Suzette. El guardabarros del Corsa impacta contra el parachoques del coche de la ladrona. Aunque estuvieran preparadas, el impacto las remueve por dentro y por fuera. Irene da gracias por no haber desayunado. Si no, las tostadas con mermelada estarían ahora por el salpicadero del coche de Pilar.

Por la ventanilla trasera del coche de Suzette aparece la cabeza de Laura. Mueve las manos, se las lleva a la cabeza, se puede leer en sus labios cómo las llama locas, pero también cómo sonríe al ver a Irene totalmente entregada a la aventura.

Pilar embiste de nuevo. El hombre de la perilla pierde el control del coche por un segundo y la cabeza de Laura desaparece. Las ruedas derrapan, resbalan en el barro y las hojas caídas de los árboles que dan sombra a la senda. El coche vira hasta casi ponerse cruzado en mitad del camino. Pero la pericia de su conductor lo vuelve a poner derecho y aprovecha el momento para tomar más velocidad. El barro salpica la luna del Corsa.

—Acelera, Pilarín, ¡se están alejando! —le pide Ana.

—El coche no da para más. Lo compré para hacer la compra en el supermercado, no para perseguir a ladrones por los caminos de Bermejo.

Una bombilla se les enciende a las dos mujeres. Pilar baja la velocidad y mira a Ana por el retrovisor interior. Las arrugas de la comisura de sus ojos se juntan y los hacen casi desaparecer. En su idioma secreto, la entiende. Ana le da permiso para ejecutar su plan apretándole el hombro. Una corriente la lleva de nuevo a la cama, desnuda bajo las mantas, con el cuerpo de Pilar pegado al suyo. Tienen 18 años y 72 años al mismo tiempo.

—Los estamos perdiendo. ¡No frenes ahora! —Irene agarra del brazo a Pilar en un intento de transferir su fuerza hacia el pie que pisa el acelerador.

Parece que funciona y Pilar vuelve a tomar velocidad, pero en lugar de seguir tras el coche de Suzette y Laura, mete un acelerón para saltar el talud que separa el camino del bosque. El coche se adentra en la arboleda con decenas de pinos impidiéndoles el paso.

—¿Qué haces? —Puede que Irene no vea muy bien sin sus gafas, pero los árboles no le impiden ver el bosque en el que se han metido.

—Nos conocemos estas sendas como la palma de nuestra mano, Irene —dice Ana.

—Demasiados besos a escondidas —añade Pilar—. Sabemos lo que hacemos.

Irene las mira y solo ve a un par de septuagenarias desubicadas que miran hacia adelante como si la vida les fuera en ello. En realidad, es cierto. Si para Irene los árboles son una amenaza constante que se cierne sobre ellas (y sus gritos así lo hacen entender), las mujeres los ven como aliados que se apartan para mostrarles senderos despejados hacia su destino. Los mismos árboles que cobijaron a Rosario en su huida, el mismo bosque que la arrojó al pueblo con la vasija en sus manos y la respiración entrecortada.

—¡Están ahí! —Ana señala por una de las ventanillas laterales.

Irene estira el cuello.

—¿Y cuál es el plan exactamente?

—¡Este! —dice Pilar que le ha cogido el gusto a ser la dueña del factor sorpresa. Gira el volante y un árbol se aparta de su camino. El coche se precipita pendiente abajo. Las tres mujeres echan sus cuerpos hacia atrás. Cuando el Corsa alcanza la carretera, Pilar se asegura de que su coche quede por delante del de los ladrones, cortándole el camino. Con unos reflejos impropios de una mujer de su edad, Pilar echa el freno de mano al tiempo que gira el volante y el vehículo queda clavado en mitad de la carretera, frente a frente con el de Suzette, que tiene que frenar para no estamparse con el Corsa azul—. No está mal, eh.

Irene la mira con la cara pálida y las uñas clavadas al asidero de la puerta.

—¿Por qué seguimos vivas? —se pregunta.

—Porque estamos bendecidas por el padre Miguel —responde Ana.

A través de la luna delantera ven a Suzette saliendo del coche. En una mano la bolsa con el ánfora, en la otra un arma. Apenas se le ven los ojos ya que sus cejas están tan cerradas que la sombra le llega hasta los pómulos. Levanta las manos que sujetan el arma y apunta al coche.

—¡Aparta de ahí! —grita.

Ana e Irene gritan al ver la pistola. Pilar finge no encontrar el volante.

—Pilarín, mueve el coche, por tu madre —le ruega Ana.

—Nunca te cayó bien mi madre —responde Pilar con sorna.

—¿Ahora vas a venir con reproches?

—¡Moveos! —sigue gritando Suzette.

—No, son reproches. Es la verdad. Y no entiendo por qué no os caíais bien si erais igual de beatas.

—Quizá porque ninguna de las dos entendía lo que pasaba entre nosotras.

—Oh, Ana, ahora no vengas de inocente que lo sabías perfectamente. Ya lo habías vivido con Milagros.

—Chicas, tiene un arma, no es el momento de tener esta discusión.

Puede que Suzette hubiera tenido mucha paciencia para esperar al momento adecuado de hacerse con una pieza, pero una vez la tiene en su poder, es una mujer de mecha corta. Tan corta como la de su arma. La ladrona apunta con el arma al cielo y dispara. El eco del estallido rebota en el bosque y sale multiplicado en varias direcciones.

—¡He dicho que mováis el coche! No hagáis esto más complicado. Alguien saldrá herido.

Pilar toma los mandos del volante con determinación y mete primera. El coche en lugar de ir marcha atrás, como esperaban sus ocupantes, avanza lentamente.

—¿Qué haces? —pregunta Irene.

—Hay una persona en este coche que me debe un te quiero y no voy a parar hasta que me lo diga —dice Pilar con la mirada sombría.

—Estás loca —protesta Ana.

—Sí, loca por ti.

El coche avanza ante el atónito gesto de Suzette, que no esperaba una rebelión tan improvisada.

—Pilarín, por favor, para el coche y lo hablamos ahora.

—No quiero hablar, quiero que me digas que me amas.

—De verdad, este no es el momento —Irene tira de la guantera en un vano intento por hacer fuerza inversa y detener el coche, que avanza lenta e inexorablemente hacia Suzette.

La ladrona baja el brazo y apunta con su arma al cristal. Las cejas se le han levantado por la sorpresa y en sus ojos se puede ver un enorme interrogante que intenta responder por qué unas señoras mayores y una coja se le están rebelando así.

—¡Pilarín, por favor!

—No quiero que te arrepientas, no quiero que me rompas el corazón otra vez.

—No seas dramática.

—¿Dramática? —Pilar se gira hacia Ana—. Llevo 50 años esperando un te quiero por tu parte. Sé que lo tienes ahí.

—Chicas… —les ruega Irene en vano.

—No sé si lo tengo, Pilar.

Puede robar, adormecer, herir o incluso secuestrar, pero Suzette nunca ha matado a nadie. Para eso tiene a su ayudante, para el trabajo sucio. Ella es una ladrona de guante blanco, tan elegante como indetectable. La ladrona se mira las botas de montaña con hojas pegadas en la suela, las salpicaduras de barro en los bajos del pantalón de cuero, se peina un poco los mechones sueltos de su moño. Planeaba terminar el día en el jacuzzi de un hotel de cinco estrellas y ahí está, lidiando con unas pueblerinas sin nada que ganar y todo que perder. Puede que sea una ladrona, pero no una asesina. Por eso, cuando apunta con el arma al parabrisas del coche, cierra los ojos.

La yema de su dedo índice se desliza ligeramente por el gatillo de su pistola. Imprime un poco más de fuerza, casi deseando que no salga la bala.

Pero lo hace.

Puede sentir cómo el pequeño misil sale disparado por el cañón y vuela en un suspiro hacia el coche.

LAURA admiraba en cierta manera esa elegancia y seguridad de Suzette. Tenía a la ladrona como un *alter ego* con dinero, malvado e inmoral. Aventuras, amantes, arte. ¡Claro que la envidia! Y ahora que además la veía en persona, lo extrañamente guapa que era, la firmeza de sus brazos aguantando el arma, ese culo apretado y respingón en el que hundiría la cara… No podía culpar a Irene; ella también habría caído en sus redes.

Pero seguirla por las noticias no era lo mismo que ver en acción todo lo que Suzette es capaz de hacer por conseguir lo que se propone. Por eso, la admiración de Laura se rompe en cuanto la bala sale por el cañón de la pistola e impacta en la luna delantera del Corsa. Sale a hurtadillas del coche cual culebrilla. Lo hace por el lado opuesto al tipo de la perilla, que está en guardia, pistola en mano, a la espera de órdenes de su jefa. Se escabulle tras el vehículo, asida a la manilla del copiloto, y camina agachada hasta llegar a la rueda delantera. Nada la protege. Debe ser rápida. Toma aire hasta hinchar sus pulmones. Las costillas se abren, el estómago se encoge. Suelta el aire de golpe, el impulso necesario para dar tres zancadas, las tres zancadas necesarias para llegar hasta Suzette y colgarse de su cuello.

Esta vez no falla en sus cálculos.

Las dos caen al suelo. El ánfora rueda por la tierra, se desprende de la bolsa.

El secuaz no tarda en acudir a ellas. Intenta despegar a Laura, pero está tan adherida a Suzette (los brazos rodeando el cuello, las piernas en la cintura) que es imposible hacerlo sin arrastrar también a su jefa. Está tan cansado de mujeres locas de amor que las tiraría a ambas ladera abajo. Saca su arma y apunta a la espalda de Laura.

—¿Disparo, jefa?

—¡Sí! —le ordena la ladrona.

Laura se revuelve sin soltar a la ladrona de manera que ahora es ella la que está en el suelo y el arma apunta a la espalda de Suzette.

—¡No!

El hombre salta nervioso. Busca un hueco por donde apuntar a Laura, pero la conservadora de arte se mueve como una lagartija, usando el cuerpo de Suzette para protegerse. La ladrona nota el diario de Rosario a través de la ropa de Laura. Lo tiene pegado, tan cerca y le resulta imposible arrebatárselo.

Los tres escuchan el ruido del ánfora rodar por el suelo y quedan congelados. La vasija da una vuelta sobre sí misma y en su camino, choca con una piedra.

Clac.

El ánfora se detiene en el suelo. Laura y Suzette respiran forzosamente con la mirada fija en la pieza. Esperan que de un momento a otro esta se haga pedazos.

Dos segundos después, una esquirla de la boquilla se desprende y cae en el suelo.

Las dos mujeres respiran tranquilas. Para lo que podía haber sido, que la boca del ánfora sólo tenga un diente mellado es un milagro.

LAS ocupantes del coche creen que han reaccionado rápido cuando se agachan, pero hace tiempo que la bala ha atravesado el cristal.

—¿Estáis bien? —pregunta Irene.

—¿Ana? —la voz de Pilar se rompe—. ¡Ana!

El cuerpo de la señora está tumbado en el suelo, si se mueve, es imperceptible. Sin embargo, no hay sangre. Y un agujero en la luna trasera indica que la bala ha salido limpia.

Pilar extiende la mano y toca el cuerpo de Ana. El corazón le late desbocado. Si la bala no la ha matado, lo hará un infarto.

—Estoy aquí, mi amor —le dice Pilar para calmarla. Se escurre hacia el asiento de atrás. La palanca de cambios se le clava en el interior del muslo, el freno de mano se le engancha en algún sitio y debe tirar de él para soltarse. Pese a los obstáculos, se cuela en los asientos traseros y abraza a Ana, que le devuelve el gesto más fuerte, más intenso. Las dos lloran.

—Pilarín, te quiero, te quiero —dice Ana con la voz ahogada en el cuello de Pilar.

—Han tenido que dispararte para que por fin soltaras lo que llevas dentro.

—50 años y un disparo —Ana sonríe con resignación.

Irene se asoma con miedo a la carretera. Si Suzette ha disparado una vez, puede hacerlo de nuevo. Sin embargo, cuando avista el exterior no ve a la ladrona. Estira un poco más el cuello y la ve en el suelo, peleando con Laura y el tipo de la perilla intentando separarlas.

Pero por alguna extraña razón, cada vez las ve más lejos, como si estuvieran en una cinta transportadora que las llevara hacia atrás. Le cuesta entender qué está pasando porque está tan agitada que no aprecia el movimiento del Corsa. Como Pilar y Ana, que se sonríen y se besan en la parte de atrás, el terremoto interno aplaca cualquier sensación de movimiento externo. En apenas unos minutos han perseguido a un coche, lo han embestido con su guardabarros, se han internado en el bosque, abriéndose paso entre los árboles y bajado por la ladera para quedarse cruzado en la carretera. A Irene no le extrañaría que el corazón se le hubiera colocado en el bazo, y el riñón en el omóplato. Cualquier cosa es posible.

Por eso a Irene no le resulta raro seguir viendo cómo aumenta la perspectiva del lugar de la pelea entre Suzette y Laura. Tarda unos segundos en darse cuenta de que es su coche el que se está moviendo hacia atrás, directamente hacia la pendiente de la carretera.

El corazón se le coloca de nuevo en otro sitio. Por su incapacidad para respirar, quizá haya ocupado el lugar de un pulmón. Mira por la ventanilla. El desnivel no es muy pronunciado, pero es suficiente como para que el vehículo caiga dando vueltas de campana.

En una fracción de segundo sopesa sus posibilidades. No tiene la agilidad ni la seguridad como para saltar por la ventanilla. Además, lo haría directamente hacia el lado de la montaña. Y dejaría a Pilar y Ana dentro del coche, indefensas.

Tampoco tiene tiempo de ocupar el asiento del conductor y tomar los mandos del volante para virar el coche hacia un lugar seguro.

Es joven, pero se siente mayor, torpe, como si todo el bosque se le hubiera volcado encima y la hubiera enterrado viva.

Para su suerte, Pilar es mayor, pero se siente joven. Más joven que nunca. En un movimiento ágil que le cuesta un par de crujidos de espalda, se inclina hacia adelante y tira del freno de mano. Lo hace a medias. La fuerza no le ha dado para más. Las ruedas traseras se detienen, pero las delanteras siguen cediendo a la gravedad. El vehículo gira lenta pero inexorablemente hacia su derecha, empeñado en caer por la ladera de la carretera.

Irene ve cada vez más cerca la pendiente. También ve cada vez más cerca un viejo amigo. El quitamiedos frena la deriva del Corsa. A Irene se le mete por dentro el chirrido que restalla cuando el coche impacta con el frío y duro metal de la barrera que separa la carretera de la caída. Como una cremallera oxidada, el crujido sube hasta su tálamo y baja por la médula espinal, rasga

su entrepierna y hiere la pierna ausente.

—¿Estás bien, Irene? —pregunta Ana.

La agente de seguros se toma un momento antes de asentir con la cabeza. Le duelen los dientes de tanto apretar.

La puerta del conductor se abre. Asoma la perilla negra y recortada del ladrón.

—Tú, fuera —le dice a Irene encañonándola con el arma—. Vosotras no hagáis ninguna tontería o no tendréis final feliz.

Irene mira de nuevo por la ventanilla para encontrar entre la vegetación de la ladera alguna alternativa.

—¡Venga! —le apremia el hombre.

—No les hagáis daño —le ruega Pilar.

El hombre agarrar a Irene del brazo y la saca del coche a rastras.

—No se preocupen, señoras. Por alguna extraña razón, mi jefa las quiere vivas.

El tono calmado y educado del hombre logra convencer a las mujeres. Sin embargo Irene sabe que es sólo una excusa. Llámalo intuición, llámalo que ha escuchado soltar el seguro de su arma cuando se la ha clavado en lo que era antes los riñones y ahora, con tanto movimiento interno, vete tú a saber.

EL trayecto es corto. Tiene que serlo. Suzette no puede soportar ni un minuto más las patadas de Laura en su asiento.

—¡¿Quieres parar?! —le grita—. Vas a terminar por romper el ánfora.

—¡Pues que se rompa! —Laura da una fuerte patada al asiento de Suzette.

La ladrona le lanza un puñetazo al lateral del muslo, un calmante que deja a Laura retorciéndose de dolor en el asiento de atrás.

—Te lo has ganado, por pesada —dice Irene.

Ambas tienen las manos atadas a la espalda con unas bridas de plástico

—¿Ni siquiera ahora te vas a poner de mi parte? —Laura se revuelve—. Nunca me has apoyado, pero esperaba que en una situación de vida o muerte…

—¡Un momento! —las interrumpe Suzette que acaba de caer en una cosa. Se gira, señala a Irene y luego a Laura—. ¿Ella es la famosa ex de la que no parabas de hablar?

A Laura se le hincha el pecho al oír aquello.

—¿Hablas de mí en tus citas?

—No era una cita —se defiende Irene.

Las cejas del hombre de la perilla se mueven al compás de su mente entrelazando los hilos de ese triángulo amoroso.

—Era una cita —dice Suzette—, pero ella no lo sabía.

—¡Me utilizaste! Eres cruel… Te puedes imaginar lo que me cuesta desnudarme ante cualquier persona.

—Quizá fuiste tú la que me utilizaste a mí.

—¿¿Yo??

Suzette querría sentarse junto a ellas, pero el ánfora sobre sus rodillas le recuerda qué hace ahí.

—Una desconocida a la que no vas a volver a ver en la vida parece una buena opción para ir perdiendo los complejos sobre tu cuerpo. Dijiste que no te habías desnudado con nadie más desde que lo hicieras con tu ex.

—Le dejé huella —dice Laura con sorna.

—No me dejaste nada. Un cabreo monumental. Eso fue lo que me dejaste.

—¿Un cabreo por qué?

—Porque no maduras. Eres como una niña pequeña con tus aventuritas en la cabeza.

—¿Y esto te parece que está en mi cabeza? —dice Laura girándose para hacer visibles sus manos atadas.

—No, si encima estarás disfrutando…

—Bueno, vale ya, esto no es una terapia de pareja —dice Suzette.

—Ex pareja —responden las secuestradas a la vez.

La ladrona despliega un mapa y da unas indicaciones a su cómplice.

—Vais a tener que acostumbraros a estar juntas —dice la ladrona sin despegar la vista del camino de piedras en el que están metidos—. Por lo menos unas horas más. Tengo que asegurarme de que no me seguís. Sois muy pesadas.

El coche llega a un claro, una masa de tierra más o menos uniforme con algún arbusto perdido que hace balancear el coche cuando pasa por encima. Laura se golpea contra el asidero de su puerta e Irene clama al cielo un poco de paciencia.

En el claro hay una estructura precaria, un antiguo granero que se cae a pedazos. Es pequeño, de unos 40 metros cuadrados, con un tejado a dos aguas y ventanas cerradas a todas las caras. Suzette baja del coche y abre la puerta de Laura. La agarra del brazo y la saca a rastras. El secuaz hace lo propio con Irene.

—No me toques —protesta la agente de seguros. Tropieza al caminar. Sus zapatos no están hechos para pisar un terreno tan irregular.

Laura, por el contrario, se apaña muy bien con sus zapatillas deportivas. Mira de reojo a Irene. Parece que le ha transferido su torpeza y ríe por dentro. Luego se arrepiente. Al final, no es más que una esclava de su formalidad. Tan recta, tan sensata. Tan “esta cama está mal hecha”, tan “has metido una braga negra en la colada de blanco”, tan “¿cómo voy a tener un hijo contigo si hasta se te quema el puré instantáneo?”. Y al final las dos han terminado en el mismo sitio: frente al enorme portón de un granero abandonado. La ladrona saca de nuevo su arma y Laura entorna los ojos. El hombre de la perilla se dirige a abrir el portón.

—No nos vas a matar.

Suzette le dedica media sonrisa irónica.

—Ella no, pero yo sí podría —dice el hombre que parece haber tomado el control de la situación. Vuelve de abrir el portón con el arma en la mano—. Adentro, ¡vamos!

Laura apenas reconoce su voz. El timbre limpio y claro con el que se disculpaba cuando la conservadora sospechaba de él se ha tornado oscuro y espeluznante, más acorde a su aspecto de tipo malo.

Nada más entrar, el polvo entra en sus gargantas. Las mujeres tosen. El hombre apenas carraspea un poco. Laura nota cómo las partículas se posan en sus muelas, cómo puede masticar las motas de arena, las limaduras de paja, vestigios en el aire que acreditan lo que albergó un día ese hangar. El granero está peor de lo que parecía. Es un milagro que se mantenga en pie con toda la madera podrida o carcomida. El suelo cruje a su paso. Suzette se aleja del grupo y arrastra un banco por la madera podrida del suelo. Las patas lijan el piso y el eco del chirrido se pierde en el espacio que las rodea. A Irene vuelve a recorrerle un escalofrío por la médula espinal. Querría taparse los oídos.

—¿Te costaba mucho traer el banco sin arrastrarlo?

—Forma parte del castigo.

—Pero, ¿castigo por qué, a ver? —quiere saber Laura.

—Sentaos —les pide Suzette—. Espalda con espalda.

Las chicas obedecen y se sientan a horcajadas en el banco. El hombre de la perilla saca una tercera brida de su riñonera y enlaza con ella las bridas que rodean sus muñecas, de manera que ahora, además de estar atadas por la espalda, están unidas entre sí. Una vez ha terminado, el hombre se coloca junto a Suzette, a la espera de nuevas órdenes.

—Haz un par de montoncitos de cosas que ardan con lo que encuentres por aquí.

El hombre obedece y va recolectando por el granero herramientas de madera, fardos de heno que se deshacen al tocarlos, listones de las paredes, tablas del suelo medio sueltas. Las va colocando frente a las prisioneras haciendo una pirámide.

—¿Sabes, Irene? —comienza Suzette—. Podía no haber ido al bar a conocerte. Ya sabía vuestro *planning*, no necesitaba información extra por tu parte. De hecho creo que yo te aporté más que tú a mí, ¿verdad?

Laura se gira a Irene.

—¡Claro! —Laura se golpea en la frente—. Fue ella la que te dijo todo eso de Safo. Ya decía yo que era imposible que lo hubieras recordado de cuando yo te contaba cosas. No me hacías caso.

—¡Sí te hacía caso!

—¡A callar! —ordena Suzette—. Este es el momento en el que explico mis motivos para hacerme con el ánfora. No me lo robéis —La ladrona gira el cuello un par de veces hasta que consigue sacar un crujido de sus cervicales—. Como iba diciendo… Fui al bar para conocerte, Irene. Eres una mujer muy inteligente, y muy guapa.

—No le hagas caso, eh. Sólo quiere engatusarte —dice Laura.

—¿Acaso tú no crees que yo sea guapa e inteligente? —protesta Irene.

—¡Claro que lo creo!

Suzette pone los ojos en blanco. Carga su arma y las dos mujeres enmudecen.

—No me considero una asesina pero estoy dispuesta a hacer una excepción con vosotras si no dejáis de discutir. Dios, no me extraña que rompieseis. Yo os iba a pedir ser mis socias, pero no quiero aguantaros ni un minuto más.

—¿Tus socias? —pregunta Laura.

—Así es, Laura, haríamos el equipo perfecto —dice Suzette. La conservadora nota cómo se le expande el corazón cuando la ladrona dice su nombre—. Con tus conocimientos de arte y tus ansias de aventura podríamos hacer un buen equipo.

—Ahora es ella la que quiere engatusarte a ti —susurra Irene.

—Y tú, Irene, vas a ser sustituida por una IA. Yo os ofrezco viajar por el mundo, estudiar, vivir del arte…

—Robar, secuestrar, por lo visto también quemar personas —añade Laura al ver que la pira que está construyendo el secuaz ya alcanza la altura de sus cabezas—. No, gracias. Prefiero seguir trabajando en mi museo.

—¿Un museo al que nadie va y en el que nadie iba a apreciar este ánfora? —Suzette levanta la bolsa de pan—. ¡Por eso estoy aquí! Para terminar lo que empezaron mujeres como Rosario: recopilar todo el arte hecho por mujeres como nosotras, mujeres que aman a otras mujeres y darles el valor y la importancia que se merecen para nuestra comunidad, nuestra historia.

—No, si encima serás la buena samaritana sáfica —dice Irene.

—¡Lo soy! Ninguna otra persona en este planeta apreciará mejor este ánfora que yo. Es el ánfora de Safo, la mujer por la que nos llaman sáficas; es la pieza angular de mi colección privada. Llevaba años detrás de ella.

—¿Y de qué le sirve a las mujeres lesbianas si la vas a seguir ocultando al mundo, que es lo que han hecho con nuestra cultura durante toda la historia? Menuda cínica.

Suzette recibe la pregunta como un golpe. Era la intención de Laura, así que la conservadora sonríe victoriosa. La ladrona baja la bolsa. Un rictus serio le ha congelado la cara. Se acerca a su secuaz y de su riñonera saca un mechero Zippo. No deja de mirar a las dos mujeres ni un momento.

—He colocado la paja debajo —le informa el tipo de la perilla—. Así prenderá más rápido.

—Estupendo —dice Suzette—. Ve arrancando el coche.

El hombre sale corriendo.

—Suzette, recuerda, no eres una asesina —dice Irene.

El chasquido del Zippo al abrirse restalla en el hangar.

—Irene, recuerda —responde Suzette—, tuviste una oportunidad.

Suzette posa el pulgar en la ruleta del mechero. Laura puede ver cómo se tensionan los tendones de la muñeca para imprimirle fuerza.

—Ella es así, Suzette, no se lo tengas en cuenta —interviene Laura con la respiración entrecortada—. No sabe lo que quiere, te lo digo por experiencia, pero sé que quiere irse contigo. Lo que pasa es que le da miedo admitirlo.

—¿Qué dices? —Irene se gira hacia Laura sin comprender.

—Suéltala. Se va contigo. Hacéis un equipo perfecto. La gafitas y la aventurera. Yo… No no supe retenerla.

—¿Qué estás diciendo, Laura?

Laura se gira hacia ella para mirarla cara a cara, pero el cuello no le da más que para verle medio rostro.

—Reconócelo, Irene. Te gusta Suzette. Mucho. Mírala. Es culta, y está fuerte, la tía, y es guapa y tiene dinero. ¿A quién no le gustaría? ¿Quieres tener hijos, Suzette?

—Claro que no —responde la ladrona un poco perpleja por el giro de la conversación.

—¿Ves? La pareja perfecta. Ella no se pondrá pesada con eso. Estáis en la misma onda. Si es que se os ve. La química —Laura hincha los orificios de la nariz— puedo olerla desde aquí.

La perplejidad también ataca a Irene. Sabe lo que Laura pretende: que le siga el juego, que diga que sí, que está enamorada de Suzette desde que la vio en el bar y que desearía irse con ella. Un teatrillo para salvar su vida. Ahora le toca a ella decidir qué papel quiere jugar, si el de la mujer enamorada de la sofisticación y pericia de la ladrona o…

—No. No estoy enamorada de Suzette. El sexo fue mediocre y no quiero fugarme con ella.

—¿Ni siquiera para salir con vida de aquí? —pregunta Suzette sin ocultar su decepción.

—Has dicho que no eras una asesina.

El pulgar de la ladrona roza la ruleta del *zippo* y prende una llama. Es tan larga que la propia Suzette se asusta un poco. De un bolsillo interno de su chaqueta saca una petaca.

—Espíritu del Pantano —dice—. Un recuerdo de esta aventura en forma de licor.

Da un trago y se le tuerce la cara. Exhala. Sonríe a Irene con complicidad y brinda por ella. Irene desaira su gesto, así que Suzette se encoge de hombros y vierte parte del contenido de la petaca en la pira y luego hace un hilillo por el suelo de madera.

—Tenéis razón: No soy una asesina —Suzette se agacha con cierto esfuerzo. Esta aventura le está costando más de lo que esperaba, pero ya está un paso más cerca de completar su colección—. Pero vosotras vais a morir.

Acerca el mechero al extremo del pequeño riachuelo de espíritu del pantano, mira a sus némesis por última vez y sonríe con malicia. Al final les ha cogido cariño. Una lástima. La llama

se refleja en sus ojos. Al instante siguiente, la llama permuta en un hilo de fuego. Es tan intenso que lo nota en la piel de su rostro. Nota el calor. Se recrea unos segundos para que las chicas puedan verla reír a través de las llamas. Está cerca de completar su propia misión.

Suzette sale corriendo del granero. Laura e Irene pueden oír cómo el motor del coche ruge y las ruedas patinan en el suelo de barro.

El hilo de fuego alcanza la pirámide de maderas y paja. El fuego se hace más intenso en su interior, como un corazón que late con fuerza antes de detenerse para siempre.

LAURA lucha por desatarse, pero lo único que hace es agitar el cuerpo de Irene.

—¿Quieres parar? —le pide Irene.

—Oh, perdona por querer salvar la vida. Vamos a levantarnos de este banco. El calor me está matando.

Pese a que las dos mujeres se ponen en pie, el banco no se despega de sus traseros.

—Mierda: nos ha atado también al banco.

Las bridas de plástico les cercenan las muñecas. Avanzan unos pasos. Incapaz de coordinarse, Irene tropieza y cae al suelo y sobre ella caen el banco y la propia Laura.

—Perdón —se disculpa la conservadora.

—Ha sido culpa mía. No tengo bien colocada la pierna.

—Es difícil avanzar pegada a un banco y a tu ex —dice Laura con cierta sorna.

—¿Lo dices por la hipoteca que teníamos a medias? —Irene ríe por no llorar. Su carcajada hace eco en el hangar y rebota en el pecho de Laura, que se contagia y ríe también.

Vuelven a encajarse la una a la otra. Intentan sentarse en el suelo, usando el banco como respaldo, pero la brida anudada al banco les tira y tienen que sentarse de nuevo espalda con espalda. Han quedado a un par de metros de la pira. El secuaz se lo ha currado y es casi una obra de arte. Si no fuera porque el humo empieza a inundar la estancia, las dos mujeres podrían mirarla durante horas.

—Estúpida Irene… —susurra Laura—. Tendrías que haberte ido con ella.

El humo ha penetrado en su garganta y tose un par de veces. Laura espera de Irene una declaración, un “prefiero morir aquí contigo” que le de sentido a todo eso. Pero no, Irene tiene su propia idea en la cabeza.

—La verdad es que sí, podría haberme ido con ella.

Callan. Sólo el crepitar de la hoguera se oye. Ni una rueda de vehículo, ni una sirena de bomberos, ni un grito alertando del fuego. El humo se hace insoportable. La pira pierde la verticalidad conforme los maderos de la base se transforman en cenizas. Una brasa alcanza el pie de Laura.

—Ahora comenzará a arder el suelo, las paredes. Pero para entonces, ya estaremos inconscientes, si no muertas.

—Maravilloso.

Les cuesta mantenerse despiertas. Podrían salir del granero. Trabajar por una vez en equipo para andar hacia la puerta, abrirla. Sufrirían un poco con las muñecas en las maniobras pero saldrían. El fuego se mantiene en su sitio. Hasta parece que va a apagarse. Esa falta de urgencia las lleva a la inacción.

—De verdad ese ánfora es tan especial? —pregunta Irene con el cerebro a medias. Le da la sensación de que las últimas 48 horas, entre el alcohol, el agua y el fuego, ha pasado más tiempo en otro estado mental que lúcida.

—Nos ha unido de nuevo, ¿no? —responde Laura sin pensarlo.

—Ya, bueno, esto ha sido una casualidad.

—¿Y no es suficiente?

—Laura, no empieces —insiste Irene.

—No empieces, no empieces —Laura le hace la burla—. Siempre estás con eso. Dejamos la relación y aún no habíamos empezado.

—¡Pero si vivíamos juntas! —argumenta Irene.

—Meh.

—¿Cómo que meh?

—¡Venga, Irene! Parecíamos un patrón lésbico tóxico: me *estalkeas*, te enamoras, me conoces en persona, te vienes a vivir conmigo. Y cuando te pregunto si quieres tener un hijo, ¡zas! Adiós.

—Laura, no em…

—No empieces —vuelve a hacerle la burla—. Vamos a morir, Irene, si no empiezo ahora, ¿cuándo?

La revelación deja a Irene sin argumentos. También está sin fuerzas, pero eso es cosa del humo, no de su ex.

—Está bien —concede Irene—, vamos a ello, vamos a soltar toda la mierda. Ahora que el humo empieza a cegarnos será más fácil —Se recoloca en el banco. Le empieza a doler el culo —. No quería tener hijos contigo porque eres incapaz de cuidar de ti misma como para cuidar de otra persona.

—¿Que soy incapaz de cuidar de mí misma? ¿No será que eres tú la que tienes miedo de que tu discapacidad sea un obstáculo para cuidar a un niño y vuelcas tu sentimiento de culpa en mí?

—Y dale con el psicoanálisis. No toda mi vida gira en torno a mi discapacidad, ¿vale? Yo al menos no me voy dando golpes con todo, ni se me caen las cosas de las manos. ¿Te imaginas que se te cae el niño de los brazos?

—¿Se me ha caído acaso el ánfora en algún momento? —pregunta Laura con retintín.

—No, pero nos la han robado.

Laura gruñe. Quiere hacerlo con fuerza, pero se siente débil.

—No he sido yo la que se ha acostado con la que nos ha robado al niño.

—Estaba enfadada, Laura. Estaba enfadada precisamente por tu infantilismo. Por Dios, si hasta te cortas con una cremallera. Y luego soy yo la que es incapaz de cuidarse de sí misma.

—Es que esa cremallera que llevas parece un serrucho —Laura escucha sus propias palabras y una idea restalla en su cerebro como un látigo. El látigo de Indiana Jones. Sonríe—. Quítate el pantalón.

—Laura, no vamos a hacer el amor ahora.

—Tu pantalón. Dámelo. Usaré la cremallera para cortar las bridas y salir de aquí.

—No me voy a quitar el pantalón.

La pira cae al suelo y el fuego las alcanza. El calor les abrasa la cara. La llama ha despejado el humo y sus ojos y su boca pasan de masticar humo a tragar fuego. Los órganos les arden.

—Voy.

Irene maniobra como puede para quitarse el pantalón. Usa su pie para pisar la pernera y arrastrarla hacia abajo. Encoje la tripa hasta límites insospechados para que la cintura coja holgura y salga más fácil. Ahora entiende los *outfits* deportivos de Laura: esto habría sido más fácil con un chándal. Con el pantalón, se arranca también la pierna ortopédica. El calor le quema el vello. Puede olerlo. Pisa el pantalón, prótesis incluida, y lo arrastra hacia Laura. Las dos se

inclinan y maniobran de manera coordinada para colocar la prenda entre sus espaldas. Las manos de Laura trajinan ágiles para colocar la cremallera pegada a la brida que las une. Sus dedos palpan el lugar adecuado. Tensa la cremallera y le pide a Irene que mueva las manos de un lado a otro. La agente de seguros obedece. La cremallera es torpe en su papel de sierra. Los dientes se atascan en la brida, alguno salta. Irene pierde fuerzas y no nota que se suelte.

—Sigue un poco más —dice Laura con más corazón que cabeza.

Tras un minuto interminable, las dos mujeres quedan liberadas del banco. Repiten la operación. Hacen de sierra con la primera brida que pillan. Hasta que a Laura no se le caen los brazos no saben a quién correspondía. La conservadora quiere desatar a Irene.

—Salgamos primero. Ya me desatarás después —le apremia Irene.

Ahora es el fuego el que se interpone entre ellas y la puerta.

—Por la ventana —grita Laura.

Las llamas las rodean en su huida, Irene apoyada en Laura. Dos mujeres, tres piernas, una única salida. El granero es un incendio, una sinfonía aterradora de crujidos, hierros que chirrían, y vientos metales y de madera que suenan con el bramido del fuego. Las llamas han subido por las paredes, se han derramado por el suelo. Una viga cae cerca de ellas. Ya no se escucha nada más. Ni siquiera la sirena que se acerca.

—¡El pantalón, Laura! Mi pierna se ha quedado en el pantalón.

Sin pensarlo, Laura vuelve al banco y coge el pantalón. Una llamarada le echa el aliento. Al levantar la prenda pisa los bajos, pero su cabeza ya no es capaz de entender lo que pasa. Tira del pantalón hacia arriba. Piensa que está enganchado con algo y prefiere romper la tela a tener que pensar cómo desengancharlo. Si tan sólo levantara su propio pie. Del tirón, la pierna ortopédica le golpea en la corva y cae de rodillas. La pierna queda liberada, pero ahora es Laura la que, inconsciente, ha caído al suelo.

En un rincón, apoyada en la pared y con las manos atadas a la espalda, Irene ve cómo el cuerpo de Laura se derrumba. Da un par de saltos y coge una tabla. Tiene la punta llena de ceniza y gran parte de ella se deshace en sus manos. Sólo un pedazo sobrevive para hacer de muleta. Se siente torpe. La muleta no hace su función, no es una segunda pierna sino más bien una cola que le salva de caer de culo cuando da saltos a la pata coja para avanzar. Alcanza el cuerpo de Laura. Piensa unos segundos cómo moverlo hasta la salida. Una llama se aviva a escasos centímetros y le obliga a actuar sin pensar. Suelta la muleta. Tira de su vientre para mantener el equilibrio y agacharse. Agarra la chaqueta de Laura por la parte del cuello y da un salto. Ya están un metro más cerca de la salida. Irene se sorprende de sí misma por no haber caído de bruces al suelo. Repite la operación. Otro metro más cerca, pero ahora sí cae al suelo. Nota la aspereza de la madera en su mejilla. Está caliente. Está ardiendo, pero no sabe si es por el golpe o por el fuego. Pese a la caída, no ha soltado a Laura. Es como si sus dedos no formaran parte de su cuerpo, como si se hubieran enganchado a la chaqueta de su ex y se hubieran convertido en un gancho metálico, de esos que hay en las ferias, pero, sin duda, mucho más fuertes. Apoya la punta del pie en el suelo, levanta la cadera y empuja. Se arrastra como un gusano, pero gana otro medio metro más. Ya verá cómo lo hace para salir por la ventana. Repite la operación. Laura sigue siendo un cuerpo inerte, pesado. Es cierto eso de que el músculo pesa más que la grasa. Y Laura tiene mucho músculo.

—Para lo que te ha servido —le dice en voz alta, sin perder la oportunidad de burlarse de ella.

Sonríe para sí.

Vuelve a anclar el pie al suelo, pero la cadera no se levanta. Sus intentos no pasan de su

cabeza. El cuerpo permanece estático. Ya no hay nada más que fuego, y humo, y una pequeña rendija que hace unos minutos era su única salida.

Irene levanta la vista.

```
    Irene: AIrene, ¿qué hacemos?
    AIrene: En un incendio, es crucial mantener la calma para tomar decisiones
informadas y evitar el pánico. Salir de un granero en llamas de manera segura es una
situación peligrosa, y la seguridad personal debe ser la máxima prioridad…
```

Irene entorna los ojos. En el suelo, el humo es menos denso, pero lleva tanto rato inhalando hollín que ya da igual. Lo intenta de nuevo. Clava el pie de nuevo. La madera cruje y al echar el peso de su cuerpo se rope y le atrapa el zapato.

Se adormece. Comienza la lucha más inútil, la de intentar mantener los párpados abiertos. Imposible. De su boca entreabierta sale un hilillo de baba. Ya no le apetece seguir intentándolo. Sólo quiere dormir.

Descansar por fin.

Soñar que está en una cabaña en la montaña. Ella y Laura descansando en el sofá tras esquiar todo el día. Efectivamente, es un sueño porque ellas dos nunca han esquiado. Se calientan las manos con dos tazones de chocolate, y la cara con el fuego de una chimenea. Fuera nieva y se oye el aire bramar enloquecido. Sin embargo, en el interior de la cabaña sólo se siente el calor del fuego, cada vez más intenso. Arde.

El ruido de un golpe la despierta. Levanta la vista. El filo de un hacha ha roto la madera de la ventana que tiene en frente. ¿Cómo saber si eso no es un sueño también? Dos cabezas se asoman. Primero la de Eulalio, luego, como adueñándose del espacio, la de un hombre con casco de bombero.

—Aléjese, señor. Ya las veo —escucha Irene que dice alguien con la voz del viento.

Entra. La agarran de las axilas. Con la escasa fuerza que le queda, sigue aferrada al cuello de la chaqueta de Laura. Entra otro hombre, y luego otro. Necesitan más manos para separar y sacar los dos cuerpos.

La luz del sol la ciega.

Capítulo 7

Bermejo, 1961

ANA se puso en pie al oír las campanas de la iglesia.

—Tengo que ir a misa. Si no mi madre me castigará —dijo.

A su lado, sentadas con las piernas cruzadas en el suelo, Milagros y Pilar se reían de ella. Pilar le tiró de la falda.

—Venga, siéntate con nosotras.

Su amiga se resistió, por lo que Pilarín tuvo que tirar más fuerte de la falda. Tan fuerte, que Ana cayó de bruces en su regazo. Y con tan mala (o buena, según se mirara) suerte que sus manos tocaron el muslo caliente de Pilar. Por eso las niñas como ellas no podían sentarse en el suelo, y mucho menos con las piernas cruzadas: las faldas se les abrían, dejaban ver más de lo debido, podían incitar a algo perverso… Pero el tacto de la piel de Pilar se sentía tan bien que Ana, lejos de sentirse más cerca del infierno, rozaba el cielo con la punta de los dedos.

—Perdón, perdón —se disculpó retirándose el pelo tras la oreja y sentándose de nuevo en el suelo.

—No es nada —Pilarín sonreía al ver el rubor de sus mejillas.

Las tres tenían dieciséis años y compartían algo más que la edad: un anhelo encubierto, un deseo que no se atreverían a poner en palabras. En parte, porque tampoco les hacía falta. La pequeña Milagros vestía de negro. Hasta los lacitos del pelo eran negros. Se miraba al espejo y le daba la sensación de ser una trufa con patas. Pilarín llevaba el pelo cortado a cazón. Se había negado a hacer la comunión y para evitar lo inexorable, se había cortado el pelo ella sola. La peluquera se las vio y las deseó para hacer de aquel estropicio algo mínimamente decente. Como castigo, su madre la vistió de monja y, por supuesto, hizo la Primera Comunión. Ana llevaba unas trenzas largas que le caían por encima del busto que empezaba a notarse. Eran inseparables y, aunque unos años atrás a la gente del pueblo les hacía gracia aquella amistad, ahora que las niñas debían prepararse para otros menesteres, las amigas empezaban a levantar suspicacias.

Era el último verano que estarían juntas, sin preocupaciones y sin obligaciones y tenían que aprovecharlo.

Y no había lugar que les gustara más que la casa de la tía Rosario.

Aquel era un espacio seguro para ellas. La casa de la tía Rosario parecía flotar fuera del tiempo. Las paredes, pintadas de un amarillo desvaído, estaban cubiertas de estanterías repletas de libros viejos, recuerdos de viajes y pequeños objetos que parecían tener secretos propios. Pero lo que más les llamaba la atención a su sobrina y sus amigas era una pieza de barro colocada en una estantería, sin nada alrededor. Un rayo de sol iluminaba las figuras femeninas que la decoraban.

La tía Rosario, con su porte altivo y su cabello plateado recogido en un moño desordenado, volvió al salón con una bandeja con cuatro tazas. El olor a chocolate caliente inundó la estancia.

—Yo le diré a tu madre que te vi en misa, no te preocupes —le dijo Rosario a Ana.

—Me va a disculpar, señora Rosario, pero mi madre no la tiene en muy buena estima y no la creerá.

—Qué sorpresa —le chinchó Pilarín.

Ana la fulminó con la mirada.

—Pues entonces le dices que te pedí que me ayudaras con unas hierbas del jardín.

—Eso ya se lo dije la semana pasada.

—Bueno —Rosario dejó la bandeja en la mesa y sus pechos bailaron ante las chicas—, las malas hierbas crecen todos los días.

Milagros cazó a sus amigas con la mirada perdida en el canalillo de su tía. Dio una palmada para despertarlas de su embobamiento.

—Tía, cuéntenos la historia del ánfora. Siempre dice que nos la va a contar pero luego nunca lo hace.

El crepitar de la chimenea se oía por debajo de una delicada música que sonaba en un viejo gramófono, otro objeto mágico traído por la tía Rosario de sus viajes por Europa. Una chispa traviesa saltó a los ojos de la mujer. Un poco por el dulzor del chocolate en su lengua y otro poco por el recuerdo de sus viajes. Rosario sopesó a su audiencia con el bigote todavía marrón. ¿Estarían preparadas para conocer la historia del ánfora?

—Está bien —dijo. Luego sacó la lengua para retirar los restos de chocolate de sus labios. Con el dedo corazón terminó de limpiarse las comisura. Sonrió al rememorar cuando hacía aquel gesto tras besar con devoción la intimidad de alguna de sus amantes—. Creo que estáis preparadas.

Se levantó y dejó que las niñas acabaran con la bandeja de bizcochos. Asió el ánfora y la levantó del estante. Un círculo perfecto en la madera le indicaba que debía limpiar el polvo más a menudo.

—Puede parecerlo, pero no es un simple jarrón, eso para empezar —Rosario colocó el ánfora en la mesa.

—¿Qué es? —preguntó Ana, incapaz de apartar la vista del objeto.

Rosario se acomodó en su silla y dejó escapar una risa baja.

—Esto, niñas, es una reliquia que robé hace muchos años en Lesbos. No me miréis así —rió al ver el susto en el rostro de las amigas—. Quien roba a un ladrón tiene 100 años de perdón.

Milagros, que había echado un ojo ya a alguno de los libros de su tía, frunció el ceño. Ahora, en lugar de una trufa parecía una pasa.

—¿Lesbos, como la isla?

—Exactamente. Una excavación arqueológica en la que recalé siguiendo a mi amante— asintió Rosario.

—Un amante —repitió Pilarín como si estuviera inmersa en una ensoñación.

—Una amante —la corrigió Rosario.

De nuevo, el susto en el rostro de las niñas.

—Queridas, hay todo un mundo ahí afuera —Rosario se llevó el índice a la barbilla y miró las humedades del techo. ¿Cómo explicarles a aquellas chiquillas que apenas habían avanzado en el camino de la vida lo que era la libertad, el amor verdadero, el sexo por puro placer? Se puso en su piel. Ella, a sus 16, era tan inocente como su sobrina y sus amigas. Tuvo que venir un miserable para hacerle espabilar de la peor manera—. En realidad no fue un robo —dijo tras un momento de reflexión—. Esta pieza pertenece a las mujeres que han amado a otras mujeres a lo largo de los siglos. Representa el funeral de una amante de Safo. Y tiene un poder especial.

La chispa iba saltando de mirada en mirada y ahora era Pilar la que la tenía en sus ojos.

—¿Qué clase de poder?

Rosario sonrió y se inclinó hacia delante, bajando la voz como si estuviera compartiendo

un secreto.

—Es un poder que sólo las mujeres como nosotras podemos apreciar.

—¿Como nosotras? —preguntó Ana, entre intrigada y temerosa.

—Sí, mujeres sáficas —dijo Rosario con una claridad que hizo que las tres chicas se removieran en su sitio.

El silencio que siguió fue casi tangible. Ninguna de ellas dijo nada, pero se miraban entre ellas con la marca de la culpabilidad bajo las pestañas. ¿Las habían descubierto? Rosario lo notó y, con una sonrisa serena, continuó.

—Cuando tenía vuestra edad, también me sentía así, buscando respuestas sin saber qué preguntas hacer. Y fue esta pieza la que me ayudó a entender.

La luz de la tarde se volvió más cálida, y en ese momento, algo insólito ocurrió. Una chispa pequeña, como un destello de fuego, salió del ánfora y giró en el aire, envolviendo a las tres chicas en un resplandor que las hizo parpadear. En realidad, era una partícula de polvo, probablemente más viejo que la propia ánfora, que salió de la vasija con un bostezo casi audible. Ninguna habló de ello, pero de repente comenzaron a mirarse de otra manera.

Pilar se fijó en los rizos oscuros de Milagros, su trufita, y cómo se deslizaban sobre sus hombros. Ana observó el brillo en los ojos de Pilar, que parecía distinto a cualquier otra cosa que hubiera visto antes. Milagros sintió un calor inesperado en el pecho al darse cuenta de cómo Ana se mordía el labio con nerviosismo.

Con su característica calma, la tía Rosario dejó que el momento fluyera.

—Este barro —continuó— tiene el poder de abrir los ojos y los corazones. Lo que hagáis con lo que os enseña ya es cosa vuestra.

Las chicas no dijeron nada más durante un rato. Se quedaron mirando la pieza y, de reojo, se miraron entre ellas, con una mezcla de incertidumbre y fascinación. En silencio, entendieron algo que nunca habían puesto en palabras.

Cuando la tarde llegó a su fin, las tres adolescentes hicieron un pacto en voz baja antes de salir de la casa de Rosario.

Dos pactos, en realidad.

El primero: que se amarían por encima de todas las cosas, en secreto, siempre en secreto. El segundo: que esa historia de amor nunca saldría del interior de ese ánfora mágica.

Rosario las vio marcharse desde la ventana, una sonrisa satisfecha en su rostro. Sabía que había plantado una semilla en ellas, una semilla de amor y autodescubrimiento que crecería con el tiempo.

Y en el centro de la mesa, el ánfora brilló una vez más, como si celebrara su propia magia.

EL viaje de vuelta lo hacen en ambulancia, una sentada en frente de la otra, enchufadas a una bombona de oxígeno. La pierna ortopédica de Irene está junto a ella, tumbada en el banco donde se sienta. No les ha dado tiempo a despedirse. Les hubiera gustado agradecer a Eulalio su paciencia y discreción; a Pilar su pericia al volante y su intención por revelarles la verdad; y hasta a Ana por su resistencia, que no hizo más que acrecentar su interés y añadir valor al ánfora.

También les hubiera gustado volver con el ánfora, ya puestas.

Laura lee en silencio el diario de Rosario que ha guardado con celo en uno de los muchos bolsillos de su chaqueta. Es lo único que le queda de su aventura. Tiene el ceño fruncido. Entre las arrugas todavía acumula carbonilla, lo que subraya todavía más su enfado. En su cuaderno, anota frases que logra entender y extraer. Lo hace con furia, clavando la punta del bolígrafo. Sabe que el ánfora está incompleta sin ese diario. “Poseer por poder” lee, y piensa en Suzette.

Irene la observa mecida por el bamboleo de la ambulancia. De fondo sólo se escuchan sus respiraciones forzadas a través de la mascarilla y la conversación banal de los técnicos de emergencias en la parte delantera.

—Al final tenías razón —dice Laura sin levantar la vista. Su voz suena hueca a través de la mascarilla.

Aunque a Irene siempre le encanta oír esa frase de los labios de su ex, intuye que la respuesta no le va a gustar.

—¿En qué?

La conservadora cierra los cuadernos y mira hacia la puerta de la ambulancia. Hay unas pequeñas ventanas que le dejan ver la carretera. Cualquier cosa antes que mirar a Irene.

—En que no sé cuidar de mí misma, como para cuidar a otra persona —Laura vuelve a bajar la vista. Rasca con su uña negra la pegatina del precio del bloc de notas.

Irene toma impulso con su pierna para levantarse, se apoya en el techo de la ambulancia y gira el talón para dejarse caer en el banco de enfrente, junto a Laura.

—Eh, eh —le acuna con su voz—. Eso no es verdad.

Quiere pasarle un brazo por la espalda, pero Laura lo repele. Se levanta y se sienta en el banco de enfrente, todavía caliente por la presencia de Irene. Aparta ligeramente la pierna ortopédica para hacerse hueco. Está negra como el carbón. Más allá de eso, parece intacta. Nada que no pueda arreglarse con un buen lavado.

—Laura, mírame —le pide Irene, pero Laura ya no la escucha. Ha vuelto a enfrascarse en sus notas, en sus dibujos. Con el boli repasa casi con delirio la zona del ánfora descascarillada. Un diente mellado en el borde de la boca, como un niño al que se le ha caído uno de los incisivos de leche. Es un milagro que no haya sufrido ningún daño más durante el viaje. Al final, la bolsa de pan ha resultado ser mejor protectora que ella misma.

La ambulancia pasa sobre un bache y en el interior se siente una sacudida que sorprende a Irene. Siente un golpe en el pecho. No es nada físico, aunque de algún modo lo sienta así.

Es como si se le agolpara bajo el esternón todos los sentimientos vividos durante el viaje. Los enfados con Laura, pero también los cuidados; el orgasmo con Suzette y luego el odio que volcó en ella; el misterio del triángulo entre Milagros, Pilar y Ana. También la adrenalina durante la persecución del coche, la visión fantasmagórica de Rosario en el fondo del pantano, y la lucha y posterior rendición ante la muerte en el granero.

Aventura pura.

Sonríe y mira a Laura buscando su complicidad, pero esta sigue absorta en su cuaderno.

—Al final, tenías razón tú —le dice.

Laura levanta la cabeza y, por fin, la mira.

—¿En qué?

Irene se humedece los labios y su mascarilla se empaña. Ladea la cabeza, busca las palabras, sonríe. Despacio, saca el móvil del bolsillo de su pantalón. Está seco por fuera y parece que no todos los microchips se han oxidado, porque algunas aplicaciones todavía funcionan, entre ellas IASegura. La pantalla parece una pecera y una raja la parte de arriba abajo. Irónicamente, por esa rendija ha escapado buena parte del agua del interior. Abre la app que le va a quitar el trabajo, y juguetea con ella. Las burbujas de la pantalla la llevan de nuevo al fondo del pantano. Ha perdido el hilo de la conversación

—¿Cómo mido yo el riesgo de viajar en un autobús a un pueblo perdido de la mano de Dios? —dice por fin—. ¿Cómo calculo las posibilidades de que a mi compañera le apunten con un arma para robarle un diario? ¿Soy yo, una persona con discapacidad, factor de riesgo para un

trabajo como este? Busco estos parámetros y no los encuentro en esta app.

—Y menos mal —dice Laura—. Pero para eso estás tú, para aportar el factor humano. Y eso… No se puede calcular. ¿Por cuánto nos va a salir la broma?

—Eso dependerá del valor que le des al ánfora —Irene mira a Laura y le guiña una ojo.

Laura asiente, comprendiéndola. Han perdido una pieza de arte pero no tienen por qué perder su trabajo.

—A ver, hasta hace nada, no sabíamos ni de la existencia de esta pieza —Ladea la cabeza a un lado.

—Ajá.

—Podría haber pasado bajo el radar si no hubiéramos dado el parte al Ministerio —dice inclinando la cabeza al otro—. Pero… —de nuevo, vuelco al otro lado.

—¿Pero?

—¿Qué sentido tiene que un ánfora de Safo aparezca en un pueblo?

—Ninguno.

La conversación se cuela entre las rendijas de su respiración envasada.

—Exacto. Por lo tanto, valorando eso y tras un examen más detenido de la pieza *in situ*, la hemos tenido que dejar ahí porque resultó ser falsa. No falsa, porque si hay una falsificación significa que tiene que haber un original, pero sí una imitación.

—Pese a la buena intención de la donante, su obra no tiene valor histórico.

—Efectivamente.

—Un largo viaje en balde —suspira con exagerado dramatismo Irene.

—En balde, sí —repite Laura. Vuelve a repetirlo mentalmente. Las comisuras de sus labios se derrumban ante la evidencia. No sabe qué le jode más, si haber perdido el ánfora o no haber podido recuperar a su ex. Está claro que con ese "en balde" certifica que no ha sacado nada en positivo del viaje. Sus caminos están destinados a seguir separándose. Un chispazo alumbra su cerebro un instante—. Un momento —dice—. No me has dicho en qué tenía razón.

Irene ríe. Se quita la mascarilla, prueba unos segundos a respirar. Apenas tose cuando lo hace. Vuelve a humedecerse los labios y, ahora sí, nota el sabor del humo en la lengua.

—Tenías razón en que la vida es una aventura que hay que vivir.

Laura sonríe y se recuesta sobre la pared de la ambulancia.

—Y tú estás equivocada —continúa Irene. Vuelve a ponerse de pie sobre la ambulancia y se sienta junto a Laura. Coge su prótesis y se la coloca en el regazo—. Cuando te pedí que cogieras mi pierna en el granero no te lo pensaste ni un momento. Cualquier otra persona la hubiera dejado ahí, hubiera preferido salir sin mirar atrás. Pero tú no. Tú sabes lo importante que esto es para mí. Tú sabes lo que duele, lo que cuesta, lo que vale —Irene manosea la prótesis y los dedos se le ennegrecen por la hulla—. Sabes todo lo que hay detrás de esta pierna—. Levanta la vista y le quita la mascarilla a Laura. Le acaricia la mejilla y deja el rastro de sus dedos—. Puede que no seas capaz de cuidar de ti misma, pero estoy segura de que darás la vida por cuidar de mí, de mi prótesis y del bebé que tengamos —Sonríe—. Si la vida es una aventura, quiero vivirla junto a alguien que se ha preparado a conciencia para ella.

La boca de Laura está ligeramente abierta por la sorpresa. Forma un óvalo casi perfecto, de color rosado y ligeramente brillante.

Y seca. También la siente seca como la mojama. Sonríe y los labios se le agrietan. La apertura le permite a Irene encontrar un acomodo para sus labios cuando se lanza a ella. Había olvidado el sabor de esos besos, ahora con toque ahumado. Laura la sigue, por inercia, por costumbre. Irene no puede evitar sentirse estúpida. Estúpida por haber dejado a la única persona

que la quería tal como era, inflexible, coja, cuadriculada; estúpida por querer hacerse de más haciéndola a ella de menos; estúpida por haberla querido cambiar cuando fue precisamente su estilo atolondrado y sexy lo que la enamoró de ella. Bajo los párpados cerrados, se le humedecen los ojos.

Laura se separa. Necesita un momento para pensar, para respirar.

—¿Estáis bien? —preguntan los técnicos desde la parte delantera preocupados por no oír a las chicas discutir.

—Sí, sí —responde Laura—. Muy bien, gracias.

—Ya estamos llegando al hospital.

En ese momento se dan cuenta del rato que han estado besándose. Un rato muy largo que han vivido en un suspiro.

—Lo siento. No pretendía dejarte sin escapatoria —se disculpa Irene—. No tenía planeado besarte aquí. Ni siquiera tenía planeado besarte.

—¿Ah, no?

—No. O sea, sí. Pensaba hacerlo mejor. Invitarte a cenar, hablar, no sé.

Laura sonríe.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con la Irene planificadora?

—Ya, no sé —Irene se une a las risas—. Supongo que este viaje me ha hecho darme cuenta de la suerte que tengo. No sólo por vivir en el tiempo en el que vivimos, cuando no nos tenemos que esconder por ser dos mujeres sáficas, sino por haber encontrado a una mujer maravillosa que me quiere tal y como soy, con mis virtudes y mis taras —dice esto señalando la prótesis que tiene en su regazo.

—No te confundas, Irene —Laura se ha puesto tan seria que la agente de seguros se asusta —. Esta es la menor de tus taras.

Entonces, la mira como la miró la primera vez que se conocieron en persona, con esos ojos oscuros y chispeantes, y con media sonrisa burlona atravesándole la cara. Laura se coge el pelo largo y negro, más negro ahora por efecto de la carbonilla, y se lo mueve al otro lado. Irene se queda sin respiración porque lleva un rato sin respirar oxígeno, sí, pero también por la emoción. Laura se inclina hacia ella, apoya un brazo en el asiento. Irene lo acaricia, puede palpar el tríceps de Laura, y no puede esperar a verla desnuda de nuevo. Laura se acerca y le da un beso breve, liviano, casi etéreo, como si se lo estuviera dando un espíritu del pantano. No es su primer beso, pero lo siente como tal. Un nuevo comienzo. Luego se separa de nuevo y sonríe.

Las arrugas de sus ojos son líneas de antracita.

LOS viajes de vuelta siempre parece que son más cortos. La mente parece diluir el paso del tiempo rememorando una y otra vez lo vivido lejos del hogar y ya se sabe el camino de vuelta. Si a la ida, el trayecto a Villanueva de Bermejo les pareció largo y tortuoso, la vuelta es un apacible viaje a velocidad de crucero.

La ambulancia las deja en un hospital de la ciudad, donde les hacen unas últimas pruebas. Les inspeccionan los ojos, les prueban los pulmones, les curan las quemaduras de la piel. A Irene hasta le reajustan la prótesis. Laura la espera en el pasillo. Ojea uno de los folletos informativos que le han dado para ayudarle a detectar posibles efectos secundarios y diferenciar lo grave de lo normal tras sobrevivir un incendio. Lee el título de portada: “Humo y espejismos: Descifrando los efectos secundarios tras un incendio”. En la portada, una mujer con la cara manchada de negro y el cabello despeinado sonríe y levanta el pulgar. Abre el tríptico y sigue leyendo: “Enhorabuena, ha sobrevivido a un incendio. Ahora veamos si esa tos persistente que tiene son

restos de humo en sus pulmones o es cáncer". Cierra el folleto. Se queda un rato mirando la puerta por la que saldrá Irene. Tras pasar 48 horas seguidas juntas, salvo el lapso de tiempo que Irene ha pasado con Suzette y que han acordado no volver a mencionar, se echan de menos cada minuto que pasan separadas.

Finalmente, les dan el alta y las invitan a salir del hospital. El sol las ciega.

—¿Vienes a mi casa y nos duchamos? —pregunta Irene, que se sujeta en el brazo de Laura.

Pese al humo, pese a los meses separados, pese a que ahora Laura es otra, Rufo la reconoce. Nada más cruzar la puerta, castiga a Irene con su indiferencia y va directo a la pierna de Laura. Se frota en ella, ronronea, se tumba en el suelo para que le rasque la tripa. Laura se agacha y obedece a sus deseos.

—Te ha echado de menos —dice Irene.

—Yo a él también. Sí, sí —dice Laura a Rufo entre carantoñas—, te he echado de menos.

Irene se queda un rato mirando la escena. Luego suspira.

—Voy a ver qué tengo en el armario que pueda dejarte.

Van juntas a la habitación, Rufo detrás. Irene inspecciona su armario para ver qué prendas podría encajarle a su ex. Le saca un par de sudaderas que usa para teletrabajar.

—¿Te duele? —pregunta Laura señalando el golpe que Irene se dio en el pómulo cuando cayó al suelo en el hangar.

—Un poco. Me han dicho que se va a poner muy feo.

—Diremos que te golpeé sin querer. Ya conocen mi torpeza así que es lo más creíble.

No saben si tienen más hambre o sueño, pero el olor a humo sigue inundando la habitación y prefieren ducharse juntas de nuevo. Les pesan los músculos, apenas pueden moverse, pero en este segundo noviazgo la pasión sigue intacta, como si hubieran retomado sus últimos días de buen sexo y ahora, además, acompañada por una conexión emocional desconocida en ellas hasta ahora.

Se van a poner están emocionando más de lo necesario bajo el agua cuando suena el teléfono de Laura. Está apoyado en el lavabo y la vibración hace que caiga en él. La melodía retumba en la oquedad del desagüe. Se asoma por la cortina de la ducha.

—Es mi jefe.

Se apresuran a salir. Casi habían olvidado que tienen que dar por cerrada su misión.

—Recuerda —le pide Irene antes de que Laura descuelgue el teléfono—. La pieza era una imitación y finalmente no la hemos traído.

Laura asiente mientras se rodea el cuerpo con la toalla. A lo que va a coger el móvil, su jefe cuelga. Chequea su móvil. Tiene un par de llamadas perdidas más del director del museo y un mensaje: "¿Cuánto os falta para llegar? Estoy en Sancho & Flores ya. Estoy con la del seguro [emojis de corazones y fuego] No tengas prisa por llegar [guiño, guiño]".

—Está en tu oficina. Tenemos que ir ya.

Ayuda a Irene a salir de la ducha, secarse y vestirse. Las prisas no les impiden hacerse carantoñas, darse besos a la mínima oportunidad, y fingir que no aciertan con los huecos de la braga cuando Laura está de rodillas frente a Irene.

—No hagas el tonto —le pide Laura entre risas—. Acabemos con esto de una vez y luego nos metemos en la cama todo el fin de semana.

Ya vestida y con una sonrisa inaudita en la cara, Irene chequea su móvil y sus ojos sobrevuelan la pantalla rajada. Todavía exuda agua y no sabe si lo que hay en la parte superior es una gota, un rayón o una notificación. Desliza el pulgar. Es una notificación. Su jefa también la ha llamado y, finalmente, le ha dejado un mensaje. Cuando lo lee, necesita una tercera pierna

para mantenerse en pie: “Hola, Irene, ¿todo bien? El ánfora ha llegado pero tú no. No tardes porque no puedo aguantar al muermo del museo yo sola por mucho tiempo [emoji del cuchillo]”

—¿Qué? —pregunta Laura cuando ve la palidez del rostro de Irene. Ante su impavidez, se asoma al móvil y lee por sí misma—. ¿Cómo que ha llegado el ánfora?

—Eso dice.

Tienen las caras muy juntas, casi mejilla con mejilla. Cuando Irene se gira se topa con la boca de Laura. La tiene agarrada del brazo y a través de la sudadera palpa su bíceps. En realidad, le da igual el ánfora, la aplicación del seguro y hasta su trabajo. Sólo quiere ir a cenar con Laura a una franquicia italiana, pedir el postre para llevar, pasear por la ciudad, volver a casa y comerse el tiramisú en el vientre cuadrado de Laura.

—Tenemos que ir a tu oficina —le apremia Laura, que le suelta. Con el brazo huérfano, casi pierde el equilibrio.

—Vale, pero a la vuelta compramos tiramisú.

EL taxi las deja en la puerta del edificio donde se ubican las oficinas de Seguros Sancho & Flores. Irene trata de pagar con el móvil de empresa, pero el lector NFC ha dejado de funcionar por el óxido, que avanza inexorable por los componentes del teléfono. Laura le lanza un par de billetes al taxista y salen rápidas del vehículo.

El vestíbulo del edificio le parece ostentoso, petulante, hasta de mal gusto, comparado con la sencillez de las calles de Villanueva de Bermejo. Una enorme cáscara en cuyas cuatro paredes no nace nada auténtico.

—¿Cómo puede ser que el ánfora esté aquí? —pregunta Irene en el ascensor.

—Quizá alguien ha traicionado a Suzette —Laura se mesa la barbilla.

A Irene le recorre un escalofrío por la prótesis cuando llegan a la puerta de su oficina. Hace apenas unos días cruzó esa misma puerta con la idea de tener un día más, lánguido y aburrido, y hoy ha vuelto con dos experiencias cercanas a la muerte en un sólo día (tres, si cuenta el *rally* que se marcó Pilar por el bosque), y una novia.

Una novia…

—¿Llamas? —le pregunta Laura, ajena a los pensamientos de su novia.

Su novia…

Mirta, la recepcionista, las recibe en la puerta y con su sexto sentido ya ha detectado que Irene no es la misma que se fue. Para empezar, tiene un moratón en el pómulo que Irene se apresura a excusar. Sin embargo, el sentido arácnido de Mirta huele el humo y el sexo. Olivia las recibe con alivio. Abre los brazos e invita a Irene a acunarse en ellos. El gesto desconcierta a la agente de seguros. Le empalaga su perfume dulzón.

—¿Por qué has tardado tanto? Este tío es un gilipollas —La jefa las empuja hacia la sala de reuniones donde empezó todo—. ¿Estáis bien? ¿Y ese golpe?

—Sí, no, yo… me he caído —responde Irene.

—Le di un codazo sin querer —dice Laura a la vez, y luego riñe con la mirada por haberse salido del guión. Mal empezaban…

—Disculpad la tardanza. Ha habido un retraso con el autobús de vuelta, ¿verdad, Laura?

—Exacto —Por fin, de vuelta al guión.

—Oh, autobuses. Entiendo —En la respuesta, Olivia encuentra sentido tanto al retraso de las dos mujeres como a su olor.

La pareja se mira, se sonríen. Han salvado una bola de partido.

La pareja…

—Oh, parece que este ha sido el inicio de una buena amistad —dice Guillermo, a quien no le ha pasado desapercibida la complicidad entre las dos mujeres. Las recibe con halagos aunque no puede ocultar el fastidio por no continuar sus momentos de intimidad con Olivia—. Lo mismo que entre Oli y yo.

La jefa pone los ojos en blanco y Guillermo ríe, como si el gesto fuera algo típico de aquella mujer tan adorablemente indomable.

—Bueno, al lío —dice Olivia—. El ánfora está aquí. Ha llegado hace una hora.

—¿La ha traído nuestro proveedor de logística habitual? —Quiere saber Irene. Podría explicar el inesperado giro.

Su jefa la mira extrañada.

—Por supuesto —dice—. Aunque sí es cierto que han cambiado al conductor. Ahora es un hombre con perilla.

¡Ahí lo tienen!

—Parecía un armario empotrado. El típico tío al que no quieres cruzarte de noche —añade Guillermo—. El tipo de profesional que queremos, ¿eh, Oli?

De nuevo la mujer entorna los ojos. Y de nuevo Guillermo le ríe la gracia.

Mientras Olivia se acerca al interfono de la sala para pedir que traigan el ánfora, ellas dos se miran confusas. Saben quién es el tipo de la perilla que ha traído el ánfora y comprenden todo. Ha sido el secuaz el que ha traicionado a Suzette. Pero, ¿por qué? ¿Qué gana él con eso?

Irene y Laura se miran de nuevo, se entienden y, aunque no la entiendan, dan por bienvenida la traición que les ha salvado el pellejo.

El chirriar de unas ruedas las alerta de la llegada del ánfora. Los ocho ojos miran hacia la puerta. Esta se abre y entra un carrito con una robusta caja. Al final del carrito, asida al mango, entra Berta, la desarrolladora de IASegura. Camina lenta, consciente del valor de la pieza. Tampoco ella quiere ser un factor de riesgo que sumar a su algoritmo. Guillermo y Laura la ayudan para coger la caja y ponerla encima de la mesa.

—No queríamos abrirla sin vosotras —dice Olivia pasándole una mano por la espalda a Irene. Las confianzas chirrían a la agente de seguros.

Las dos aventureras se miran. Tanto margen para la sorpresa y ellas tan poco preparadas para dar una excusa.

—Haz los honores —le pide Guillermo a Laura.

A Laura se le arrugan las cejas. Un pensamiento fugaz se le cruza por la mente: ¿Y si Suzette ha reflexionado y ha sido ella misma la que ha mandado el ánfora?

—Está bien.

La conservadora se acerca lentamente a la caja. Es cuadrada, de madera contrachapada con esquinas de acero galvanizado, como las que ha recibido alguna vez en el museo. Berta le acerca una palanca de metal. Parece nueva, como si la hubieran comprado ese mismo día. Mete un extremo entre la tapa y una de las paredes y empuja ligeramente. La tapa cede por el lado de la palanca. Repite el proceso un par de veces más en diferentes puntos de la caja. Deja la tapa semiabierta. Si alguien levantara los dedos y empujara saldría con facilidad. Mira a su jefe, que le insta a hacerlo ella misma. Mira a Irene, incómoda porque Olivia todavía tiene el brazo sobre su espalda. A la jefa se le ha congelado la sonrisa en la cara.

—Venga —le dice Irene, y Laura entiende perfectamente lo que quiere decir: “Acabemos con esto de una vez”.

Laura mete los dedos en la ranura. En ese momento, se da cuenta de que algunas uñas todavía tienen rastros negros del incendio. Levanta la tapa y la deja sobre la mesa con cuidado.

Vuelve a la caja. Hay un molde de corcho que ahora hace de tapa. Lo retira de la misma manera. El chirriar del roce del molde con la madera genera dentera en algunos de los presentes, ella incluida. Bajo el corcho se aprecia el ánfora, envuelta en papel de burbuja. Laura introduce las manos en la caja. Sus nudillos se hacen daño con la aspereza de la madera. Saca el ánfora envuelta y todos, salvo Irene, aplauden.

—Maravilloso. Parece de una pieza, ¿no? —dice Olivia. Por fin suelta a Irene, y se acerca a la mesa.

Ahora es Guillermo el que toma el mando. Localiza el adhesivo y lo despega del papel burbuja.

—¡Con cuidado! —le pide Olivia.

El director del museo saca a pasear la lengua, como cuando dibujaba monigotes en el colegio. Entre los dos sacan el papel de burbuja y, ahora sí, el ánfora se ve en toda su integridad. Guillermo saca su móvil del interior de la americana y busca el informe que preparó Laura en su día.

—Parece que está todo bien —dice mientras juega a buscar las diferencias entre la foto del móvil y la pieza real.

—Bueno, dejemos que sean las profesionales quienes lo digan —Olivia se gira y mira a las dos mujeres—. ¿Qué tal? ¿Cómo ha ido el viaje? Tranquilo, ¿no? En esos pueblos nunca pasa nada —dice esto dirigiéndose a Berta, como si fuera un dato que tuviera que añadir al algoritmo para tenerlo en cuenta.

—Bien, sí. Luego haré un informe tremendamente aburrido sobre ello —responde Irene.

Olivia ríe. Guillermo ríe al ver a Olivia reír.

—Y sobre la app… —Berta deja la frase abierta, esperando que la agente de seguros le coja el hilo—. He visto que el acelerómetro del móvil ha hecho cosas raras.

Ahora es Irene la que tiene congelada la sonrisa. Aunque no sabe qué es eso del acelerómetro se lo puede imaginar.

—Bien también —dice Irene—, pero se me cayó el móvil al váter y se ha mojado. Habrá sido eso. Ahora mismo no podemos ver la app, pero ha estado bastante acertada. Parece que voy a tener que buscar otro trabajo —Irene ya no sabe si este comentario es una broma, un temor o un deseo.

—Gracias —responde Berta que se lo ha tomado como una enhorabuena.

Olivia vuelve a reír y Guillermo le sigue inmediatamente después.

—¡Claro que no vas a perder tu trabajo! Los jefes siempre vamos a necesitar a una persona a quien echarle las culpas.

Aunque sin ganas, Laura e Irene se ríen, porque hay que reírse con un comentario de ese tipo que sabes que es cierto, pero está dicho como si no. Al coro de risas se une Berta y cuando se disipan, insiste:

—Entonces, ¿no has encontrado nada fuera de la app que pudiera ser incorporado al algoritmo?

Irene piensa unos segundos. Una caída al agua, una aparición fantasmal, un incendio, un *rally* por un bosque. Niega con la cabeza.

—No, es bastante completa.

Berta sonríe con satisfacción y da una palmada.

—¡Guay!

—Muy bien, chicos —dice Olivia. Empuja a Guillermo hacia la puerta—. Vamos a hablar de negocios y dejemos que estas chicas descansen un poco.

Las chicas esperan pacientes a que la sala se vacíe. En cuanto la puerta se cierra, Irene se lanza a los brazos de Laura. Y lo hace tan fuerte que a la conservadora le cruje alguna vértebra. A pesar de eso, no protesta. Le acaricia la espalda, hunde su nariz en el cuello. Es cierto que todavía huele raro. Tardarán en quitarse el olor a humo, en desprenderse de Villarrubia de Bermejo.

—Ya ha pasado —dice para calmarla.

—Pensaba que habíamos perdido el ánfora. Bendito tío de la perilla —dice Irene.

Laura se apoya en la mesa con las manos en el canto.

—¿Y qué hubiera pasado si la hubiésemos perdido?

—¡Laura! Que probablemente ahora estaríamos de camino a la cárcel.

—Ya, bueno, ¿pero además de eso?

—¿Te parece poco?

—Claro que no. Me refiero a que al final Suzette tenía razón: el arte debe disfrutarlo quien reconozca su valor, ¿no? Y está claro que aquí no lo reconocen. ¡Si necesitan una app para que se lo confirmen porque a nosotras no nos creen! Para ellos es un mero trámite. Un marrón, si me apuras.

—Yo… —Irene se dispone a argumentar airadamente a su pareja, a pedirle que no se rinda, que no pierda su romanticismo por los museos como vertebradores de la cultura y la historia local cuando detecta algo extraño—. Un momento —Se acerca al ánfora, la mira con más detenimiento. No ha visto el ánfora desde que se la llevara Suzette, pero sí ha visto una y mil veces el dibujo de Laura—. La mella, no está.

Laura se gira y mira el ánfora. Estaba tan nerviosa cuando la ha desenvuelto que no se ha fijado en eso. Agarra la pieza y le da varias vueltas.

—A ver si va a ser una imitación de verdad —dice Laura—. Ey, mira —Laura encuentra un sobre en el fondo de la caja. No pone remitente ni a quién va dirigido. Lo abre. Hay una postal de cartón con unas letras impresas. Lee—: *“El arte no reproduce aquello que es visible sino que hace visible aquello que no siempre lo es.” Paul Klee.*

Irene coge la postal.

—La suele meter la empresa de transporte como detalle —Lo agita para abanicarse y un suave olor a limón le llega a la nariz y le recuerda el hambre que tiene—. Mmm, qué rico.

A Laura se le arrugan las cejas. Le quita la postal de las manos.

—¿Tienes un mechero?

—Dejé de fumar hace más un año, ¿recuerdas?

—Irene, ¿tienes un mechero? —insiste Laura.

Irene aprieta los labios y busca en sus bolso. Saca un paquete destrozado de tabaco y un mechero.

—Lo sabía —dice Laura triunfal.

—Te juro que ahora sí que sí dejo de fumar.

Laura sonríe y vuelve a su labor. Le cuesta varios intentos, pero consigue prender el mechero. Pasa la llama por debajo de la postal, lo suficiente como para generar humo, pero no tanto como para quemarla—. Es uno de los trucos de Carmen Sandiego: con un palillo mojado en limón puedes dejar mensajes ocultos.

En la postal empiezan a aparecer letras escritas a mano. Irene va leyendo conforme van apareciendo.

No quería que os quedarais con un mal recuerdo de mí. Nos volveremos a ver.

—Jodida Suzette —dice Laura.

Ni traición, ni arrepentimiento. Las chicas se miran, se leen la mente. Ha sido la propia Suzette la que les ha salvado el pellejo. Después de haber intentado matarlas, casi salda su deuda con ellas.

Ríen y un dolor en las costillas le indican que la felicidad es temporal, que un día, todo lo que han vivido será una historia que contar, una leyenda sin nadie las cree. Tosen apuradas hasta que el aire vuelve a correr en sus pulmones. También esa sensación de ahogo pasará.

Irene apoya su frente en la de Laura.

—Ay, Laura… —susurra antes de besarla.

Ahora es Irene la que se quiere lanzar a una nueva aventura, y Laura la que sólo quiere llegar a casa y tumbarse en el sofá para ver la vida pasar.

Y lo mejor de todo es que sus deseos ya no son incompatibles.

Epílogo

LAURA da pasos perdidos en el salón de su casa. Viste un traje de satén verde, con las solapas de la americana negras, a juego con la camiseta de debajo. Se ha puesto una cadena plateada al cuello que se deforma cuando se posa en sus clavículas. Los pantalones son acampanados y calza unos zapatos de charol con una hebilla plateada, a juego con la cadena del cuello. Su pelo está recogido en una apretada coleta que ha apuntalado con medio bote de gomina.

—¿Te queda mucho? —pregunta impaciente mientras se muerde el pellejo del pulgar.

Irene le dice que no. Tiene una lentilla en el índice y se acerca al espejo hasta que su barriga choca con el lavabo.

Por fin sale del baño. Lleva el pelo suelto, más largo, más salvaje. Ha elegido un mono largo de color ladrillo para la ocasión. Es de pata de elefante y cuando camina se ven unas zapatillas de deporte blancas que ha decidido ponerse porque nunca se sabe cuándo va a surgir la aventura. Y porque los pies la matan últimamente.

—Ya estoy. Necesito que la gente se fije en mi cara y no en esto —Se señala el ombligo, visiblemente abultado por debajo de la tela.

Laura se acerca y pone sus manos en la barriga. Nota cómo el bebé se mueve.

—Parece emocionada —dice. Luego le da un beso en la nariz a Irene—. Vas a ser la embarazada más guapa de la fiesta.

—Conociendo a la anfitriona, no creo que haya muchas más.

Antes de salir se detienen en el espejo de la entrada que las refleja de cuerpo entero. Laura se coloca a la espalda de Irene, con la barbilla encajada en su hombro. Sonríe tontamente.

—¿Tú no tenías tanta prisa?

—Déjame que disfrute este momento. Cuando nazca la niña no tendremos tantos momentos como así.

Se quedan un rato ahí, mirándose en el espejo, viendo lo que otros ven, hasta que el bebé da una patada, como pidiendo que empiecen la fiesta.

El taxi las deja en la puerta de una finca. No puede acceder más allá. Dos hombres como dos torres escoltan la puerta. Uno de ellos ayuda a Irene a saltar un charco que hay a la entrada. Irene se deja ayudar y le entrega su mano, un gesto que, sabiendo la cantidad de virus que el hombre podría haber manoseado, jamás habría hecho antes. Estira la pierna y sus zapatillas se hacen visibles.

El otro hombre enfoca a Laura con una tablet. El dispositivo le echa una foto y un programa empieza su reconocimiento facial. El rostro escaneado se pone en verde y en la pantalla aparecen el nombre y algunos datos más de Laura, como la fecha de su nacimiento, su lugar de residencia o si tiene alguna alergia.

—¿Cómo sabéis todo eso? —pregunta.

—Mejor no lo quieras saber —le responde el hombre.

Luego procede con el reconocimiento de Irene. Ella quiere indicarles que ahora está embarazada y quizá su información no está actualizada. Una vez su rostro escaneado se pone en verde, el hombre gira la tablet hacia Irene. Lee.

—Embarazada de seis meses. No puede comer pescado ni marisco crudos, ni lácteos no pasteurizados, ni embutidos.

—Es una pena, porque hemos traído un pata negra… —El hombre se besa los dedos.

Los guardias las dejan pasar. Durante su escaneo han llegado algunas personas más. Mejor dicho: algunas mujeres más.

Las dos invitadas caminan por un camino de piedras. No hay pérdida: al fondo se ve una enorme mansión con todas las ventanas iluminadas.

—¿Seguro que no es otro de sus trucos?

Laura niega con la cabeza.

—Además, venimos preparadas —Abre su bolso de mano y deja ver la navaja suiza que le regaló Irene cuando se mudaron juntas la segunda vez—. Ya puede encerrarnos otra vez en un granero en llamas, que saldremos de nuevo.

Irene, en realidad, está proyectando un deseo. Desde que hizo el curso de conducción peligrosa que le regaló Laura, está deseando ponerlo en práctica y dejar de ser la copiloto gritona.

Mientras llegan a la casa, miran posibles salidas, cuentan los guardias, localizan sus posiciones, descubren artefactos con los que atar, saltar, atacar, defenderse, quemar, sofocar, desatar… Nunca se sabe cuándo van a tener que salir huyendo y necesitan almacenar en su cerebro el máximo de recursos posibles.

—¡Aquí están mis invitadas favoritas!

La aparición de Suzette interrumpe su inventario para una aventura. No esperaban a la ladrona tan cerca, tan cercana. Fiel a su estilo, lleva un vestido ajustado negro que cubre con su inseparable chupa negra.

—Eso se lo dirás a todas —dice Irene.

—No, en realidad te lo decía sólo a ti —replica Suzette en un vano intento por tirarle la caña.

Laura carraspea.

—Sí, ya sé, ya sé. Fueron felices y comieron perdices —dice la ladrona. Señala la barriga de Irene—. Se acabaron los días de diversión.

Irene se acaricia la tripa con mimo. El bolso con el spray de pimienta dentro le cuelga de la muñeca.

—En realidad, es nuestra mayor aventura —dice.

—Y nuestro tesoro más valioso —añade Laura.

—Ooooh —dice Suzette con voz de pito sin disimular que todo eso le parece una ñoñería—. Entiendo que recibisteis mi regalo.

—Sí, un ánfora de peluche. Muy original —ironiza Laura.

Suzette da una palmada.

—Entrad adentro. Hay vino, comida y alguna invitada que reconoceréis.

—¿Quién?

Suzette se hace a un lado y las anima a adentrarse en la casa.

En el interior, las dos mujeres no tardan en reconocer a personajes públicos de la política y la cultura. Hay cantantes, alcaldesas, ministras, actrices, empresarias.

—¿Se supone que todas estas mujeres son lesbianas? —pregunta Irene al oído.

—O bisexuales —añade Laura. Ríe de manera contenida y una exhalación le sale por la nariz—. Jodida Suzette.

Están ahí para presenciar el acto final de la historia que Suzette lleva años escribiendo para las mujeres sáficas.

Un camarero pasa por delante con una bandeja de jamón. Laura va a estirar el brazo e Irene

se lo recoge.

—Si yo no puedo, tú tampoco.

—Jo —protesta Laura.

—Además, podría estar envenenado. No nos podemos fiar.

Laura coge a Irene por los hombros.

—¿Te estás oyendo? Pareces yo. Si estuviera envenenado, toda esta gente estaría ya muerta.

Las dos miran de nuevo la sala principal llena de mujeres famosas y poderosas. Hay una escalera doble a un lado y otro de la sala. Una enorme lámpara colgante ilumina con su luz anaranjada los rostros de las asistentes, que ríen, conversan y beben con alegría. No parece que ninguna tenga mala cara o esté palideciendo repentinamente. El camarero pasa de nuevo junto a ellas y Laura coge un trozo de jamón que se lleva a la boca antes de que Irene le abronque.

En la sala, colocados junto a las ventanas, hay una docena de bultos ocultos bajo sábanas. Es a lo que han venido. A ver en persona la gran colección de arte sáfico: las piezas que Suzette ha ido "recopilando" por el mundo. En el fondo, están emocionadas. Si alguien tiene el derecho de celebrar esa colección son ellas. Si en los museos obvian a las mujeres artistas, imagina a las mujeres artistas y lesbianas. Es la explicación que Laura se ha dado a sí misma para poder cerrar su historia en Villanueva de Bermejo.

—¡Un momento! —dice Irene. Levanta el brazo y señala en una dirección—. ¿Esas no son…?

Laura enseguida ve el pelo rosáceo de Pilar, pero apenas reconoce a su acompañante, que está de espaldas a ellas. Se acercan poco a poco, esquivando a figuras relevantes que hasta ayer sólo conocían por la tele, como si fueran personas anónimas en mitad de una plaza. Ahora, la más relevante para ellas es Pilar, que charla animadamente con una actriz. Su acompañante sigue de espaldas.

—Pilarín —dice Laura para asegurarse de que sólo ella se sienta aludida.

Pilar endurece el gesto y se gira hacia la voz que la ha llamado así. En cuanto ve a sus compañeras de aventuras, le cambia la cara.

—¡Chicas! Cuánto me alegro de veros —Luego se dirige a su acompañante—. Mira quienes han venido.

Cuando la mujer se gira, Laura e Irene apenas pueden reconocer a Ana. Tiene color en las mejillas, el pelo más corto, más moderno, y parece haberse quitado años de encima. Llámese bótox, llámese disfrutar del amor por una vez en la vida.

Las cuatro mujeres intercambian besos, abrazos y piropos. La actriz las observa con simpatía.

—¡Qué bonita es la amistad entre generaciones! —apunta.

Irene la mira. La reconoce. Es Emilia Ferretti. Hace dos noches, esa mujer era para ella una señora huraña que le hacía la vida imposible a su nuera de la que sospecha sólo quiere a su hijo por su patrimonio, y ahora la tiene delante, en persona, y desde luego no parece nada huraña.

—Nos conocimos hace unos meses —dice Irene.

—¿Unos meses? ¡Año y medio ya! —exclama Ana.

—¿Y cómo conocisteis a Suzette? —pregunta la actriz.

Las cuatro mujeres se miran, sin saber si responder con franqueza a esa pregunta o inventarse una respuesta para salir del paso.

—Tranquilas, aquí todas hemos tenido "algo" con Suzette. Y en ese algo entra todo: desde romances hasta intentos de asesinato —dice Emilia.

—Yo lo segundo —dice Laura.

—Yo lo segundo y lo primero —dice Irene.

—Nosotras pasábamos por ahí —añade Pilar.

La actriz brinda por ello.

—Todas tenemos una especie de síndrome de Estocolmo con ella —continúa Emilia. Ha engolado la voz, como si estuviera recitando un monólogo sobre las tablas de un teatro—. La odiamos por lo que nos hace, pero la amamos por todo lo que está haciendo por nosotras.

—¿Robar arte? —suelta Laura.

—Recuperar nuestro arte —dice la actriz, que levanta la copa de nuevo.

En ese momento, las luces se apagan y sólo unos focos iluminan los bultos blancos. Están colocados a lo largo de ambos lados de la enorme sala. Desde lo alto de la escalinata, se escucha la voz de Suzette. Todas las miradas se dirigen a ella.

—Queridas mías, es un placer teneros presentes en esta inauguración de arte sáfico —Un foco la ilumina desde arriba y otro desde abajo, de manera que su figura queda perfectamente recortada en la oscuridad de la estancia. Tiene una copa de champán que sujeta con las dos manos—. Este chateau era de mi padre, y cuando lo heredé tenía clarísimo a qué quería destinar tanto espacio.

—Yo sólo heredé una caja de herramientas y tendencia a los ardores de estómago —le susurra Laura a Ana.

—Yo una vaca famélica y un montón de prejuicios —le responde la mujer.

—Llevo una década recorriendo el mundo para rescatar del olvido decenas de piezas de arte que representan el amor entre mujeres —continúa Suzette—. Y como dice la expresión, lo he hecho por amor al arte —Hay algún murmullo de desaprobación que ella no escucha por estar demasiado lejos de sus invitadas—. Os he querido invitar porque vosotras formáis parte de este viaje, de esta Historia con mayúsculas. ¡Que se alce el telón! —ordena.

Las sábanas están sujetas por unos ganchos que están al final de unas cuerdas. Las cuerdas suben, y los ganchos tiran de las sábanas una a una, de manera que las miradas saltan de obra en obra. Hay cuadros, estatuas, esculturas y diversos artefactos que representan el amor sáfico de manera clara y contundente. Laura puede reconocer la autoría de algunas de las obras y se maravilla por tanto arte oculto a la cultura general. Si ella que ha estudiado Historia del Arte no sabía de la existencia de todas esas piezas, ¿cómo iba a saberlo una persona de la calle?

—El arte sáfico siempre ha estado ahí —explica Suzette—. Pero se han esforzado enormemente en ocultarlo.

El ánfora de Safo todavía no ha quedado al descubierto. Laura sospecha que la sábana blanca que está a un metro de ellas oculte la vasija. Tratándose de Suzette, no es casualidad que hayan acabado en ese rincón.

—¡Hasta hoy! —Suzette alza las manos. El champán se le derrama por los brazos. Le da igual. Suena “La marcha de las Valkirias”. En su cabeza, todo encaja. Está entusiasmada, es el momento que ha estado esperando durante veinte años, por el que ha dejado un rastro de amantes despechadas y algún que otro delito. La música está tan alta que nadie escucha el tacatá de un helicóptero.

Efectivamente, el ánfora está a su lado. Irene le agarra la mano a Laura cuando la sábana sube y la pieza queda expuesta ante sus ojos. El corazón le galopa salvaje en el pecho. Escucha el pumpum del corazón de Laura, el de Pilar, el de Ana. Ya no ven más obras de arte. Una chispa sale del interior del ánfora. Sus ojos la siguen. Las figuras pintadas hace siglos con engobe se mueven en el ánfora, acompañan a Safo en su dolor, recitan poesía a la fallecida. No son conscientes todavía, aún tardarán unos minutos en descubrirlo, cuando ya sea demasiado tarde,

de que el espíritu del pantano de Rosario ha prendido la llama, una llama que no se apaga por muy altas que lleguen las aguas.

Cuando están todas las obras al descubierto y parece que el show ya no da para más, irrumpen por las ventanas figuras oscuras, armadas y protegidas con chalecos y cascos.

Hay un momento de confusión. Las invitadas no saben si forma parte del espectáculo o si es realmente una redada.

—¡No! —grita Suzette y las asistentes no pueden evitar compartir su dolor—. ¡No, no! —grita con el rostro descompuesto. Una figura cuadrada la agarra por detrás.

La policía irrumpe entre cristales rotos. De nuevo el hombre dispuesto a terminar con la fiesta de las mujeres sáficas para volver a encerrarlas en un lugar oscuro.

Laura nota una mano en su hombro. Se gira. Pilarín y Ana la miran con orgullo y asienten con la cabeza, como si le estuvieran leyendo la mente y la empujaran a hacerlo. Luego Laura mira a Irene. Se entienden, se sonríen.

—¿Estás preparada para la aventura?

Irene se levanta los bajos del pantalón para enseñar sus zapatillas deportivas y su pierna ortopédica nueva.

Aprovechando la confusión, Laura repta con agilidad por las cortinas, por las paredes, y alcanza lo alto del podio en el que está colocada el ánfora. Retira con fuerza la vitrina que la cubre. Tiene el ánfora delante de sus narices. Las figuras le sonríen. Un hombre de negro se dirige a ella. Coge el ánfora y salta al suelo. Las rodillas se quejan.

—¿Estás bien, cariño? —le pregunta Irene, que le tira de la mano para salir corriendo.

Laura asiente. Se levanta con esfuerzo y se mete el ánfora dentro de la camiseta.

—Mira, iguales —dice.

Y las dos chocan sus barrigas antes de salir corriendo tras la estela de Pilar y Ana, empujadas por la chispa de Safo.

[1] Emilia Ferretti es una actriz italiana, antigua pareja de Isabel Romero, periodista, presentadora de televisión y protagonista de “Una buena amiga”.

[2] ***Fuenteovejuna*** es una obra teatral del Siglo de Oro español del dramaturgo Lope de Vega. En 1476, los habitantes de una aldea andaluza llamada Fuente Ovejuna, hartos de soportar los abusos de su señor, se rebelan unánimemente contra él. La rebelión acaba en asesinato, pero el investigador no puede arrancar de las bocas de los aldeanos más que una única respuesta: «Fuente Ovejuna lo hizo».

Agradecimientos

A mi familia, a las personas que saben que escribo y las que no, porque todas ellas componen, de manera directa o indirecta, este personaje que es A. M. Irún.

A mi novia, por todo lo que me da y todo lo que me evita.

A ti me lees y que haces esto posible, sea lo que sea lo que signifique esto es tuyo y mío.

Y muy especialmente, a Adradia, que se convirtió en mi mecenas este 2024.

Si tú también quieres ser mi mecenas y aparecer en la página de agradecimientos de mi próxima novela, puedes hacerlo a través de nicoporfavor.com/mecenazgo.

Sobre A. M. Irún

A. M. Irún nació en Zaragoza a principios de los años 80, lo que implica dos cosas evidentes: está en torno a los 40 años y posee una determinación tan fuerte como los adoquines.

Es periodista, licenciada por la Universidad Complutense de Madrid, en una época en la que la facultad era igual de gris por dentro que por fuera. También estudió guión de cine y documental, atraída por la idea de contar historias. No fue hasta su regreso a Zaragoza cuando, casi como una revelación y con el objetivo de entenderse a sí misma, publicó su primer libro lésbico, «Nico, por favor».

Desde entonces, ha escrito numerosos libros y relatos protagonizados por mujeres lesbianas o bisexuales, recibiendo siempre una respuesta positiva por parte de las lectoras. Sus historias sobre lesbianas no solo la ayudaron a comprenderse mejor a sí misma, sino también a cientos de chicas que encontraron en sus novelas un tipo de literatura lésbica que echaban en falta: fresca, divertida y, muy importante, con final feliz.

Otras novelas de A. M. Irún

- Una buena amiga (2024)
- La gran sonrisa (2023)
- Todos los besos que no di (novela corta, 2021)
- Mi mentira más sincera (2021)
- Una estrella danzante (2018)
- Último atardecer en Lisboa (2017)
- Sea (2017)
- Los libros de Nico y Carla:

• Nico, por favor (2015)
• El sentido de la vida de Carla Pi (2016)
• Aquí se quisieron Carla y Nico (2016)
• Si quiero (amor condicional) (2022)

Descubre sus novelas, relalatos, fanfics y blog en nicoporfavor.com

Encontrarás a la autora en redes como @nicoporfavor y en su newsletter en nicoporfavor.com/newsletter